

**PABLO STANCANELLI CARLOS RUTA PABLO STEFANONI WOLFGANG STREECK
RICHARD SENNETT ALEXANDRE ROIG SERGE HALIMI JUAN MARTÍN BUSTOS**

LE MONDE FEBRERO/MARZO 2016 diplomatique



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

el *Dipló*, una voz clara
en medio del ruido
Capital Intelectual S.A.
Paraguay 1535 (1061)
Buenos Aires, Argentina
Publicación mensual
Año XVII
Precio del ejemplar: \$46
En Uruguay: 100 pesos

www.eldiplo.org

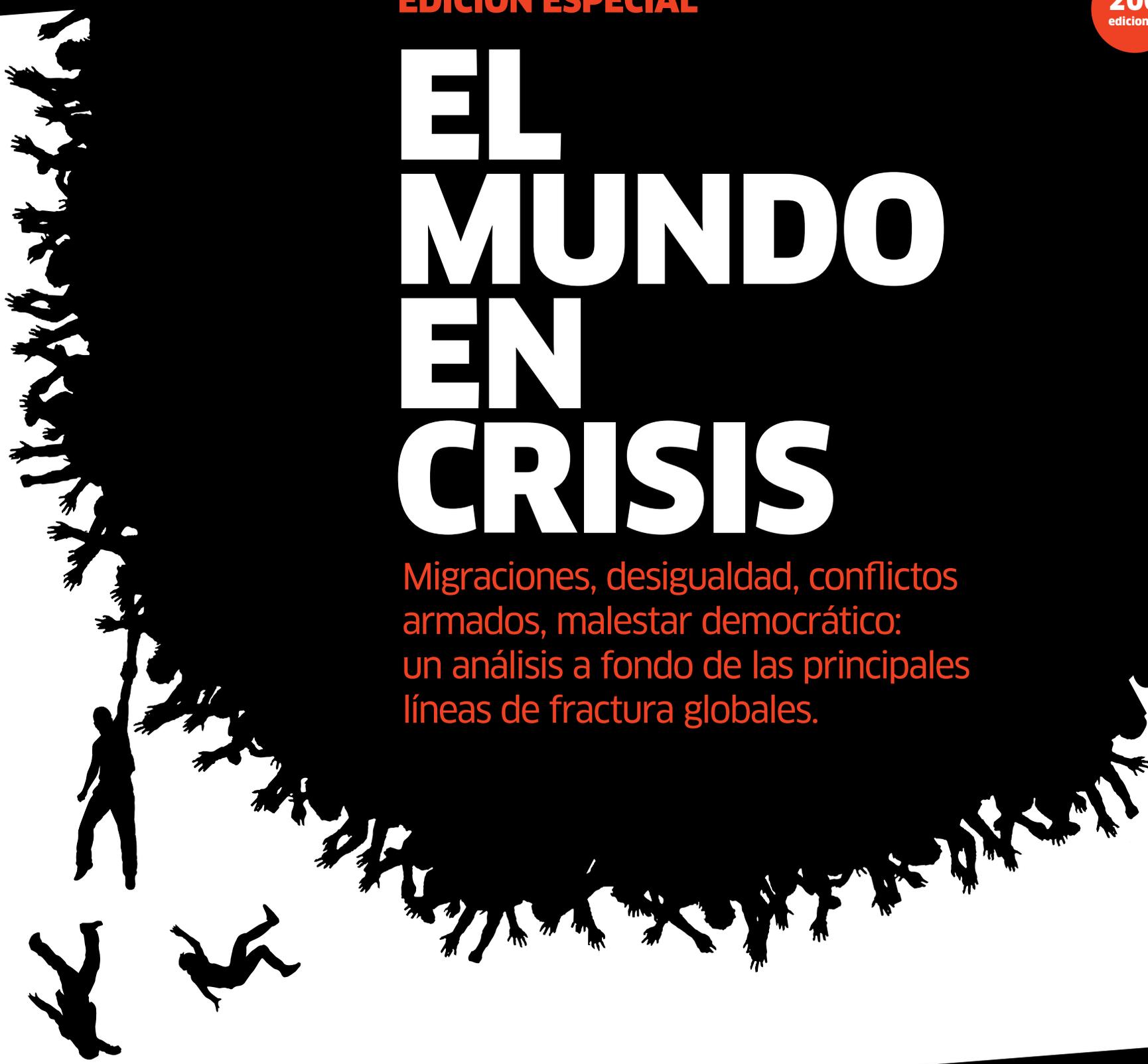


200
ediciones

EDICIÓN ESPECIAL

EL MUNDO EN CRISIS

Migraciones, desigualdad, conflictos armados, malestar democrático: un análisis a fondo de las principales líneas de fractura globales.



**IGNACIO RAMONET JACQUES RANCIÈRE MARIO GRECO GERARDO ABOY CARLÉS
NANCY FRASER GAYATRI SPIVAK JUAN OBARRIO FERNANDO CALDERÓN JOSÉ NATANSON**

Bombas de tiempo

por Pablo Stancanelli

El 11 de septiembre de 2001 el mundo cambió. Ese día, armados de simples aviones de línea, un grupo reducido de terroristas derrumbó el mito de la globalización feliz. Sacudió a la mayor potencia global y al orden internacional vigente desde la posguerra, cuyas instituciones resisten, regidas por los principales exportadores de armas del planeta (1).

La caída de las Torres Gemelas, a diferencia de la del Muro de Berlín, sólo trajo aparejados temores e incertidumbre. El mundo dichoso que prometía la victoria de un capitalismo liberal asimilado sin más a la democracia y el bienestar dio paso a una guerra sin fin, que no cesa de ramificarse e inflamarse desde que el 1º de mayo de 2003 (¡hace ya 13 años!), a bordo del portaaviones estadounidense USS Abraham Lincoln, el presidente de Estados Unidos George W. Bush anunció, voluntarioso y sonriente, “misión cumplida”, dando por terminado el conflicto en Irak que amenaza con ser recordado en el futuro como el inicio de la Tercera Guerra Mundial.

Como si las lecciones del pasado fuesen vanas, la conflagración que actualmente arrasa a una porción importante y estratégica del planeta, del Norte de África al Sur de Asia, con epicentro en Medio Oriente, sigue siendo analizada bajo el prisma de la inmediatez y un etnocentrismo pavoroso. La proclamada intención occidental de exportar la democracia a esa vasta región demostró su falacia con el apoyo a la represión que siguió a las primaveras árabes (Alaoui, pág. 8). La destrucción de las estructuras estatales en Irak, Libia y, en distinta medida, Siria, para expulsar del poder a los antiguos socios, liberó el terreno para el tráfico de armas, mercancías y seres humanos y la multiplicación de las redes terroristas que se pretendía combatir, al acecho de una Europa en crisis (Streeck, pág. 6) y circundada de conflictos. Fomentado por los intereses geopolíticos, el enfrentamiento milenarista entre las distintas ramas del islam se ha convertido en guerra abierta, provocando un caos de proporciones aún inconmensurables y el mayor desplazamiento forzado de seres humanos desde la Segunda Guerra Mundial. Las imágenes de la destrucción en Homs, tercera ciudad en importancia de Siria, dan cuenta de la magnitud de la crisis humanitaria (2).

¿Despertaremos pronto con un sentimiento renovado de justicia y empatía, clamando “cómo ha podido suceder esto”? Según una investigación presentada por la asociación International Physicians for the Prevention of Nuclear War (Médicos Internacionales por la Prevención de la Guerra Nuclear), galardonada en 1985 con el Premio Nobel de la Paz, el número total de muertes directas e indirectas provocadas por la “guerra contra el terror” en Irak, Afganistán y Pakistán en 12 años es de 1.300.000 personas (3). El informe señala que esa cifra puede en realidad superar los 2 millones y que no abarca a otros países afectados como Yemen, Somalia y Libia por falta

de datos. Por otra parte, las cifras sólo dan cuenta de las víctimas de la violencia, sin contabilizar aquellas derivadas de otros daños (destrucción de infraestructura, hospitales, etc...).

Asimismo, según el Índice de Terrorismo Global, en 2015, cerca del 80% de los atentados de raíz religiosa tuvieron lugar en cinco países: Irak, Afganistán, Nigeria, Pakistán y Siria, y sus víctimas fueron principalmente musulmanes (4). El horror de los atentados terroristas en Occidente no debe cerrar las fronteras a la solidaridad y permitir que prevalezcan el miedo y el odio. La indignación social ante casos como el del niño Aylan Kurdi, ahogado en septiembre de 2015 frente a las costas de Turquía cuando intentaba escapar de la guerra junto a su familia, es tan efímera como un mensaje en el muro del Facebook –al menos trescientos niños murieron en el Mediterráneo en los últimos cinco meses (5)– y no logra contener la estigmatización de la comunidad musulmana, cuyo único resultado es un repliegue identitario que nutre a los extremismos de todos los bandos.

A medida que se implementan nuevas excepciones al Estado de Derecho en nombre de la seguridad, la democracia se reduce como piel de zapa. El caso de Francia, donde, tras los atentados de enero y noviembre de 2015 en París, el gobierno de François Hollande propone inscribir en la legislación ordinaria medidas propias del Estado de Emergencia es paradigmático y está en línea con las leyes patrióticas adoptadas por Estados Unidos desde 2001. El presidente “socialista” encontró incluso una manera original de luchar contra el auge de yihadistas locales: quitarle la nacionalidad a los binacionales culpables de actos terroristas. Ser francés y terrorista es un oxímoron.

El riesgo es que tras fracasar en el terreno de la igualdad, los gobiernos occidentales se ataquen ahora a las libertades, con la excusa de combatir el terror, anticipándose a las conmociones de una crisis económica sin fin y al creciente malestar democrático (ver *dossier*, págs. 21 a 31).

Luces que encandilan

Las derivas en todos los ámbitos (salud, medio ambiente, migraciones, criminalidad) de un modelo de desarrollo basado en la exclusión y el consumo desenfrenado que ha demostrado ser insostenible constituyen bombas de tiempo sociales que sólo podrán ser desactivadas mediante mayor vigilancia y represión. Ni siquiera el brillo enceguecedor de los avances tecnológicos logra disimular la violenta e inhumana desigualdad reinante (Bustos, pág. 18): según un informe de Oxfam, en 2015, el 1% de la población mundial acumuló más riquezas que el 99% restante y 62 personas poseían lo mismo que la mitad más pobre de la población mundial, es decir 3.600 millones de personas (6). Ya en 2015, la ONG alertaba sobre la aceleración de la concentración de la riqueza, denunciando un “secuestro de los procesos democráticos por parte de las elites”.

En otro informe presentado a mediados de enero de 2016, el Banco Mundial señala por su parte que

alrededor del 60% de la población mundial (4.000 millones de personas) no cuenta aún con acceso a Internet, y que sólo 1.100 millones de personas lo hacen a través de accesos de banda ancha. Así, reconoce el organismo, “si bien hay muchos casos individuales de éxito [...] los beneficios de la acelerada expansión de las tecnologías digitales han favorecido a las personas adineradas, cualificadas e influyentes del mundo”, incrementando la brecha entre países ricos y países en vías de desarrollo (7).

La revolución tecnológica, impresionante por donde se la mire, muestra sus límites: las herramientas no son más que herramientas y, como medios de producción, sirven a quien las controla. Las soluciones mágicas que ofrecen se convierten en una vuelta de tuerca de la precarización laboral (Morozov, pág. 16) que da pie a una nueva fuga hacia adelante de la crisis económica iniciada en 2008. Alarmada por la persistencia de la misma y su impacto en los países emergentes por la baja en la cotización de las materias primas, la Organización Internacional del Trabajo señala que la precarización del empleo no deja de progresar, alcanzando a unos 1.500 millones de personas, es decir el 46% del total de empleos en el mundo. En 2016, el número de desempleados se acercaría a los 200 millones (8).

Paradójicamente, si algo define al imperio de las comunicaciones, además de que los ciudadanos sometan voluntariamente su información personal a todo tipo de vigilancia, es la exacerbación del individualismo (difícil ver el mundo cuando se está demasiado ocupado en admirar su reflejo en la pantalla). El sociólogo francés François Dubet sostiene que el “retorno de las desigualdades no es sólo un efecto mecánico de las mutaciones del capitalismo, sino que también responde al hecho de que los individuos ya no eligen la igualdad social. [...] La reducción de las desigualdades descansa sobre los lazos y los sentimientos de solidaridad, que hoy están en declive, y de cierta manera no queremos más ‘pagar por los otros’” (9). Sálvese quien pueda...

Desafíos colectivos

En América del Sur, en las últimas dos décadas, tras sufrir en carne propia los experimentos neoliberales, distintos movimientos sociales y políticos alcanzaron el poder defendiendo la necesidad de renovar los compromisos colectivos, con proyectos populares e inclusivos. Pero a pesar de contar con abundantes recursos, no supieron o pudieron modificar las estructuras existentes ni crear consensos para edificar instituciones que redistribuyan la riqueza de manera duradera. Con contradicciones y una retórica muy alejada de la realidad, en muchos casos se fueron radicalizando y replegando a medida que enfrentaron la oposición –feroz– de las elites y de los grupos económicos concentrados, cerrando el camino al debate, la crítica y la posibilidad de revertir errores o mejorar el camino. El culto a los líderes, la confrontación permanente, terminaron alejando a amplias franjas de la sociedad a medida que las promesas de construir

Staff

EDICIÓN ESPECIAL

LE MONDE DIPLOMATIQUE

Director

José Natanson

Edición

Pablo Stancanelli

Corrección

Alfredo Cortés

Diseño original

Javier Vera Ocampo

Diagramación y gráficos

Cristina Melo

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN

Rector

Carlos Ruta

Director Programa Lectura Mundi

Mario Greco

Coordinación general y edición

Micaela Cuesta

Edición general

Rodrigo Ottonello

Coordinación equipo Lectura Mundi

Áurea Días

Administración y asistencia técnica equipo Lectura Mundi

Cecilia Jorgiadis

Asistencia técnica equipo Lectura Mundi

Nataly Salazar

Le Monde diplomatique

Director: José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)
Pablo Stancanelli (editor)
Creuza Muñoz
Luciana Garbarino
Laura Oszust

Secretaría

Patricia Orfila
secretaria@eldiplo.org

Corrección

Alfredo Cortés

Diagramación

Cristina Melo

Diseño original

Javier Vera Ocampo

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad: Maia Sona

publicidad@eldiplo.org
contacto@eldiplo.org

www.eldiplo.org

Fotocromos e impresión: Rotativos Patagonia S.A. Aráoz de Lamadrid 1920, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. **Le Monde diplomatique** es una publicación de Capital Intelectual S.A. Paraguay 1535 (C1061ABC) Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, para la República Argentina y la República Oriental del Uruguay.

Redacción, administración, publicidad, suscripciones,

cartas del lector: Tel/Fax: (5411) 4872 1440 / 4872 1330

E-mail: secretaria@eldiplo.org. En internet: www.eldiplo.org. Marca registrada. Registro de la propiedad intelectual N° 348.966. Queda prohibida la reproducción de todos los artículos, en cualquier formato o soporte, salvo acuerdo previo con Capital Intelectual S.A. © Le Monde diplomatique y Capital Intelectual S.A. Distribuidores en Cap. Fed. y Gran Bs. As.: Vaccaro Hermanos y representantes de Editoriales S.A. Entre Ríos 919, 1° piso. Tel. 4305 3854. C.A.B.A., Argentina. **Distribución en Interior y Exterior:** D.I.S.A., Distribuidora Interplazas S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836, Tel. 4305 3160. CF, Argentina.



La circulación de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, del mes de febrero de 2016 fue de 25.700 ejemplares.

Capital Intelectual S.A.

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del Directorio y

Director de la Redacción: Serge Halimi

Director Adjunto: Alain Gresh

Jefe de Redacción: Pierre Rimbart

1-3 rue Stephen-Pichon, 75013 París

Tel.: (331) 53 94 96 21

Fax: (331) 53 94 96 26

Mail: secretariat@monde-diplomatique.fr

Internet: www.monde-diplomatique.fr

Editorial

democracias más participativas se fueron diluyendo. El proceso ha perdido impulso y debe hacer frente al resurgimiento de la derecha conservadora, más pragmática y *aggiornada* a la plasticidad de un mundo “sin ideologías” pero siempre lleno de buenos negocios. No obstante, el giro a la izquierda latinoamericano ha cimentado bases que serán difíciles de revertir, expandiendo derechos, renovando el compromiso político de muchos ciudadanos y generando entusiasmo en otras latitudes agobiadas por las políticas de ajuste permanente (Stefanoni, pág. 4).

Los éxitos individuales, incluso nacionales, no son más que una quimera frente a la magnitud de los problemas actuales. Como demuestra el desafío de hacer frente al cambio climático (Descamps, pág. 20), las soluciones sólo pueden ser colectivas. Con sus aciertos y errores, las luchas históricas por la igualdad y la libertad deben servir de guía. Porque mientras intelectuales, periodistas, analistas, historiadores y académicos se desvelan buscando nuevas categorías para definir los cambios que moldean la lenta mutación del planeta desde la implosión del socialismo real, las amenazas que se ciernen sobre la humanidad, en el fondo, son siempre las mismas: guerras, masacres, odios, fanatismos, codicia, pobreza, hambre, desigualdad, explotación, opresión, éxodos, desastres naturales...

En julio de 1999, *el Dipló* llegaba a Argentina, y se expandía a América Latina, para combatir el pensamiento único y aportar “una voz clara en medio del ruido” de los medios de comunicación concentrados, una mirada profunda, crítica e irreverente de la evolución del mundo. Hoy, doscientos números después, con esta edición especial editada junto a la Universidad Nacional de San Martín, renueva ese compromiso, con un análisis de las principales líneas de fractura globales (imposible abarcarlas todas), que esbozan un futuro sumamente inestable y peligroso para todos aquellos ciudadanos comprometidos con la fraternidad, el progreso, la paz y la democracia. ■

1. En el período 2010-2014, Estados Unidos (31%), Rusia (27%), China (5%), Alemania (5%), Francia (5%) y Reino Unido (4%) exportaron el 77% de armas pesadas del mundo. Los cinco principales importadores fueron India (15%), Arabia Saudita (5%), China (5%), Emiratos Árabes Unidos (4%) y Pakistán (4%). *Sipri Yearbook 2015*, www.sipriyearbook.com
2. www.lanacion.com.ar/1867858-un-dron-muestra-como-queda-la-ciudad-siria-de-homs-tras-la-guerra
3. www.psr.org/assets/pdfs/body-count.pdf
4. Citado por Iván Petrella, “Balance 2015. Religión, política y violencia”, *La Nación*, Buenos Aires, 20-12-15.
5. Ozan Köse, “Que ferai-je si ce bébé était à moi?”, *Le Monde*, París, 4-2-16.
6. Oxfam, “Una economía al servicio del 1%”, 18-1-16, www.oxfam.org
7. Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 2016. Dividendos digitales*, www.worldbank.org/en/publication/wdr2016
8. “Toujours plus de précaires et de chômeurs dans le monde”, *Le Monde*, 21-1-16.
9. Raquel San Martín, “François Dubet: No sólo somos víctimas de desigualdades, somos también sus autores”, *La Nación*, 30-8-15.

Esa llama temblorosa

por Carlos Ruta*

“Era lo suficientemente hombre como para enfrentarme a las tinieblas.”
Joseph Conrad

En la voz quebrada del Capitán Whalley evocando la pérdida de un mundo más humano bajo el flagelo de un comercio cruelmente insaciable (*El final de la cuerda*, 1902), resuena el sentir que Conrad ya había expresado en *El corazón de las tinieblas* (1899), pintura crítica de la experiencia colonial en el Congo. El devenir de los tiempos no ha cesado de mostrarnos, desde entonces, los rostros múltiples de lo inhumano que el siglo XX ha tallado con una crueldad más que ilustrada. Como si los mundos dignos y posibles para el hombre hayan ido hundiéndose uno tras otro. Cada vez más, aunque bajo vestimentas renovadas, se devela el sesgo predatorio del paisaje que el hombre ha construido para el hombre. Sabemos, con el gusto de la experiencia en el paladar, la hondura abisal de lo inhumano. Y presentimos que a la vuelta de cualquier esquina pueden aún aguardar agazapadas sus sombras. Más aun, la inequidad del mundo de hoy contrasta real y drásticamente con el sinfín de palabras que ahuecan los mejores propósitos de ahuyentar justamente esas tinieblas.

Sobre este horizonte no parece menor la urgencia de apremiar la capacidad reflexiva de todos aquellos que intentan hacer frente a los conflictos en los que se debate el futuro y la substancia de la justicia. Convocar nuevos modos de pensar que a su vez alienten una nueva praxis personal y colectiva. Quizá radique aquí uno de los costados más comprometidos del *ethos* intelectual, incluso académico. También en ello se juega el tenor de la reflexión que nos provoca la materia de la que está hecha nuestra labor cotidiana. Si cabe imaginar un marco que dé sentido al pensar y al obrar en el compromiso con el saber, se destaca en el concierto de lo factible, el compromiso de la solidaridad. Entonces, como un desafío al diálogo de los saberes que buscan descender las fronteras del conocimiento, la pregunta acerca del sentido de lo humano ocupa un lugar privilegiado. Allí habría de encontrarse un amplio abanico de disciplinas que agudicen el pulso de la interrogación. Que no teman traspasar los bordes de lo sabido. Y se atrevan a pensar con rigor el inevitable costado inhumano de lo humano. Sin embargo, la búsqueda del conocimiento y la tarea del pensar prueban también su potencia en la capacidad que despliegan en construir solidaridad. Son dos caras de una misma inquietud. De una misma potencia que se enraiza y crece en el diálogo comunitario que construye nuevos lenguajes, nuevas prácticas.

Este mismo horizonte provoca reimaginar la metáfora de aquello que Conrad hace decir en el inicio de *El corazón de las tinieblas* a su personaje legendario. Marlow, acodado en la cubierta de un navío anclado en la boca del Tamesis, iba deshilando, con un hablar pausado e intenso, un relato que se iniciaba con el recuerdo de aquellos que por primera vez habían tenido el valor de atravesar la frontera conocida y recorrer esas tierras y ríos vírgenes a su mirada: “La luz iluminó este río a partir de entonces. Y nosotros, nosotros aún vivimos bajo esa llama temblorosa”. ¿Qué oscuridades desafían hoy el talante crítico del saber? Quizás no sea el peligro menor aquel en el que nuestras propias tinieblas, camufladas en cobardía, en cinismo, en pereza o escepticismo, nos privan del intento de sostener en nuestra experiencia, con la modestia del coraje veraz, esa llama temblorosa del arrojo que ilumine de inquietud a quienes esperan de nosotros lo mejor. ■

*Filósofo, poeta. Rector de la Universidad Nacional de San Martín.

Las izquierdas regionales, que desafiaron la hegemonía neoliberal global, han perdido impulso. Víctimas de una retórica desmesurada y de contradicciones en el manejo del poder, enfrentan el avance de una derecha renovada que disputa las banderas del cambio.

“Fin de ciclo” en América Latina

Los sentidos de una larga década

por Pablo Stefanoni*



Ceremonia de homenaje a Hugo Chávez, San Salvador, 9-3-13 (Oscar Rivera/Xinhua Press/Corbis/Latinstock)

Hace dos décadas, las izquierdas del llamado Primer Mundo, sumidas en una hegemonía neoliberal imposible de erosionar, volvieron a mirar a América Latina, ese “extremo Occidente” (Alain Rouquié) que presenta equilibradas y atractivas dosis de familiaridad y exotismo. Primero fue el zapatismo el que atrajo la atención y luego, a partir del ascenso al poder de Hugo Chávez en 1999, el llamado “giro a la izquierda”, que habilitó una serie de gobiernos anti-neoliberales. Pero en realidad, el Chávez de la primera hora generaba aún desconfianzas en las izquierdas latinoamericanas y extracontinentales. Así, García Márquez escribió un artículo titulado “El enigma de los dos Chávez” (1), en el que tras un viaje con el recién electo presidente desde La Habana hasta Caracas, concluía: “Mientras se alejaba entre sus escoltas de militares condecorados y amigos de la primera hora, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos. Uno a quien la suerte empedernida le ofrecía la oportunidad

de salvar a su país. Y el otro, un ilusionista, que podía pasar a la historia como un déspota más”.

Ese “doble” Chávez ganó promoviendo una tercera vía a la venezolana; el Chávez “socialista” que hoy recordamos comenzó, en realidad, tras el fracasado golpe de Estado de 2002 –y el también frustrado pero costoso paro petrolero– que impulsó al chavismo a una radicalización en clave nacional-popular con elementos sui generis que tiñó al espacio de la izquierda continental. Esa constelación se completa con el papel “moderador” de Brasil, cuyos ideólogos de política exterior, como Marco Aurelio García, consideraban algo adolescentes a los bolivarianos (por ejemplo, al Evo Morales que nacionalizó el gas y ocupó militarmente campos de Petrobras), y solían actuar como quienes ya habían peleado esas batallas y las perdieron, después de lo cual habrían alcanzado la madurez política e ideológica. Así, las iniciativas de Brasil (como la Unión de Naciones Suramericanas) aparecían como más terrenales que el voluntarismo integrador chavista expresado en la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA). Pero, además,

la diplomacia brasileña articuló ideología integradora y negocios para su burguesía, que consiguió buenos contratos en las obras públicas de Venezuela, Bolivia o Ecuador. En esta intersección entre la irradiación “socialista” chavista –vía su propia diplomacia petrolera y el liderazgo carismático de Chávez– y el *soft power* brasileño como potencia intermedia se desarrolló el posneoliberalismo continental.

¿Qué pasó?

La gran cantidad de países con gobiernos progresistas permitió construir una imagen, un relato y una épica del llamado “giro a la izquierda latinoamericano”. Pero hoy, tras una “década larga”, como señala Renaud Lambert, las izquierdas latinoamericanas comienzan a mirar a Europa para ver si experiencias como Syriza, Podemos o la izquierda laborista de Jeremy Corbyn irradian líneas de pensamiento y acción para compensar lo que se ve como una combinación de retrocesos electorales (Venezuela, Argentina), crisis política (Brasil), pérdida de entusiasmo (en casi todos lados) y estancamiento ideológico. A tal punto que un dirigen-

te del Movimiento de Trabajadores sin Techo habló de la necesidad de “crear un Podemos brasileño” (2).

¿Qué es lo que pasó, entonces, con el llamado “laboratorio latinoamericano”? ¿hasta qué punto estas experiencias lograron refutar el trillado “fin de la historia”? ¿cómo procesaron el complejo equilibrio entre utopías y realidades persistentes? La paradoja no puede ser mayor ya que, como bien subraya Lambert, los líderes de Podemos se inspiraron ideológicamente de las experiencias latinoamericanas (y a algunas, como la venezolana, directamente ya no pueden reivindicarlas sin el riesgo de perder votos).

Una primera constatación de estos años es que la épica de los relatos resultó desmesurada frente al debilitamiento de las utopías en juego tras el final de la Guerra Fría (incluso las rebeliones sociales antiliberales como el 2001 argentino o el 2003 boliviano fueron leídas a menudo con excesivo entusiasmo ideológico). O mejor dicho, frente a la dificultad para llevar a cabo cambios radicales, fueron necesarios discursos compensatorios que bordearon la retórica anticapitalista.

En efecto, hubo bastante de sobreactuación (probablemente necesaria para exorcizar los demonios de la década neoliberal), en un contexto en el que, como analiza Razmig Keucheyan, las teorías críticas están cada vez más alejadas de la acción política –y a la inversa– (3), pero además, las brújulas ya no marcan un Norte claro y el viento de la historia dejó de soplar. Al mismo tiempo, es posible advertir una no despreciable dosis de “nostalgia generacional-ideológico-existencial del ethos revolucionario cubano” (4), que buscó leer los desafíos frente al capitalismo actual con un lenguaje y una práctica nacional-revolucionaria en varios sentidos anacrónicos. Adicionalmente, los proyectos disponibles estos años (desde el “socialismo del siglo XXI” hasta el “buen vivir”) carecieron de basamentos de economía política y socioantropológicos, y a menudo terminaron girando sobre sí mismos, sin un sujeto que los encarne, como una suerte de cobertura “ideológica” (en su sentido de encubrimiento) de las tensiones efectivas de los procesos de cambio. Lo que funcionó, a la postre, fue una revitalización del viejo nacionalismo popular latinoamericano, con sus históricas tensiones internas –pluralismo político y social y regimentación estatal de la sociedad–, combinado con cierto reformismo social-democrático, según los países y las culturas políticas sobre las que se montó el giro a la izquierda.

Parte de los grandes problemas de las izquierdas en el poder se vinculan a la pregunta de qué hacer *en* el Estado, pero más aun qué hacer *con* el Estado (sólo Rafael Correa promovió reformas ambiciosas con resultados variables, aunque con un estilo personal, bastante mesiánico, que introdujo otro tipo de problemas y resistencias). No es casual que la modernización estatal sea hoy una de las banderas de las “nuevas derechas” que desafían a varios de los gobiernos progresistas en el poder. En el caso de Venezuela, y de Bolivia, las reformas que requieren de un Estado y de una institucionalidad más densos, en general no lograron avanzar. Un caso revelador es la empantanada reforma de la salud en Bolivia, donde quienes se enferman de algún padecimiento grave, si tienen recursos sólo piensan en viajar a Chile, Argentina o Brasil para atenderse (5). En síntesis: es más fácil comprar un satélite a China por 300 millones de dólares, como lo hizo Morales, con efectos positivos en la autoestima nacional pero no muy claros en la economía, que cambiar el sistema de salud.

Estos déficits se combinan con otro problema de la “década larga”, especialmente en el bloque bolivariano: un desequilibrio en favor de las medidas de corto plazo en detrimento de las de largo alcance, asociado a la campaña permanente de sus presidentes debido a los rasgos plebiscitarios de las “democracias populares” puestas en marcha. Y a ello se suma la corrupción (y la sensación de impunidad) junto a las percepciones ciudadanas acerca de la conformación de nuevas elites y sectores de privilegio asociados al poder. El caso boliviano es muy significativo al respecto: los proyectos fantasmas del Fondo Indígena, una institución dirigida por indígenas-campesinos dependiente del Estado, tuvo un efecto demoledor sobre uno de los pilares ideológicos del proyecto actual: la proclama-

da capacidad de los indígenas de introducir nuevos valores en el Estado tendientes a radicalizar la democracia. El efecto moral de las revelaciones mediáticas superó con creces las cifras de los desfalcos en danza. Lo mismo ocurrió en Brasil con el festival de corrupción asociado con la empresa Petrobras –esta vez sí por montos muchas veces millonarios– que aunque abarcaron a amplios sectores de la “casta” político-empresarial golpearon en mayor medida al Partido de los Trabajadores y reactivaron a una vieja derecha ultrarreaccionaria, criptogolpista y con un profundo odio de clase (6). Y también afectó al kirchnerismo en Argentina, donde la presidenta Cristina Fernández nunca pudo justificar claramente su patrimonio.

Frente a la cuestión del Estado, aparece una tensión hasta ahora irresuelta con dos casos polares: si el “tecnopopulismo” ecuatoriano introdujo criterios de eficiencia y acreditación (exigencia de doctorados) que terminó poniendo barreras a las organizaciones sociales pero en varios aspectos habilitó una modernización del Estado, el “corporativismo popular” boliviano ha ampliado la participación de indígenas y campesinos (7) pero ha avanzado muy poco en sus niveles de eficiencia. En este punto, Venezuela constituye un caso extremo de combinación de ineficiencia con corrupción –junto a la constitución de nuevas elites–; al punto de que un ex ministro chavista llegó a hablar del carácter gansteril de la dirigencia bolivariana (8).

Un sueño de corto plazo

Dicho esto, existe un significativo “vaso medio lleno” vinculado a la constitución de lenguajes de igualdad y de derechos, inclusión social, políticas públicas y autonomía del Estado. Por eso, estos gobiernos han logrado ganar elección tras elección durante alrededor de una década y donde pierden mantienen de todos modos bases sociales significativas.

Un rasgo en apariencia contradictorio de los procesos de cambio es que, en general, su éxito económico (en sus etapas más expansivas) estuvo asociado a una modernización que conllevó la extensión del capitalismo a espacios de la vida social donde éste era más débil. La inclusión social mediante el consumo en el Brasil lulista o las llamadas “burguesías cholas” en Bolivia son parte de esta dinámica y, sin duda, constituyen un núcleo problemático irreductible a las simplificaciones del “socialismo del siglo XXI”. Sumado al hecho de que la mencionada expansión fue coincidente con el auge de las materias primas que financiaron las políticas públicas inclusivas, dado que en ningún caso se logró debilitar el carácter “extractivista” de los modelos de desarrollo. Y algo más: si hoy Bolivia constituye una “experiencia exitosa” (9) es porque Morales resultó bastante prudente en el manejo de la macroeconomía, mantiene desde su llegada al Palacio Quemado hace diez años al mismo ministro del área y, quizás debido a su “psicología campesina”, se dedicó a guardar reservas para la época de vacas flacas. Es decir, si su gobierno es más “sólido” que los otros del bloque bolivariano es porque, aunque la nacionalización del gas fue un elemento clave de su política, no experimentó con la macroeconomía como sí lo hizo Chávez con una tónica voluntarista y una combinación de diversos tipos de crisis como deriva. En el mismo sentido, Correa rechazó salir de la dolarización, lo cual hoy es una fuente de cada vez más serios obstáculos económicos, aunque no menos complicado habría sido abandonar la divisa como moneda nacional y regresar al Sucre.

La sensación de superioridad de las izquierdas latinoamericanas frente a la crisis europea (cuando aún los *commodities* abastecían los tesoros de la región) resultó un sueño de corto plazo. Ganen o pierdan las elecciones, estos gobiernos enfrentan nuevos y más desfavorables escenarios. Por eso no deja de ser algo trágico que Nicolás Maduro, con su economía en estado de caos y su poder erosionado por la derrota electoral, haya salido precisamente ahora a hablar de la necesidad de dejar atrás el rentismo petrolero (10).

La disputa por el cambio

Es posible decir que se desaprovechó una larga década para hacer los cambios, pero los gobiernos emergentes operaron también en un contexto determi-

nado, con fuerzas sociales (favorables y contrarias) que los preexistían, en el marco de culturas políticas sedimentadas de las que son producto y a veces sin mayorías electorales (Brasil). En ese marco, la idea de que el problema reside simplemente en que no radicalizaron los cambios –como sostiene cierta izquierda crítica– carece de basamento sociológico y no encara el problema de los sujetos (o actores) del cambio; se trata en todo caso de un tránsito por una compleja dialéctica reformista para cuya continuidad es necesario construir coaliciones específicas, mantener apoyo social y evitar que los opositores tomen la iniciativa (como ocurre actualmente en Brasil, donde la derecha fue ganando la calle y haciéndose fuerte en diversos escenarios institucionales).

¿Dónde mirar ahora? En América Latina hay sin duda un amesetamiento de las izquierdas y en Europa Syriza y Podemos muestran que para crecer y gobernar es necesario moderar las metas y arriesgarse a resultados inciertos. Entonces, un desafío para las izquierdas es poder pasar a dar batalla en escenarios menos épicos y más normales, con menos certezas de victorias finales y más energías puestas en el “movimiento” de las reformas; más comprensivas de los fenómenos socioculturales y menos “enojadas” con quienes progresan gracias a los cambios recientes y más tarde votan por la oposición; con menos salvadores e ilusionistas y más proyectos colectivos capaces de articular realismo y capacidad transformadora.

Los gobiernos del giro a la izquierda expresan intentos de superar la derrota y son expresión de los esfuerzos por actualizar los proyectos de cambio político y social. Según la perspectiva, se verá el vaso medio lleno o medio vacío. El problema es que el tiempo transcurrido, la omnipresencia pública de varios de sus líderes, la persistencia de culturas políticas poco pluralistas en sus expresiones más “populistas”, el debilitamiento de las perspectivas de cambio en sus versiones más “socialdemócratas” y las dificultades económicas más recientes han permitido que las banderas del cambio ya no sean monopolio de los progresistas sino que estos estandartes comiencen a ser tironeados por las nuevas derechas en ascenso (11).

El progresismo actual debe enfrentar a una nueva derecha que ha logrado deshacerse, hasta cierto punto, de sus estigmas neoliberales y presenta una batalla en un nuevo terreno, más difícil que cuando las nuevas izquierdas expresaban “el cambio” en soledad y la memoria corta del neoliberalismo estaba más fresca que tras una década larga cargada de intensidad. ■

1. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, agosto de 2000.

2. Renaud Lambert, “Las tensiones del poder”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, enero de 2016.

3. Razmig Keucheyan, *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*, Siglo XXI, Madrid, 2013.

4. Daniele Benzi, “El exitoso ocaso del ALBA. Réquiem para el último vals tercermundista”, *Nueva Sociedad*, N° 261, Buenos Aires, enero-febrero de 2016.

5. Sobre la polémica alrededor de este tema, propiciada por el cura Mateo Bautista, véase “Evo ataca al padre Mateo por pedir 10% para la salud”, *El Día*, Santa Cruz de la Sierra, 17-6-15.

6. Esta derecha se parece bastante a la de Venezuela de 2002, con fuertes aires revanchistas y racistas.

7. Carlos de la Torre, “El tecnopopulismo de Rafael Correa: ¿es compatible el carisma con la tecnocracia?”, *Latin American Research Review*, N° 48, Vol. 1, Austin, enero de 2013; Ximena Soruco, “La nueva burocracia plurinacional en Bolivia. Entre la democratización y la institucionalización”, *Nueva Sociedad*, N° 257, julio-agosto de 2015.

8. Roland Denis, “Adiós al chavismo”, *Aporrea*, Caracas, 28-9-15.

9. Nick Miroff, “Leftists are wobbling in South America.

Here's why Bolivia's Evo Morales may be the last socialist standing”, *The Washington Post*, 7-1-16.

10. “Maduro: crisis es oportunidad para superar el modelo rentista petrolero”, *El Nacional*, Caracas, 9-1-16.

11. Véase Gabriel Vommaro, Sergio Morresi y Alejandro Bellotti, *Mundo Pro. Anatomía de un partido fabricado para ganar*, Planeta, Buenos Aires, 2015; Pablo Stefanoni, “La nueva derecha andina”, *Anfibio*, Buenos Aires, julio de 2015.



Protesta de indignados en Plaza de Cataluña, Barcelona, 29-5-11 (Juls Ibañez/Demotix/Corbis/Latinstock)

La persistente crisis que azota a la Unión Europea genera resentimientos entre sus socios, en particular contra Alemania. Las diferencias entre los modelos de capitalismo de los países del Norte y del Sur ponen en riesgo la integración continental.

Consecuencias de la unión económica y monetaria

Una Europa desgarrada

por Wolfgang Streeck*

Después de la guerra, la República Federal de Alemania nunca alimentó el proyecto de regir Europa. Todos sus dirigentes políticos, cualquiera fuera su orientación, pensaban que su país tenía un problema fundamental respecto de sus vecinos: era demasiado grande para despertar afecto y demasiado pequeño para inspirar temor. Por lo tanto, necesitaba fundirse en una entidad europea más amplia, que dirigiría de común acuerdo con otras naciones como Francia. Mientras Alemania disponía de un acceso a los mercados extranjeros, mientras podía aprovisionarse de materias primas y exportar sus productos manufacturados, no se preocupaba en absoluto de conquistar un lugar en la escena internacional. La integridad del caparazón europeo revestía tal importancia para el canciller Helmut Kohl (1982-1998), que cada vez que se producían fricciones entre los socios, rápidamente aportaba los medios materiales (es decir, pagaba la cuenta) para salvar la unidad europea, o al menos, su imagen.

El gobierno de Angela Merkel enfrenta hoy en día una situación muy distinta. A más de siete años de iniciada una crisis financiera cuyo fin no está a la vista, todos los países europeos e incluso de otras latitudes, mi-

ran a Alemania en busca de una solución y, por lo general, esperan una solución al estilo Kohl. Ahora bien, los problemas actuales son demasiado pesados para resolverlos con sólo meter la mano en el bolsillo. La diferencia entre Merkel y su predecesor, no es que ella aspire a convertirse en la Führerin de Europa: es la época la que la obliga –le guste o no– a salir de entre bambalinas para ocupar el centro del escenario europeo.

Las dificultades son considerables. En el frente europeo, la integración se transformó en una catástrofe política y económica. Y Alemania, que se convirtió en un actor lo suficientemente importante para que se la acuse de todos los males, sigue siendo demasiado pequeña para suministrar los remedios. En el frente interno, el consenso centrista amenaza con derrumbarse.

Dos modelos enfrentados

En Europa, los años que siguieron a la crisis monetaria acabaron con la simpatía que los gobiernos alemanes de posguerra se habían ganado, en mayor o menor medida, entre sus vecinos. En los países mediterráneos, y en cierta medida en Francia, Alemania nunca ha sido tan detestada desde 1945 como ahora. Innumerables caricaturas presentan a sus dirigentes vestidos con el uniforme de la Wehrmacht y luciendo la cruz gamada. Para los candida-

tos tanto de izquierda como de derecha, el método más seguro de ganar una elección es hacer campaña contra Alemania y su canciller, Angela Merkel.

En el Sur de Europa, la adopción de la “flexibilización cuantitativa” (1) por parte del Banco Central Europeo (BCE) fue aplaudida como una victoria sobre Berlín. En Italia, Mario Draghi, a pesar de ser un ejecutivo de Goldman Sachs, y ferviente defensor del neoliberalismo, es aclamado como un héroe nacional porque habría logrado engañar varias veces a “los alemanes”. El nacionalismo vuelve a surgir en toda Europa, incluso en Alemania, otrora el país menos nacionalista de todos. La política exterior de las naciones del Sur de Europa se resume actualmente a tratar de obtener concesiones de Alemania, en nombre del interés nacional, de la “solidaridad europea”, e incluso de la humanidad toda. Nadie sabe cuánto tiempo será necesario para curar las heridas causadas por la Unión Europea en las relaciones entre Alemania y países como Italia o Grecia.

Por una ironía de la historia, que no debe haber pasado desapercibida para la canciller, la Unión Económica y Monetaria (UEM) que debía consolidar definitivamente la unidad europea amenaza ahora con dinamitarla. Los dirigentes políticos alemanes comienzan a entender que el conflicto no reside en el salvataje del Estado griego o de los bancos franceses (y alemanes), y que una hábil intervención quirúrgica no logrará revivir la unidad. Al contrario, tiene que ver con la estructura misma de la zona euro, que reúne sociedades muy disímiles, con instituciones, prácticas y culturas muy diversas, reflejadas en los diferentes contratos sociales que regulan las relaciones entre el capitalismo moderno y la sociedad. A esas economías políticas divergentes corresponden regímenes monetarios distintos (2).

Veámoslo esquemáticamente. Los países del Mediterráneo desarrollaron un modelo de capitalismo en el cual el crecimiento se basa sobre todo en la demanda interna. Si es necesario, se la estimula por medio de una inflación alimentada por los déficits públicos y alentada por poderosos sindicatos garantes de la seguridad del empleo, sobre todo en el sector público. La inflación permite a los Estados tomar préstamos con mayor facilidad a la vez que devalúan su deuda. Esos países poseen además un sistema bancario público o semi-público fuertemente regulado. Todos estos elementos combinados garantizan en teoría una relativa armonía entre los intereses de los trabajadores y el de los empleadores, en particular en las pequeñas empresas que venden sus productos en el mercado interno. Pero la paz social tiene como contrapartida un déficit de competitividad en el plano internacional. Déficit que hay que compensar de vez en cuando devaluando la moneda nacional, en detrimento de los exportadores extranjeros. Esta política, por supuesto, exige conservar la soberanía monetaria.

Las economías del Norte de Europa, y en primer lugar la de Alemania, funcionan de otra manera. Como su crecimiento depende de su éxito en los mercados extranjeros, son hostiles a la inflación. Esto vale también para los trabajadores y los sindicatos, sobre todo actualmente, cuando cualquier alza en los costos puede derivar en deslocalizaciones. Una economía de este tipo no necesita poder devaluar. Mientras que los países mediterráneos –incluida Francia, en cierta medida– aprovecharon en el pasado su flexibilidad monetaria, países como Alemania se acostumbraron lo más bien a una política monetaria rigurosa. Es por eso que manifiestan también su hostilidad hacia la deuda, aun cuando, debido a su escaso nivel de endeudamiento, obtienen generalmente tasas de interés bajas. Y como pueden vivir sin flexibilidad monetaria, evitan el riesgo de explosión de burbujas en los mercados de acciones. Por último, esta política beneficia a los ahorristas, que son mayoría. El dicho “Erst sparen, dann kaufen” (“Primero ahorrar, luego comprar”) resume perfectamente la actitud tradicionalmente aconsejada por las instituciones político-económicas alemanas.

Entonces, un régimen monetario unificado no puede beneficiar a la vez a economías basadas en el ahorro y la inversión, como las de Europa del Norte, y a economías fundadas en el préstamo y el gasto público, como las de Europa del Sur. Por lo tanto, uno de los dos modelos deberá, para acercarse al otro, reformar su siste-

ma de producción y, a la vez, el pacto social sobre el que se basa. Actualmente los tratados obligan a los países mediterráneos a ser “competitivos”, bajo la batuta de una Alemania garante del rigor monetario. Pero no es eso lo que sus gobiernos desean o pueden hacer, al menos en el corto plazo. En consecuencia, dos líneas se enfrentan en el seno de la zona euro en un combate tanto más violento, cuanto que concierne no sólo a los medios de subsistencia, sino también al modo de vida de los pueblos. Muestra de ello son los clichés que oponen los “griegos perezosos” a los “austeros alemanes” que “viven para trabajar en lugar de trabajar para vivir” y aparecen como inflexibles gendarmes dado que defienden a la vez los tratados y su propio marco capitalista. Los intentos de los europeos del Sur por obtener una flexibilización del euro que les permita volver a las tasas de inflación, los déficits públicos y las devaluaciones en los que se basaban sus economías, chocan con la oposición de los Estados y los electores del Norte, que se niegan a seguir prestando dinero como último recurso a sus vecinos meridionales.

Una batalla técnica y moral

No obstante, a pesar de que los países de la zona euro no puedan converger, tampoco desean separarse, al menos por ahora: los países exportadores de Europa del Norte veneran las tasas de cambio fijas, mientras que los países del Sur quieren tasas de interés lo más bajas posible, a cambio de lo cual aceptarían una limitación de los déficits, esperando que sus socios se muestren más clementes que los mercados financieros. Actualmente, Alemania y sus aliados tienen las cartas en la mano. A más largo plazo, nadie puede permitirse perder la batalla: el perdedor se vería obligado a reconstruir su economía política y atravesar un período de transición largo, incierto y tumultuoso. Los países del Sur podrían verse así condenados a organizar su mercado laboral como en Europa del Norte, y los alemanes a poner fin a su manía de ahorrar, que sus socios consideran destructora y egoísta.

En ese sentido, se puede considerar que el programa de “flexibilización cuantitativa” adoptado por el BCE, dirigido oficialmente a elevar la tasa de inflación al 2%, se inscribe en una estrategia ventajosa para los países mediterráneos. De hecho, la medida provocó inmediatamente una baja en la tasa de cambio de la moneda única. Cabe recordar que Enrico Letta, durante su corta presidencia del Consejo italiano (abril de 2013 a febrero de 2014), despotricaba contra el nivel de ese “maldito euro”, que impedía la reactivación económica de su país. Problema: tal devaluación favorece sobre todo a los países exportadores como Alemania y no mejora en nada la situación de las economías más débiles. A más largo plazo, podría incluso desatar una carrera devaluatoria mundial. Y si bien, en Alemania, las industrias exportadoras no se quejarían de una nueva mejora de su competitividad, los ahorristas en cambio tendrían que soportar durante bastante tiempo tasas de interés negativas.

Los debates sobre el futuro del régimen monetario europeo son tanto morales como técnicos; y, en ese plano, debe subrayarse que ninguna de esas formas de capitalismo es superior a las otras. La implantación del capitalismo en la sociedad, asunto de improvisación y de compromiso, jamás resulta plenamente satisfactoria desde ningún punto de vista. Ciertamente, eso no impedirá que los partidarios de cada modelo nacional consideren que los otros modelos son deficientes, en base a que el suyo sería natural, racional y conforme a los valores sociales más elevados. Así, los alemanes no comprenden que cuando instan a los griegos a “reformular” su economía política, es decir, a reformarse a sí mismos, para terminar con el despilfarro de la corrupción, les están pidiendo de hecho reemplazar la corrupción tradicionalmente arraigada en la sociedad griega, por otra: la corrupción moderna y financiarizada al estilo de Goldman Sachs, propia del capitalismo contemporáneo.

Los violentos conflictos ideológicos y económicos que desgarran Europa y fomentan los nacionalismos no habrán de apagarse rápidamente. Suponiendo incluso que la austeridad logre hacer más competitiva a Europa del Sur, se estima que producirá también en los

países deudores una baja en el nivel de vida del orden del 20 al 30% respecto de la situación anterior a 2008. Se les impone ese régimen asegurándoles que la liberalización de los mercados reforzará sus economías, que entonces podrán recuperar el terreno perdido y reducir las diferencias de ingresos: pero se trata de una quimera, habida cuenta del peso de las ventajas acumuladas que operan en los mercados (3). Las disparidades regionales, agravadas por la austeridad, deberán ser atendidas por medio de una solución política, en el seno de la zona euro, siguiendo el modelo de redistribución adoptado por Italia para el Mezzogiorno y por Alemania para los nuevos Länder. Sin embargo, el alrededor de 4% de Producto Interno Bruto que ambos países destinan a esas regiones, no logra impedir que aumente la brecha entre los ingresos interregionales (4).

Las disparidades económicas producirán conflictos entre los Estados miembros de la zona euro y dentro mismo de ellos. Los países del Sur reclamarán programas de crecimiento, un “Plan Marshall europeo”, políticas regionales para ayudarlos a crear una infraestructura competitiva y una solidaridad material a cambio de su adhesión al mercado único y a la unidad europea en general. Los gobiernos del Norte no podrán, por razones económicas y políticas, suministrar más que una pequeña parte de los fondos necesarios (5). A cambio, exigirán el derecho a controlar cómo será utilizado su dinero, aunque más no sea por razones de política interna: su oposición podrá llenarse la boca acusándolos de derroche, clientelismo y corrupción. Los Estados meridionales resistirán el avance de los del Norte sobre su soberanía, a la vez que criticarán su avaricia. Alemania, el más grande y sin dudas el más rico de los países miembros, será condenada por su imperialismo político y su egoísmo económico, sin poder hacer gran cosa: los electores no dejarán a sus gobiernos ayudar a los países del Sur sin condiciones y se negarán a financiar una política regional europea, cuando aún pagan por la ex Alemania del Este.

Miedo a la implosión

¿Durante cuánto tiempo la gran coalición de Angela Merkel logrará calmar tanto a sus socios europeos como a sus electores? En poco tiempo podrían agotarse todos sus recursos. Las industrias exportadoras alemanas y sus sindicatos hicieron de la defensa de la unión monetaria una prioridad absoluta y, con el apoyo de una izquierda euro-idealista, sacralizaron el euro (6). Siempre a la escucha de sus apoyos, la canciller pronunció una célebre sentencia: “Si el euro fracasa, fracasa Europa” (7). Por lo tanto Merkel se resignó a hacer dolorosas y humillantes concesiones, en particular cuando se votaron en el Parlamento los “planes de salvataje” de Grecia.

El gobierno alemán –que funciona como el comité ejecutivo de las industrias exportadoras– estará dispuesto a sacrificarse para salvar el euro. Pero el consenso que reinaba a favor de la integración europea se fisuró. El euro-escepticismo surgió repentinamente. Un nuevo partido, Alternativa para Alemania (AfD), amenaza a la derecha de la Unión Demócrata Cristiana (CDU). Para oponersele, los partidos centristas, socialdemócratas incluidos, deben rechazar cualquier concesión que otro país pudiera presentarle. Hasta ahora las transferencias de fondos internos dentro de la Unión Europea y de la eurozona estaban a menudo disimuladas en fondos regionales o sociales europeos. Pero la unión monetaria requerirá –no sólo para “salvar” a Grecia, sino también y sobre todo para el pos “salvataje”– sumas considerables, imposibles por tanto de disimular.

Varias demandas presentadas ante la Corte Constitucional intentaron politizar Europa y alertar a la opinión pública alemana. Durante un cierto tiempo el gobierno de Angela Merkel pareció aprobar la inventiva con la que el BCE esquivaba la prohibición de efectuar préstamos directos a Estados miembros, al tiempo que el Bundesbank lanzaba gritos de indignación. Pero como el conflicto de distribución entre los países de la zona euro será pronto un problema crónico, el costo político y económico de la unión monetaria llegará a ser posiblemente tan exorbitante que el gobierno ya no podrá ocultarlo ni defenderlo, sobre todo en un con-

texto en que la población alemana se halla expuesta a dura prueba por la austeridad presupuestaria.

A pesar de que Alemania sacraliza al euro, en principio podría prescindir de él. Para equilibrar los resultados económicos, quizás sería mejor devolver una cierta soberanía monetaria a los países europeos y un mayor margen de maniobra al Sur (y al Sudeste, que

Por una ironía de la historia, la unión monetaria que debía consolidar definitivamente la unidad europea amenaza ahora con dinamitarla.

espera entrar en la zona) en lugar de permanecer en el marco de la moneda única. Las dudas sobre la viabilidad de este régimen comienzan a crecer, incluso en Alemania. Después de todo, suponiendo que los alemanes tengan razón de pensar que, en ciertas circunstancias, la austeridad es buena para la salud económica, no debe olvidarse que en la práctica, sólo hizo milagros cuando fue de la mano de una devaluación de la moneda nacional (8).

La cohesión de la zona euro sólo se sostiene por el miedo a las consecuencias que podría producir su implosión. Pero dentro de poco, ese miedo posiblemente ya no alcanzará para convencer a los electores alemanes de continuar garantizando la supervivencia de la unión monetaria. Frente al auge de los nacionalismos, las élites políticas podrían considerar preferible dejar de identificar el euro a Europa, y escuchar a los economistas, cada vez más numerosos, incluso en Alemania (9), que postulan un régimen monetario más flexible y menos unitario, cercano al sistema monetario europeo vigente en los años 80 (10). Esa solución sin dudas no será la panacea, pero no es posible hallar una solución ideal en una economía capitalista cargada de múltiples contradicciones internas. Las exportaciones alemanas posiblemente sufrirán durante un tiempo, pero la suerte de los contribuyentes y la reputación de su país frente a sus vecinos podría verse mejorada.

Angela Merkel supo cambiar radicalmente de posición sobre la energía nuclear. No debe excluirse que quede en la historia como la canciller que liberó a Europa de la moneda única, convertida en pesadilla común. ■

1. Programa de compra por el BCE de obligaciones públicas y privadas por un monto de 60.000 millones de euros por mes adoptado en enero de 2015 para contener el riesgo de deflación. En otras palabras, el BCE emite moneda.

2. Véase Charles B. Blankart, “Oil and Vinegar: A Positive Fiscal Theory of the Euro Crisis”, *Kyklos*, Vol. 66, N° 3, Zurich, 2013; Peter Hall, “The Economics and Politics of the Euro Crisis”, *German Politics*, Vol. 21, N° 4, Chemnitz, 2012.

3. Como muestra Thomas Piketty en *El capital en el siglo XXI*, FCE, Buenos Aires, 2014. Las ventajas acumuladas, o “efecto Matthieu”, implican el enriquecimiento de los ricos y el empobrecimiento de los pobres.

4. Wolfgang Streeck y Lea Elsässer, “Monetary Disunion: The Domestic Politics of Euroland”, *MPIfG Discussion Paper 14-17*, Max Planck Institute for the Study of Societies, Colonia, 2014, www.mpifg.de

5. Según estimaciones basadas en la experiencia de Italia y de Alemania, las transferencias de fondos necesarias para impedir que se profundicen las diferencias de ingreso en la zona euro, superarían en mucho la capacidad de pago de Alemania, Francia y Holanda reunidas. Véase Wolfgang Streeck y Lea Elsässer, *op. cit.*

6. Este podría ser un viejo reflejo contraído por los alemanes en el período de posguerra: la tendencia a confundir su identidad colectiva con su moneda, lo que Jürgen Habermas llamó “D-Mark Patriotismus” (“el patriotismo del Deutschmark”).

7. Intervención en el Bundestag, 7-9-11.

8. Mark Blyth, *Austerity. The History of a Dangerous Idea*, Oxford University Press, 2013.

9. Véase Heiner Flassbeck y Costas Lapavistas, *Against the Troika. Crisis and Austerity in the Eurozone*, Verso, Londres y Nueva York, 2015.

10. Véase Frédéric Lordon, “Sortir de l'euro?”, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 2013.

*Director emérito del Instituto Max Planck para el Estudio de las Sociedades, Colonia; autor de *Du temps acheté. La crise sans cesse ajournée du capitalisme démocratique*, Gallimard, París, 2015.

Traducción: Carlos Alberto Zito

Tras la ola de revueltas que comenzó en Túnez en diciembre de 2010, la “primavera árabe” parece haberse diluido, atrapada entre el regreso de los Estados autoritarios, la amenaza yihadista y las tensiones geopolíticas. Pero las exigencias de dignidad y las aspiraciones de libertad, paz, democracia y estabilidad no se han extinguido.

A cinco años de la “primavera árabe”

Un futuro incierto

por Hicham Alaoui*

El mundo árabe enfrenta desafíos que parecen insuperables y que, sin embargo, deberá superar si desea concebir un futuro más pacífico, democrático y estable. Estos desafíos residen principalmente en la regresión contrarrevolucionaria impulsada por los Estados autoritarios, en la naturaleza indecisa del proceso revolucionario y en los retos geopolíticos y confesionales planteados por el flagelo de la organización Estado Islámico (EI).

Muchos regímenes árabes responden a la definición de lo que Jean-Pierre Filiu llama “los mamelucos modernos” (1). En su origen, los mamelucos eran soldados esclavos que la dinastía abásida (750-1258) reclutaba en los territorios situados por fuera del mundo musulmán. Para sus amos, debido a su norabidad, los conflictos de lealtad que sembraban la discordia entre tantas familias, tribus y comunidades, no tendrían ningún efecto sobre ellos.

Con el correr de los años, los mamelucos adquirieron una influencia política y militar tal que, en el siglo XIII, terminaron suplantando a sus amos y tomando el poder desde Egipto hasta el Golfo. Al no estar ligados a las sociedades que gobernaban y, por lo tanto, no tener que guardar consideración por clanes ni protectores, les resultó fácil imponerse. Eso los volvió prácticamente invulnerables, salvo frente a las invasiones extranjeras. Esta herencia de los mamelucos, autocrática y patrimonial, funda las repúblicas militares árabes de hoy, tanto en Siria como en Egipto.

Estos regímenes se consideran a la vez como depositarios del poder del Estado y como extranjeros a sus propias sociedades, que desde siempre tienen vocación de ser gobernadas con mano de hierro. En algunos países este espíritu se remonta al período colonial. En Egipto, la herencia mameluca resurgió a principios del siglo XIX, impulsada por el concepto de Estado civil (*dawla madaniyya*) propuesto por las reformas de Mehmet Ali, gobernador entre 1805 y 1849.

Doble juego

Frente a la “primavera árabe”, el reflejo mameluco consistió en defender por todos los medios estas prerrogativas soberanas. Los dueños del poder se aseguraron de que el aparato de Estado no cayera en manos de fuerzas sociales consideradas de un rango inferior. En Egipto, después de que la revolución de 2011 condujera a la caída de Hosni Mubarak, el golpe de Estado de julio de 2013 urdido por el general Abdel Fatah al Sissi contra el gobierno electo de los Hermanos Musulmanes reveló la absoluta determinación de los militares de no ceder ni una pizca de sus privilegios. En Siria, la brutalidad con la cual el régimen de Bashar al Assad reprimió las protestas pacíficas confirmó una vez más la incapacidad del poder para tolerar el menor cuestionamiento.

Las tensiones geopolíticas reforzaron la estrategia contrarrevolucionaria de los regímenes establecidos.

La amenaza creciente de un expansionismo chiita encarnado por la potencia iraní les permitió demonizar toda oposición interna y desplegar una gran represión en nombre de la seguridad nacional.

Otro ejemplo de esta conjunción funesta es Bahrein. Para los dirigentes de esta pequeña monarquía sunnita, la oposición surgida durante la “primavera árabe” no era sino una marioneta de Irán, que manipulaba a la población chiita, mayoritaria en el archipiélago. Sin embargo, la aspiración a reformas democráticas nunca dejó de agitar a Bahrein desde su independencia en 1971. Situación inversa en Siria, donde Al Assad, apoyado por Teherán, acusa a la oposición de hacerle el juego a una conspiración sunnita fomentada por Estados Unidos con el fin de dominar Medio Oriente. El temor de ver la región entera sumergida por las masas sunnitas explica por qué la coalición pro-Assad federa un mosaico tan amplio de minorías, desde los alauitas sirios hasta los chiitas libaneses del Hezbollah pasando por los hutíes de Yemen.

Tras la “primavera árabe”, el conflicto entre sunnitas y chiitas recrudesció. Entre los factores que precipitaron esta conflagración figuran la caída de la cotización del petróleo y la conclusión del acuerdo internacional sobre el uso nuclear iraní, así como la percepción de toda forma de pluralismo político como una amenaza para la seguridad nacional. En Egipto, por ejemplo, la restauración del régimen militar provocó una represión brutal en contra de los Hermanos Musulmanes, acusados de terrorismo a pesar de que habían renunciado a la lucha armada y la violencia. Jamás desde los años 1950 los islamistas y la oposición en su conjunto habían soportado persecuciones tan implacables. La estrategia antiterrorista del poder opera como una profecía autorrealizada: la represión militar-policial suscita reacciones violentas que justifican el retorno a un orden más despiadado aun.

Estos mamelucos modernos explotan el miedo al yihadismo para que el bloque occidental cierre los ojos sobre sus propias violencias y vuelva a su política de apoyo incondicional a regímenes autoritarios. Lo que no les impide jugar un juego doble: atacar el extremismo religioso en el interior y poner en práctica políticas que lo refuerzan en el exterior.

Así, en Libia, las fuerzas del general Jalifa Haftar, apoyadas por Europa y Estados Unidos, dejaron deliberadamente al EI tomar el control de la región de Sirte, prefiriendo consagrar todos sus esfuerzos a combatir el gobierno rival de Trípoli. En Siria, Al Assad reaccionó a la “primavera árabe” liberando de prisión a una gran cantidad de islamistas y encerrando a los militantes de los otros grupos de oposición. En Yemen, el gobierno calificó a los hutíes de movimiento terrorista a sueldo de Irán, al tiempo que entablaba negociaciones con Al Qaeda. En cuanto a las monarquías del Golfo, si bien no dejaron de señalar al EI como su peor enemigo, no hicieron nada –o muy poco– para impedir que las organizaciones religiosas activas en su territorio financiaran movimientos islamistas armados fuera de sus fronteras.

Semejante ambivalencia indica que la mayoría de los Estados árabes, contrariamente a lo que afirman, no tienen ningún apuro por ver desaparecer la amenaza yihadista, que les proporciona un pretexto invalorable para bloquear toda reforma democrática.

Nuevos miedos, viejos problemas

Semejante estrategia, exitosa a corto plazo, corre el riesgo, sin embargo, de chocar, tarde o temprano,

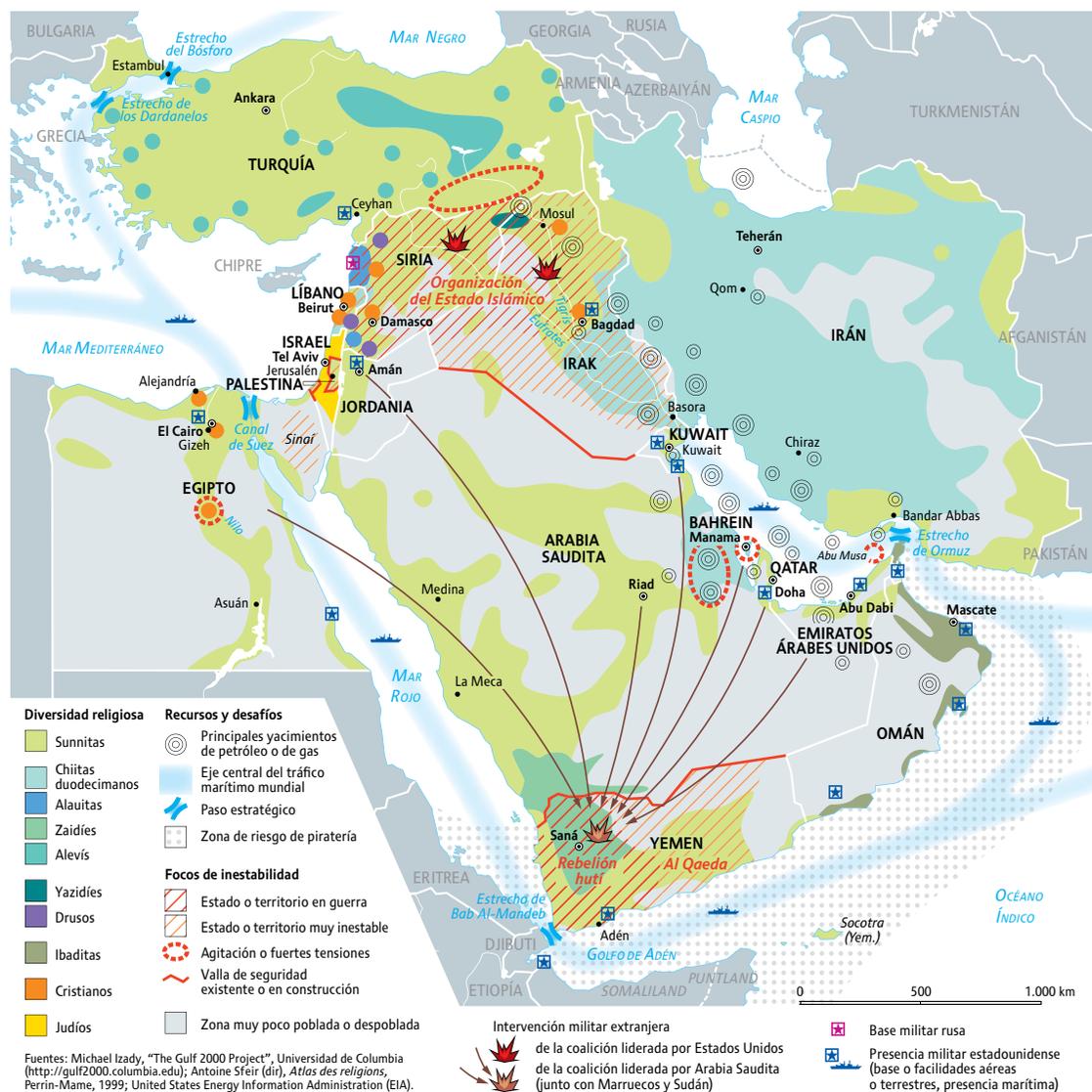
En Egipto, jamás desde los años 1950 los islamistas y la oposición en su conjunto habían soportado persecuciones tan implacables.

contra la naturaleza imprevisible del proceso revolucionario. Casi todos los observadores occidentales han proclamado la muerte de la “primavera árabe”. Para ellos, el asunto es claro: sólo la frágil democracia tunecina emerge aún del campo en ruinas. Un diagnóstico compartido por los gobiernos árabes, proclives a dar vuelta la página de lo que sigue siendo para ellos un recuerdo odioso. El contragolpe que castigó las demandas democráticas en tantos países parece,

por supuesto, darles la razón. Pero la historia enseña que las revoluciones, como las olas, irrumpen de manera cíclica: la exigencia de dignidad y de libertad volverá a surgir, inevitablemente, estén o no los gobiernos preparados para ello.

Hoy, la ausencia de revueltas en la calle no significa que haya desaparecido el proceso revolucionario. Los problemas que habían provocado la primera ola, en 2010, no se volatilizaron, todo lo contrario. La tasa de desocupación en la mayoría de los países árabes es aún tan elevada como hace cinco años, la economía igual de estancada, la administración ineficaz y el sector privado balbuceante. En las sociedades árabes retumba aún la voz de una juventud numerosa y efervescente a la que los gobiernos no logran ofrecer perspectivas. Los sistemas educativos persisten en privilegiar la selección por dinero más que por el mérito, y en formar herederos que no tendrán los conocimientos necesarios para enfrentar la competencia en los mercados mundiales.

Más grave aun: los dirigentes continúan privando a los ciudadanos de su derecho a la palabra. La colisión entre clase política y sector de negocios permanece también intacta y permite a una pequeña elite aferrada a sus privilegios controlar no sólo las instituciones del Estado sino también los recursos del país. No debe asombrar que el mito del desarrollo inspire cada vez menos confianza a las poblaciones, abrumadas por los comunicados alentadores sobre el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) que, constatan, no ofrece empleo a los desocupados



Cécile Marin

ni futuro a los jóvenes. Profundización de las desigualdades, falta de infraestructuras, deficiencias del sistema educativo, corrupción endémica: ninguno de estos males ha encontrado respuesta desde 2010.

Aun cuando los problemas estructurales persistan o se agraven, el tejido social y cultural de las sociedades árabes, en cambio, se ha modificado sensiblemente. El ciudadano común dejó de vivir en el miedo visceral al poder; su obediencia ya no puede ser arrancada tan fácilmente por la amenaza policial o el adoctrinamiento ideológico. No es que el miedo haya desaparecido: ha cambiado de objeto. Hoy, la preocupación radica sobre todo en la propagación del EI y el yihadismo, y en el derrumbe de los Estados en Siria y Yemen. Este miedo nuevo, omnipresente, explica por qué tantos ciudadanos ya no creen en la posibilidad

de una reforma democrática. Exacerba el desencanto suscitado por el fracaso de los movimientos revolucionarios en Egipto y Libia –sin hablar de Marruecos y Jordania, donde las esperanzas de cambio se estrellaron contras las puertas del palacio real–. Nada hay de extraño en que la combinación de los miedos y las decepciones cree una atmósfera de apatía social. A menudo, el apoyo al régimen traduce solamente una aceptación resignada debida a una ausencia de soluciones de recambio.

Pero el miedo, la desilusión y la apatía son estados de ánimo efímeros, que los dirigentes no pueden mantener eternamente. Su rechazo a proponer reformas creíbles encendió la mecha hace cinco años; es probable que un día cualquiera las mismas causas terminen por producir los mismos efectos. La elec-

ción está en sus manos: emprender reformas ahora esperar a que exploten nuevas revueltas.

Varios indicios sugieren que este dilema pronto podría volverse apremiante. El Líbano, por ejemplo, sufre desde el verano pasado manifestaciones masivas, dirigidas contra la incapacidad del gobierno para asegurar la recolección de la basura. La exasperación ante las montañas de desechos acumulados en las calles movilizó a los libaneses por sobre las divisiones religiosas o étnicas, pues les dio la ocasión, en particular a los más jóvenes, de expresar una frustración más grande y más profunda. No se trata solamente de denunciar la incuria del gobierno, sino también de voltear un sistema confesional obsoleto, aun cuando durante mucho tiempo le aseguró al país una apariencia de estabilidad política. Los manifestantes reclaman la instauración de un sistema más democrático, que ponga a todos los libaneses en pie de igualdad en lugar de concentrar el poder en manos de elites envejecidas designadas sobre la base de criterios perimidos.

Algunos meses antes, Argelia fue el teatro de un movimiento social sin precedentes. El anuncio de un proyecto de explotación de gas de esquisto en el Sahara impulsó a miles de habitantes de esta región pobre y desértica a expresar resistencia tanto contra los daños potenciales de la fractura hidráulica como contra un modelo de desarrollo fundado en la extracción de riquezas naturales. Esta lucha adquiere una significación particular al recordar que Argelia es la fuente más antigua de la "primavera árabe". Las inmensas movilizaciones de 1988 por el cambio y la democracia, el éxito electoral del Frente Islámico de Salvación (FIS), el golpe de los militares y la sangrienta guerra civil que le siguió: ya en esta tragedia se hacía manifiesto el conflicto entre Estado y sociedad. Por más esporádicas y aisladas que sean, estas luchas que brotan aquí y allá indican que el espíritu de 2010 no se ha extinguido.

La hidra yihadista

La principal lección a extraer de la "primavera árabe", sin embargo, es que una transformación política y social requiere algo más que movilizaciones puntuales. Aun después de haber logrado deponer al tirano maldito, las fuerzas de oposición deben asegurarse capacidades organizacionales, capacidades políticas y una visión institucional sólida, coherentes y duraderas. Es lo que tan cruelmente le faltó a la oposición egipcia después de su breve victoria de 2011. Su impotencia para impedir el retorno de los militares quedó en la memoria de muchos como el principio del fin de la "primavera árabe". Es cierto que en casi todos los países implicados, los jefes de la oposición cometieron los mismos funestos errores. ¿Tal vez hayan aprendido la lección y estén mejor preparados para cuando regrese la primavera?

Un escenario de esta naturaleza supone sin embargo suprimir antes un obstáculo más temible: el EI. →



Global Studies Programme

Maestría y Certificado en Estudios Globales

El **Global Studies Programme (GSP)** es un programa de maestría en Ciencias Sociales de dos años de duración, dictado en inglés y focalizado en cuestiones de globalización, gobernanza internacional y cambio cultural. Los estudios se cursan en las Universidades de Freiburg o la Humboldt de Berlín en Alemania (primer y cuarto semestre), la Universidad de Ciudad del Cabo, la de Pretoria en Sudáfrica, o FLACSO Argentina (segundo semestre), la JNU de India o Chulalongkorn de Tailandia (tercer semestre). El GSP, fundado en 2002, es el programa más antiguo con estas características y ha recibido varios premios por su originalidad y orientación intercultural. Se trata de un programa interdisciplinario que integra la Sociología, la Ciencia Política, las Relaciones Internacionales y la Antropología.

Los cursos que se dictan en FLACSO Argentina están abiertos a estudiantes locales que pueden obtener el **Certificado en Estudios Globales**. Las materias ofrecidas son Esfera Pública Global, Economía y Sociedad Globales, Cultura e Identidad en América Latina y la Cátedra Hermann Schwengel sobre Teorías de la Globalización, todas impartidas en idioma inglés.



INSCRIPCIONES

Para la **Maestría**, la inscripción se realiza en las sedes de Alemania (ver sección "Applications"):

Freiburg:

global-studies.de

Berlin:

global-studies-programme.com

Por el **Certificado** en Estudios Globales de FLACSO Argentina, dirigirse a gsp@flacso.org.ar

→ El fulgurante ascenso de “Daesh” (según su acrónimo árabe) se explica a la vez por la debilidad de los Estados que se propuso voltear como por el juego destructor de las rivalidades geopolíticas y de las intervenciones extranjeras.

La ironía del destino quiere que el EI se haya difundido en Irak y en Siria, dos países considerados durante mucho tiempo como modelos de estabilidad y de impermeabilidad al cambio a causa, sobre todo, del control total que el aparato de Estado ejercía sobre la sociedad. Aunque la ferocidad del EI marca una nueva fase de mutación de la ideología yihadista, el material humano necesario para su crecimiento ya se encontraba allí.

En Siria, su expansión exigía no sólo reclutas extranjeros, sino también un apoyo local consecuente, que no le faltó, en particular porque el Estado sirio, poco preocupado por responder a las necesidades de su población, dejó que se desarrollaran bolsones de indigencia y de marginalidad fácilmente explotables por una secta bien equipada.

En Irak, el EI encontró un recibimiento favorable dentro de comunidades sunnitas discriminadas por el gobierno de Nouri al Maliki, después de la destrucción del aparato de Estado que siguió a la invasión estadounidense (2). Éste se apoyaba en milicias chiitas temidas por sus exacciones, que saquearon alegre-

mente los restos del material de guerra del antiguo ejército iraquí. El Hezbollah libanés les servía de modelo en términos de organización, de notoriedad y de poderío militar. En este sentido, el EI no representaba sólo una fuerza de importación, sino una reacción local a las persecuciones del gobierno central.

El EI es también una coalición de fuerzas en la cual la franja mesiánica convive con diversos componentes tribales, comunidades locales discriminadas y antiguos oficiales o cuadros del régimen de Saddam Hussein. Se distingue de Al Qaeda en varios puntos esenciales (3). Al Qaeda concibe la yihad como una operación exclusivamente militar. No es asunto suyo gobernar un territorio o establecer instituciones, puesto que se define como una red de combatientes nómades cuyos objetivos de guerra no podrían ser alcanzados sino mucho tiempo después de su vida terrestre. Para el EI, en cambio, el combate debe aportar sus frutos en lo inmediato. La violencia no es un medio en vistas de un fin, sino un objetivo en sí, en el cual se cumple su visión del mundo. La creación de una entidad territorial es consecuencia del mismo imperativo religioso: la yihad impone conquistar tierras, instaurar una gobernanza, explotar todos los recursos de la geografía y de la temporalidad.

Contrariamente a Al Qaeda, que selecciona minuciosamente sus reclutas y les impone exigencias draconianas, el EI contrata al que venga, siendo la motivación la única cualidad requerida. Mientras que Al Qaeda se compone exclusivamente de guerreros, el EI ambiciona constituirse en población. Necesita por lo tanto mujeres, familias y niños. En cuanto a los reclutas extranjeros, su rol consiste menos en portar armas que en vehicular la imagen idealizada de la comunidad de los creyentes (la *umma*) en sus mensajes de propaganda destinados al mundo exterior.

No es necesario aclarar que esta concepción del Estado representa una provocación, si no una herejía, para la inmensa mayoría de los propios sunnitas, razón por la cual el EI movilizó en su contra a una coalición tan vasta de países árabes. Pero no podría comprenderse el fenómeno Daesh fuera del contexto de las injerencias extranjeras. La amenaza yihadista sirve en efecto de coartada a potencias como Rusia y Turquía para fijar sus ambiciones en el mundo árabe. Es cierto que los bombardeos rusos en Siria están vinculados al EI, pero revelan sobre todo el deseo de Moscú de extender su zona de influencia en Medio Oriente con el objetivo de restaurar la potencia imperial perdida en el derrumbe de la Unión Soviética (4). Al apoyar al régimen de Al Assad, Rusia se procura una moneda de cambio para Ucrania o para cualquier otro territorio que el campo occidental pudiera disputarle.

Localmente, el objetivo estratégico es simple: fijar el *statu quo* asegurando al presidente sirio un Estado santuario calcado precisamente de su base alauita. Esto no impide que con el tiempo esta estrategia se debilite, por falta de retorno en inversiones militares. Mientras tanto, renueva este enfoque, ya viejo, que consiste en aprehender a Medio Oriente a través del prisma de las identidades étnicas y confesionales más que en términos de Estados jurídicamente definidos.

Por esta misma razón, la alianza ruso-siria podría desbordar de un momento a otro sobre Irak. Bagdad renunció progresivamente al proyecto de un retorno a la unidad nacional multiconfesional de antaño. El Estado iraquí se concibe ahora como exclusivamente chiita. Por lo tanto no tiene demasiado interés en la restitución de los territorios conquistados por el EI, pues eso lo obligaría a reintegrar las comunidades sunnitas a las que execra. En verdad, preferiría aprovechar el paraguas militar ruso que, llegado el momento, podría incluso reemplazar al escudo estadounidense.

A Vladimir Putin los riesgos de represalias terroristas lo inquietan hasta cierto punto. Mientras que la explosión de una bomba en el metro de una capital europea fragilizaría al gobierno en cuestión, en Rusia sólo serviría a la estrategia del jefe de Estado de alimentar el miedo al terrorismo para justificar una política de hierro tanto en el interior del país como fuera de sus fronteras.

Por lo tanto, no está dentro de los intereses de Rusia eliminar al monstruo Daesh, que tan bien se dedica a debilitar los intereses europeos y a contener a la oposición pro-occidental en Siria. En realidad, el EI presta servicios a todo el mundo: el régimen sirio lo utiliza para hacer olvidar sus propias atrocidades, Arabia Saudita para intensificar el combate ideológico contra los chiitas, Irán para dividir el campo sunnita, Turquía para arreglar sus cuentas con el Partido de

los Trabajadores del Kurdistan (PKK).

En el caso de Turquía, la estrategia de instrumentalización del EI es esencialmente de uso interno. Consiste en hacer reinar un clima permanente de tensión, de miedo y de división con el fin de que el presidente Recep Tayyip Erdogan y su gobierno aparezcan como la última muralla frente al caos. La coalición anti-EI de la que Turquía participa formalmente le ofrece una excusa para atacar no solamente a los kurdos dentro

Para el EI, la violencia no es un medio en vistas de un fin, sino un objetivo en sí, en el cual se cumple su visión del mundo.

de su propia población, sino también a los kurdos de Siria y de Irak. Que semejante escalada pueda agravar la inestabilidad general y crear un nuevo eje de conflicto es algo que no parece inquietar a Erdogan, cuya preocupación es, sobre todo, el rédito electoral que puede obtener de esta política de lo peor.

Los atentados de París marcan un cambio de estrategia del EI. Esa violencia se inscribe en la línea de los atentados en Beirut contra el Hezbollah, que apoya al régimen de Al Assad, y contra un avión de línea rusa en el Sinaí de Egipto. Demuestra cierta capacidad de proyección de la organización fuera de Siria y de Irak para golpear a los actores más visibles de la coalición ligada en su contra. Al mismo tiempo, es la expresión de que la organización siente los duros golpes que le asestan en sus bastiones: estos contraataques producidos en el extranjero traducen la pérdida de su impulso ofensivo en el frente interno. El riesgo terrorista crece. En suma, esta violencia aparentemente irracional no deja de tener coherencia y difiere de la lógica apocalíptica de Al Qaeda.

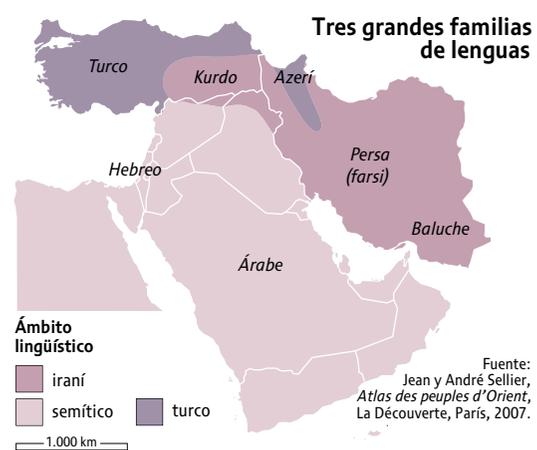
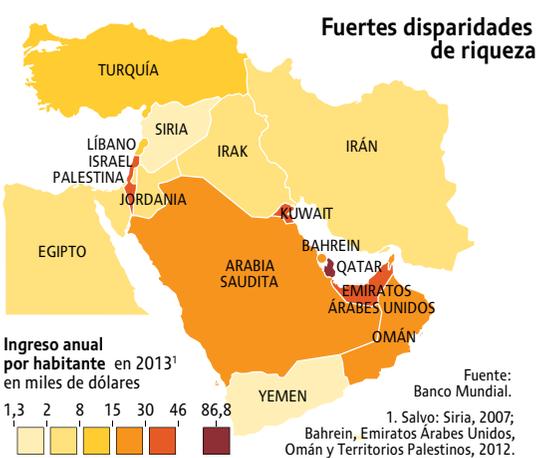
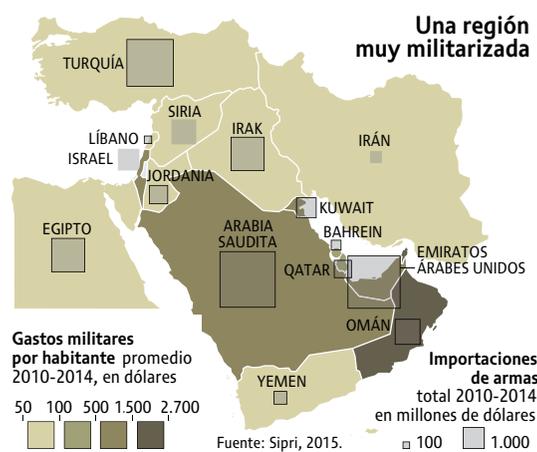
Occidente puede intensificar su campaña militar aérea: no logrará así erradicar al EI. La experiencia ha demostrado la eficacia de los actores no estatales para llevar a cabo la reconquista sobre el terreno. El ataque victorioso de los kurdos en Sinjar tanto como la intervención de las tribus beduinas *shammar* en el conflicto contra el EI son muestra de ello. Sin embargo, una verdadera contraofensiva requiere una estrategia de reunión de todas las fuerzas presentes sobre el terreno, que minimice los intereses divergentes y las rivalidades geopolíticas.

Efecto dominó contrarrevolucionario impulsado por Estados autoritarios, posibilidades de resurgimiento de la “primavera árabe”, confusión de intereses en torno a la hidra yihadista: tironeado entre estas tres perspectivas, el futuro del mundo árabe parece muy incierto. ■

1. Jean-Pierre Filiu, “Mamelouks modernes, mafias sécuritaires et djihadistes”, *Orient XXI*, 19-9-15, <http://orientxxi.info>
2. Véase Peter Harling, “Ce qu’annonce l’éclatement irakien”, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 2014.
3. Julien Théron, “Al Qaeda vs. EI”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, febrero de 2015.
4. Alexei Malachenko, “La apuesta siria de Putin”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2015.

*Presidente de la Fundación Moulay Hicham, miembro de la Fundación Carnegie por la Paz Internacional. Autor de *Journal d'un prince banni*. *Demain, le Maroc*, Grasset, París, 2014. Una primera versión de este texto fue presentada el 23 de octubre de 2015 en la Universidad de Northwestern (Illinois, Estados Unidos).

Traducción: Florencia Giménez Zapiola





CLÍNICA MÉDICA // NEUROCIENCIAS // SALUD FEMENINA // CARDIOLOGÍA // BIOTECNOLOGÍA // ONCOLOGÍA // VACUNAS // VENTA LIBRE

SEGUIMOS INVESTIGANDO,
SEGUIMOS EVOLUCIONANDO,
SEGUIMOS CRECIENDO,
SEGUIMOS PENSANDO EN VOS.

MÁS DE 75 AÑOS DE CONFIANZA Y COMPROMISO.

Laboratorio
ELEA
Hace bien

En los últimos 50 años el flujo de migrantes alrededor del planeta se ha triplicado. Paradójicamente, de la mano de la eliminación de las barreras al comercio, la inmigración ha ido adquiriendo el carácter de una amenaza global, que justifica el crecimiento de los dispositivos securitarios para combatirla, aun cuando éstos demuestren no ser exitosos.

Frente a la crisis migratoria global

El negocio de la desesperación

por Claire Rodier*

Los últimos veinte años del pasado siglo y los que van del presente han sido testigos de la progresiva conversión de la migración en un tema polémico que rara vez abandona la primera línea de actualidad. Es cierto que, desde la década de 1960, el número de migraciones se ha triplicado a lo largo y ancho del planeta. Pero esta evolución cuantitativa podría considerarse como fruto del orden establecido: después de todo, la mayoría de las recientes oleadas de desplazamientos de poblaciones han sido y continúan siendo previsible para todo aquel que sepa observar la marcha del mundo.

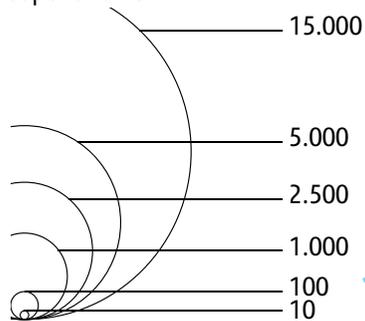
Cuando la coalición internacional tomó la decisión de derrocar al régimen de Muamar Gadafi en marzo de 2011, ¿acaso no podía imaginar que una de las primeras consecuencias de su intervención militar sería la de provocar el éxodo de un gran número de extranjeros que se encontraban en Libia en ese momento? Este número ha sido estimado en un millón y medio. Por el contrario, todo ha tenido lugar como si se tratase de fenómenos si no inexplicables, al menos imposibles de prever. Y por si fuera poco, existe por parte de aquellos que se encuentran a cargo de la “gestión de los flujos migratorios” una sorprendente tendencia a presentarlos como una amenaza, así como a prometer reiteradamente la instauración de enérgicas medidas para controlarlos, sin dar nunca la impresión de conseguirlo.

Cada época posee su propia forma de negar la evidencia y de repetir la misma cantinela. En Francia, a finales de los 70, los “trabajadores inmigrantes”, a los que durante las décadas precedentes se había hecho venir en gran número, fueron acusados de ocupar los empleos de los nativos en una situación de incremento del desempleo. Pese a ello, se quedaron. Posteriormente, tras haberlos desplazado deliberadamente junto con sus familias hacia guetos en las periferias de los grandes centros urbanos, nos asombramos de que sus hijos –las “segundas generaciones”, y más tarde las terceras– no aceptasen permanecer en los guetos. Paradójicamente, estos jóvenes han visto cómo se les reprocha el no querer “integrarse”, cuando previamente se había hecho todo lo posible para marginarlos.

De forma paralela, los grandes conflictos internacionales causados por las independencias, y más tarde el hundimiento del bloque soviético, han forzado el desplazamiento de centenares de miles de personas hacia todas partes del mundo, y en particular hacia los países occidentales. En lugar de considerar estos movimientos como la consecuencia lógica de un siglo de desorden y de dominación, y por tanto establecer políticas *ad hoc* para enfrentarse a

Viajes mortales

Número de migrantes muertos o desaparecidos superior a 10



Desde enero de 2001...

- hasta fines de 2005
- hasta fines de 2010
- hasta el 12-12-2015

■ Espacio Schengen

África Occidental (Canarias)



Fuente: www.themigrantsfiles.com

esta nueva situación, políticas basadas por ejemplo en un reparto equitativo de los recursos del planeta, los gobiernos de estos países se han dedicado a levantar barreras para protegerse de los “invasores”. En realidad, estas barreras, sean reglamentarias (visados), físicas (muros, verjas...) o virtuales (radares y otros sistemas de detección) están lejos de ser infranqueables: una proporción no desdeñable de inmigrantes calificados como indeseables consiguen superarlas una y otra vez.

Esto se debe a varias razones. En primer lugar, es difícil concebir un bloqueo de fronteras completamente hermético para los “clandestinos” sin arriesgarse a comprometer la libre circulación de todo aquello de lo que se nutre la globalización. Igualmente, no está claro que, pese a los discursos dominantes, el fin perseguido sea mantener a todos los inmigrantes fuera de las fronteras: es sabido que las economías de los países industrializados no pueden privarse de una fuente de mano de obra flexible y explotable, y los sin papeles responden a esta necesidad. Por último, la movilidad, aunque reducida, sigue siendo una válvula de regulación, una forma de ajuste necesario en las crisis que la comunidad internacional no sabe resolver, como ciertos conflictos o catástrofes medioambientales. Y sin embargo, en un mundo ca-

da vez más propenso al desplazamiento, no pasa ni una sola semana en la que en alguna parte no se invente un nuevo dispositivo de control migratorio. ¿Por qué?

Indeseables

Apéndices paradójicos de la globalización, los controles migratorios revelan dos contradicciones. La primera reside en el hecho de que su intensificación se desarrolla paralelamente al crecimiento de la movilidad internacional. A partir del último tercio del siglo XX, la expansión de los intercambios económicos, la democratización de los transportes aéreos y los fulgurantes progresos técnicos de los medios de comunicación han pulverizado las distancias y han hecho desaparecer en gran medida determinados atributos de las fronteras, como las barreras aduaneras. De hecho, varias regiones del mundo se han organizado para formalizar esta desaparición: es el caso de la Unión Europea, del TLCNA (que agrupa a Canadá, Estados Unidos y México) y también del Mercosur en Suramérica. Al mismo tiempo, los controles migratorios no han cesado de desarrollarse. La creación de la Agencia Europea de Fronteras (Frontex), la progresión del muro que separa Estados Unidos de México, el despliegue de patrullas marítimas en el Mediterráneo

para interceptar a los *boat people* procedentes del Norte de África, así como el uso de técnicas de escaneo y de biometría como medio de verificación de pasaportes en los aeropuertos, son ejemplos de la importancia concedida por los Estados a la vigilancia de los límites de su territorio.

La creación simultánea en la Europa de los años 80 de un espacio de libre circulación, por un lado, y del mecanismo Schengen, por otro, es representativa de estas tendencias antagónicas. El primero, instaurado en 1986, pretende facilitar la circulación de bienes, capitales, mercancías y personas entre los países miembros de lo que entonces aún era la Comunidad Europea, mediante la supresión de los controles en sus fronteras internas. El segundo, cuya elaboración tuvo lugar entre la firma del acuerdo de Schengen en 1985 y la de la convención del mismo nombre en 1990, se concibe con el fin de organizar la respuesta policial al “déficit de seguridad” producto de la mencionada supresión. Especialmente, es preciso evitar que beneficie a aquellas personas procedentes de un país no perteneciente al “club Schengen”, es decir, actualmente la mayor parte de los Estados miembros de la Unión Europea.

Lejos de limitarse a proteger las fronteras exteriores de una Europa convertida en un santuario, el mecanismo Schengen,

Cécile Marin

Nuevas rutas y nuevos obstáculos

- Espacio Schengen, con países asociados a la Unión Europea, en teoría zona de libre circulación
- Otros países de la Unión Europea
- Países candidatos al Espacio Schengen
- Principales países de tránsito de los migrantes
- Países o regiones en conflicto

Grandes rutas migratorias

- Rutas abandonadas desde la intensificación de la vigilancia de Frontex en 2008
- Flujos en aumento desde el comienzo de la guerra civil en Libia en 2011
- Flujos en aumento desde el comienzo del conflicto sirio en 2012, y particularmente elevados desde fines de 2014
- Costas afectadas por la afluencia de migrantes
- Llegadas censadas en 2015¹

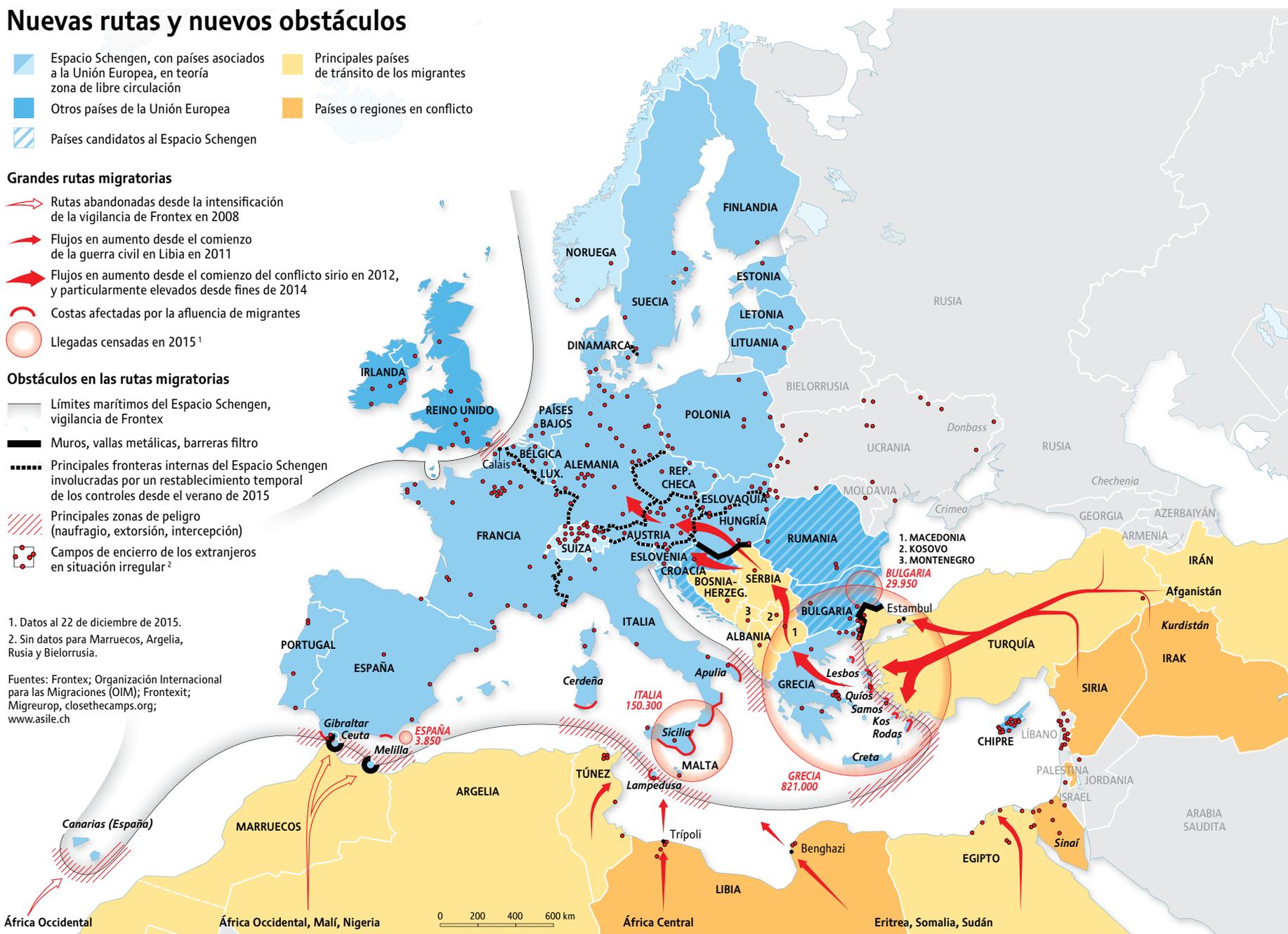
Obstáculos en las rutas migratorias

- Límites marítimos del Espacio Schengen, vigilancia de Frontex
- Muros, vallas metálicas, barreras filtro
- - - Principales fronteras internas del Espacio Schengen involucradas por un restablecimiento temporal de los controles desde el verano de 2015
- / / / Principales zonas de peligro (naufragio, extorsión, intercepción)
- Campos de encierro de los extranjeros en situación irregular²

1. Datos al 22 de diciembre de 2015.

2. Sin datos para Marruecos, Argelia, Rusia y Bielorrusia.

Fuentes: Frontex; Organización Internacional para las Migraciones (OIM); Frontexit; Migreurop, closethecamp.org; www.asile.ch



Cécile Marin

junto con otros dispositivos asociados, como por ejemplo el fichero Eurodac, implanta un sistema de filtro virtual que permite llevar a cabo una selección entre aquellos que pueden circular en su interior y aquellos que no, designados como indeseables. Y no se limita a lo virtual: una reforma del acuerdo Schengen presentada en 2011 apunta a posibilitar el restablecimiento de controles en las fronteras físicas de los Estados miembros en caso de urgencia migratoria.

Más y más controles

La segunda contradicción, esta vez intrínseca, de los controles migratorios, es su propia tendencia a multiplicarse. Su innegable desarrollo está cuajado de declaraciones políticas o policiales que insisten en la necesidad de proteger las fronteras contra la inmigración irregular, como corolario de la lucha contra el crimen organizado y el tráfico de seres humanos. Para lograr este objetivo, parece que sea preciso implantar cada vez más controles, debido a una presión migratoria creciente, o inminente, o masiva, según el caso y el discurso. Así, las autoridades israelíes construyen un muro que separa su país de Egipto para evitar que las "fronteras sean utilizadas para inundar el país de trabajadores ilegales"; Grecia obtuvo en 2010 la autorización por parte de sus socios de la UE para intervenir de urgencia en ayuda de las brigadas de guardias fronterizos especializados, con el fin de hacer frente a la "afluencia masiva" de inmigrantes a su frontera con Turquía, y la Comisión Europea decidió en febrero de 2011 enviar patrullas de la agencia Frontex a la zona mediterránea afectada, porque temía que la relajación de la vigilancia de las playas tunecinas debida a la

Revolución de los Jazmines provocase un éxodo de tunecinos hacia Europa.

Se podría pensar que estas iniciativas se basan en la búsqueda de la eficacia. Pues bien, al revisar la acumulación de medidas tomadas a lo largo de los años, puede comprobarse que ha sucedido todo lo contrario, como si en lugar de aportar la seguridad prometida, cada nuevo dispositivo de control puesto en marcha no tuviera otra utilidad que poner de manifiesto las fallas y las lagunas de los precedentes, ni otro objetivo que justificar los siguientes.

De hecho, y aunque el acceso a datos y cifras fiables no resulte fácil debido a la fuerte carga ideológica que poseen todas las cuestiones relacionadas con las migraciones, en realidad nada permite pensar que los esfuerzos desplegados por los países ricos para impedir o canalizar la movilidad de las personas en busca de una vida mejor o de protección estén teniendo éxito. O más bien: aun suponiendo que lo tengan parcialmente –lo que probablemente ocurra en el plano cuantitativo, aunque sólo sea por el número de personas que mueren durante el recorrido de migración–, este factor resulta indiferente en vista del proceso. Es como si, soslayando la importancia de la eficacia de los dispositivos de vigilancia de las fronteras existentes, la necesidad de implantar otros nuevos se impusiera con claridad. Los informes anuales de la citada agencia Frontex rebosan de cifras, cada una más indemostrable que la anterior. Dan cuenta, y se felicitan por ello, del número de arrestos de "inmigrantes ilegales" llevados a cabo en tal o cual puesto fronterizo, de las negativas de entrada a personas desprovistas de los documentos necesarios para franquear las fronteras europeas, de las intercepciones marítimas que han da-

do lugar a tantas denuncias, de los desmantelamientos de redes de traficantes, etc.

Pero no se encuentra el más mínimo rastro, o a lo sumo sólo en los balances elaborados por las instituciones europeas de las que depende la agencia y que la financian, de un análisis global de su impacto en términos de costos y beneficios. Incluso sin entrar a considerar el costo humano de sus intervenciones, sería interesante conocer el número de nuevas rutas migratorias que se abren cada vez que se cierra un punto de paso. Se trata por tanto de una realidad que relativiza el alcance de los resultados ofrecidos. La autosatisfacción anunciada pa-

rece ante todo destinada a justificar el aumento de los medios humanos y materiales puestos a disposición de Frontex, con el fin de luchar en mejores condiciones contra la inmigración irregular. Durante sus cinco primeros años de existencia, esta agencia vio cómo su presupuesto, que constaba de 6,3 millones de euros en 2005, se multiplicó por quince. ■

*Jurista del Grupo de Información y Apoyo a los Inmigrantes (GISTI) y fundadora de la red euro-africana Migreurop. Este texto ha sido extraído de su libro *El negocio de la desesperación. ¿Qué oculta la tragedia de los refugiados?*, Capital intelectual - Le Monde diplomatique, Buenos Aires, 2015.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



Maestría en Estudios Sociales Agrarios

CATEGORÍA "A" DE LA CONEAU (RES.856/11).

ABIERTA LA INSCRIPCIÓN

Ciclo académico 2016-2017

30 AÑOS

Más Información en: agrarias@flacso.org.ar / www.flacso.org.ar



El avance de las finanzas, las nuevas tecnologías y las industrias creativas han desarticulado la estructura del capitalismo social, provocando una pérdida de identidad y destrezas en los trabajadores, que carecen de motivación en un sistema insostenible.

Los trabajadores y la implosión del capitalismo neoliberal

Individuos seriales

por Richard Sennett*

¿Qué significa la implosión del neoliberalismo? ¿Qué implica para los trabajadores? El reinado del neoliberalismo y su implosión desde adentro (no su derrota sino su colapso desde su interior) impactan en los trabajadores. Traté de comprender los efectos del capitalismo, disfrazado como viejo o nuevo, a través de entrevistas en profundidad a trabajadores en puestos medios y bajos. Intenté entender así como éstos encuentran un sentido, en su propia historia, en su vínculo con el trabajo, la familia, la comunidad y la política. Se trata de un tipo de trabajo antropológico que demuestra que los trabajadores son competentes, intérpretes de su propia situación.

Cuando comencé esta investigación, durante los años 60 y 70 en Estados Unidos y Europa Occidental, pensaba que el sistema capitalista era un objeto estable, una versión más o menos fuerte de lo que llamábamos capitalismo social. Creía que era una estructura sólida, casi imposible de desarmar. Pero en los últimos 30 años esta estructura ha sido desarticulada por otra forma de capitalismo que denominamos neoliberalismo, que privilegió su aspecto de mercado. No obstante, esta concepción es insuficiente, pues lo que ha sucedido en el capitalismo moderno, en el nuevo capitalismo, ha sido impulsado por las finanzas globales, pero no podría haber tenido lugar sin los grandes cambios en la tecnología y sin un nuevo tipo de economía de servicios centrada en las llamadas industrias creativas.

Cuando en los años 90 este nuevo sistema, basado en el uso global de las

nuevas tecnologías, redefinió los servicios en términos de actividad cultural simbólica, también parecía tratarse de un sistema que duraría. Por ese entonces, entrevisté a personas en Silicon Valley que expresaban su creencia en la tecnología, en que se trataba de un fenómeno inherentemente exponencial, en que iba a haber cada vez más tecnología, cada vez más valor económico. En las industrias creativas, la gran combinación de diseño de los productos y publicidad parecía abrir todo un nuevo mundo para la actividad capitalista. No imaginaban que se trataba nuevamente de un ciclo. Sin embargo, esta industria implosionó a partir de los años 2006-2007. La pregunta –sin recurrir a la vieja noción marxista de las contradicciones del capitalismo– es: ¿por qué se ha producido esta implosión?

La pérdida de narrativa

Para los trabajadores de nivel medio, dos principios unifican a los sectores de las finanzas, la alta tecnología y las industrias creativas.

En primer lugar, el acortamiento exponencial del tiempo en el capitalismo. No sólo entendido como el breve tiempo que la gente tiene en sus trabajos, sino también como el tiempo breve en que ocupa un puesto de trabajo en particular, una técnica. En efecto, la cantidad de personas que cambian de patrón ha crecido gradualmente en los últimos 30 años, pero, además, dentro de las instituciones globalizadas de la nueva economía, ha crecido también de manera acelerada el número de personas que cambian de puestos dentro de esas mismas organizaciones. En Microsoft, por

ejemplo, el tiempo promedio que una persona trabaja en un proyecto ronda los siete meses, un período muy breve. El segundo cambio significativo consiste en el desmantelamiento de la cohesión institucional, que suele ser descrito como “capitalismo camaleónico”. Una firma como General Electric, por ejemplo, ya no producía en los años 90 electrodomésticos, tenía otro tipo de actividades, perdiendo así su identidad central. Esto mismo sucede con muchas empresas en el sector creativo de servicios, firmas que antes eran diseñadoras de productos pasaron a ser publicistas.

Es necesario entonces subrayar este acortamiento del tiempo, junto al valor positivo que se le atribuye a esta falta de cohesión o identidad: la idea de que una empresa que no tiene identidad posea más valor económico que una empresa con identidad fija, significa para los trabajadores que en el neoliberalismo el tiempo está comprimido y las instituciones fracturadas. Los trabajos van reemplazando a la carrera y los trabajadores ya no tienen una narrativa como en el capitalismo social.

El mecanismo de interpretación que la gente tenía para darles sentido a la justicia y a la injusticia consistía en una narrativa del ciclo de vida. Si uno trabajaba 10 años en un mismo puesto, por ejemplo, sabía que iba a lograr un ascenso, sabía cuáles iban a ser las consecuencias si perdía el trabajo. Esta narrativa era una ilusión, pero tenía su causa y efecto, a los trabajadores de escalafones bajos los ayudaba a entender y luchar contra trabajos opresivos y monótonos. Se creía que si uno se quedaba 15 años en un solo puesto, los hi-

jos iban a poder acumular suficiente capital o estabilidad para poder hacer otra cosa. Estos términos narrativos han sido sustraídos. Antes y después de las crisis la reacción dominante de los trabajadores respecto de su puesto en la empresa era de ansiedad, porque no había una narrativa que pudiera ponerle palabra e interpretación. Esto generó en los trabajadores la sensación de que no era una forma sostenible de trabajo capitalista.

El segundo principio tiene que ver con la forma en que se desarrollan las habilidades o destrezas. Según los trabajadores de niveles medio y bajo, ello se daba por adición. Si uno trabajaba dos o tres años desarrollaba una destreza en particular y si se quedaba en el mismo campo de trabajo podía sumar otra habilidad. No obstante, hoy en día es muy difícil desarrollar estas destrezas: he observado gente que se ha quedado ocho o diez años en el mismo trabajo sin lograr desarrollar destrezas complementarias o seguir perfeccionando las preexistentes. Éste es uno de los principales problemas que enfrentan los trabajadores en la actualidad: la destreza se encuentra fijada al trabajo y no al trabajador. En este tipo de economía de corto plazo, zigzagueante, el trabajador no encuentra la forma de incrementar sus habilidades. Cuando alguno de los tres sectores necesita determinada destreza contrata una persona que ya cuenta con ella. Hoy no se entrena, ni capacita a nadie desde cero.

Así, el trabajador empieza a pensar en sí mismo como un individuo serial, tan camaleónico como la corporación para la que trabaja. Cuando realicé un estudio sobre trabajadores de Wall Street y pregunté: “¿Cómo te describirías, como trabajador, como experto de cuentas?”, me respondieron: “No hay contenido en mi trabajo que me defina como la persona que soy en el trabajo”. Este individuo pasa a ser serial, es decir, una continuidad de actividades que van cambiando. A medida que los trabajos reemplazan las carreras profesionales, la posibilidad de pensar en narrativas estratégicas disminuye tanto como el desarrollo de habilidades o destrezas.

¿Qué significan estos cambios? En principio, menos lealtad para con las instituciones, pues si una institución no es leal con el trabajador, por qué éste debería ser leal con la institución. En efecto, se observa que cuando las instituciones sufren problemas es más probable que la gente se vaya de ellas a que intente ayudar a resolverlos. Hay muy poca solidaridad.

Injusticia procedimental

Una consecuencia de esto es la baja de la productividad en estos tres sectores. Desaparece la motivación en la medida en que ésta se relaciona con la ambición de lograr un puesto determinado en la organización. El empleado es mucho menos productivo por hora que su antecesor en el capitalismo social.

Se trata de una suerte de injusticia procedimental: los trabajadores ven que hay jerarquías en las organizaciones y que cuanto más arriba uno se sitúe puede movilizarse cada dos o tres años. En cambio, si uno está trabajando en el sector medio, esa movilización puede producirse cada cuatro o cinco años, ya que existen más oportunidades de movilidad en la parte superior de la pirámide que en la base. Así, cuando los trabajadores de los sectores medio o bajo son evaluados, los jefes que los contrataron ya se fueron, no están más.

Esta discontinuidad produce entonces una sensación de injusticia procedimental. En las grandes empresas como Microsoft, Google o JP Morgan, se advierte que los cuadros jerárquicos no pueden dar testimonio de la situación de sus empleados. La calidad del trabajo se ve entonces debilitada debido al desequilibrio que genera esta sensación de injusticia, de lo que resulta la percepción de que no se trata de un sistema sostenible para los trabajadores, ni de una forma sostenible de trabajo. Somos testigos hoy de la existencia de un sistema que genera una gran rentabilidad para muy pocos, pero no es capaz de ofrecer una vida sostenible para las masas, sin hablar del desempleo y de la distribución económica, entre otros.

Es necesario entender la situación de los trabajadores de nivel medio en el nuevo capitalismo. Son criaturas divididas: creen en lo abstracto, en la legitimidad del sistema; se creyeron la consigna de ser emprendedores, la idea del dinamismo del mercado, del empoderamiento individual, pero al momento de hablar de sus propias experiencias lo hacen con un lenguaje totalmente distinto. Y no es que sean esquizofrénicos: hay un valor legitimante que no se hace presente en sus propias experiencias. ■

*Sociólogo, London School of Economics y New York University. Fragmentos de la conferencia "Homo Faber: la cultura y la política de la destreza" dictada por el autor en ocasión de la entrega del título Doctor Honoris Causa por la UNSAM, Buenos Aires, 1º de agosto de 2012.
Traducción: UNSAM
© UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

RECUPERAR VALORES COMUNES

Una política del sentido

por Alexandre Roig*

Richard Sennett demuestra lo que Artaud sentía: los contemporáneos compartimos el destino de "un espíritu perdido en su propio laberinto". Que la tragedia del individuo moderno ha sido, y será, el desfasaje entre la percepción de sí y la experiencia cotidiana, lo sabemos desde 1863 cuando Baudelaire pintaba la modernidad como "lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable". Que el capitalismo industrial estabilizó esta tensión recurriendo a la identidad, subsumiendo los complejos de significación a las figuras homogeneizantes del trabajador, de la nación, de los dos géneros, también lo fuimos aprendiendo. Que muchas ideologías emancipatorias por años han cultivado estas identidades para subvertirlas contra sus amos, ha sido parte de una práctica común que ha lle-

vado más a una dialógica sin síntesis que a una ensoñada dialéctica de la historia.

Tenemos aquí y ahora el resultado que nos presenta Sennett, esas "criaturas divididas, que creen en lo abstracto, en la legitimidad del sistema" y que "perciben una injusticia procedimental". Pero a diferencia de lo que plantea Sennett no pienso que estos sean signos de la "implosión del capitalismo neoliberal", sino de lo que podría llamarse la "solución neoliberal". La figura del patrón ha estado en miles de títulos abstractos y fraccionados, sin rostro pero con pieles que trastocaron el mundo de las identidades hacia esas "individualidades seriales", ni minerales ni vegetales, todas orientadas hacia el futuro, a la espera de ser, entregadas a siempre devolver, a estar siempre en deuda con quien les dio el empleo (o el subsidio al desempleo), el crédito, el derecho. La persona individualizada tiende trágicamente a ser un endeudado eterno, embriagado por la creencia en la acreencia, esperando un día poder ser quien dé (empleo), otorgue (crédito), conciba (derechos). Un golpe de magia, un artilugio de la dominación que pone en espera del turno que nunca vendrá, ni siquiera después de muerto (en este sentido la dominación religiosa tenía por lo menos la bondad de hacer de la muerte un alivio).

No faltan los héroes ejemplares que lo lograron, los abanderados del "sí se puede". Son la excepción que informa la regla: la solución neoliberal funciona. Qué forma tan singular de resolver la crisis existencial. Frente a categorías que nombra Sennett y que no corresponden a la experiencia, frente a experiencias innombradas, invitan a "dejar de pensar". Si "la des-

treza se encuentra fijada al trabajo, y no al trabajador" como señala Sennett, la máquina tiene por fin la primacía y ni siquiera queda la posibilidad de la adaptación, el esfuerzo de la transformación subjetiva aunque más no sea para someterse mejor.

¿Qué se erige con fuerza frente o junto a la "solución neoliberal", al sin-sentido del capitalismo? Por el momento, salvo movimientos de resistencia populistas y de izquierda, sólo se perciben los nacionalismos de extrema derecha de los países centrales o los mortíferos nihilismos religiosos de los terroristas dispersos por varias latitudes. El texto de Sennett debería llevarnos a tomarnos más en serio la necesidad de volver a tener una política del sentido. Una política que permita encontrar categorías de las experiencias, donde la multitud piense lo sagrado de algunos valores laicos, la gramática contemporánea de lo común, los nombres de los conflictos, las formas de conjugar los colectivos, sin tener que volver a las categorías petrificantes de la identidad.

Una política del sentido que permita poner en el centro de la historia lo que Mao llamaba las contradicciones principales, que hoy son múltiples: el trabajo en su forma obrera o en la economía popular, la igualdad de género, la destrucción de la naturaleza. La solución neoliberal lleva a luchar por la "justicia procedimental" para no pensar en las justicias sociales, sexuales y ambientales, que sólo pueden crecer en tensión, que serán siempre irresueltas en virtud de esas criaturas incompletamente individuales que somos. ■

*Sociólogo, investigador del CONICET-IDAES-UNSAM.
© UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Soñar la vida. Construir los sueños.

1.825 voluntarios de Banco San Juan, Nuevo Banco de Santa Fe, Nuevo Banco de Entre Ríos y Banco Santa Cruz hicieron posible estos logros en 2015.

VOLUNTARIADO	EDUCACIÓN	CULTURA	CRÉDITO FISCAL
238 becas educativas y culturales.	5.217 espectadores presenciaron los documentales "La Marcha Silenciosa" y "Los Viajes de Sarmiento".	13 escuelas técnicas beneficiadas con el Programa de Crédito Fiscal del Instituto Nacional de Educación Tecnológica (INET).	111 PyMEs capacitadas, 2 parques industriales y 1 agencia de desarrollo equipados con el programa de la Secretaría de la Pequeña y Mediana Empresa y Desarrollo Regional (SEPyME).
54 escuelas equipadas con Aulas Digitales Móviles, Pizarras Interactivas y Kits de Tablets que benefician a 19.822 alumnos .	15.017 niños agasajados con el Programa Corazones Contentos.	62 personas formadas a través del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (MTEySS).	
23.628 docentes capacitados en desarrollo de materiales educativos virtuales y planificación de la enseñanza integrando las TIC's.	1.153 alumnos y público en general en capacitaciones bancarias.		
	3 proyectos co-financiados para la preservación de la fauna regional.		

FUNDACIONES

GRUPO PETERSEN 

Al convertir a particulares con vehículo en choferes ocasionales sin estatuto, la sociedad Uber no sólo logró enfurecer a los taxistas profesionales de distintas partes del mundo: su nombre simboliza hoy el vínculo entre las nuevas tecnologías y la precarización laboral. El éxito de los gigantes de Silicon Valley va de la mano de una ola de desregulaciones.

Silicon Valley al rescate del neoliberalismo

La uberización del mundo

por Evgeny Morozov*

Hace ya casi diez años que somos rehenes de dos conmociones. La primera es producto de Wall Street; la segunda, de Silicon Valley.

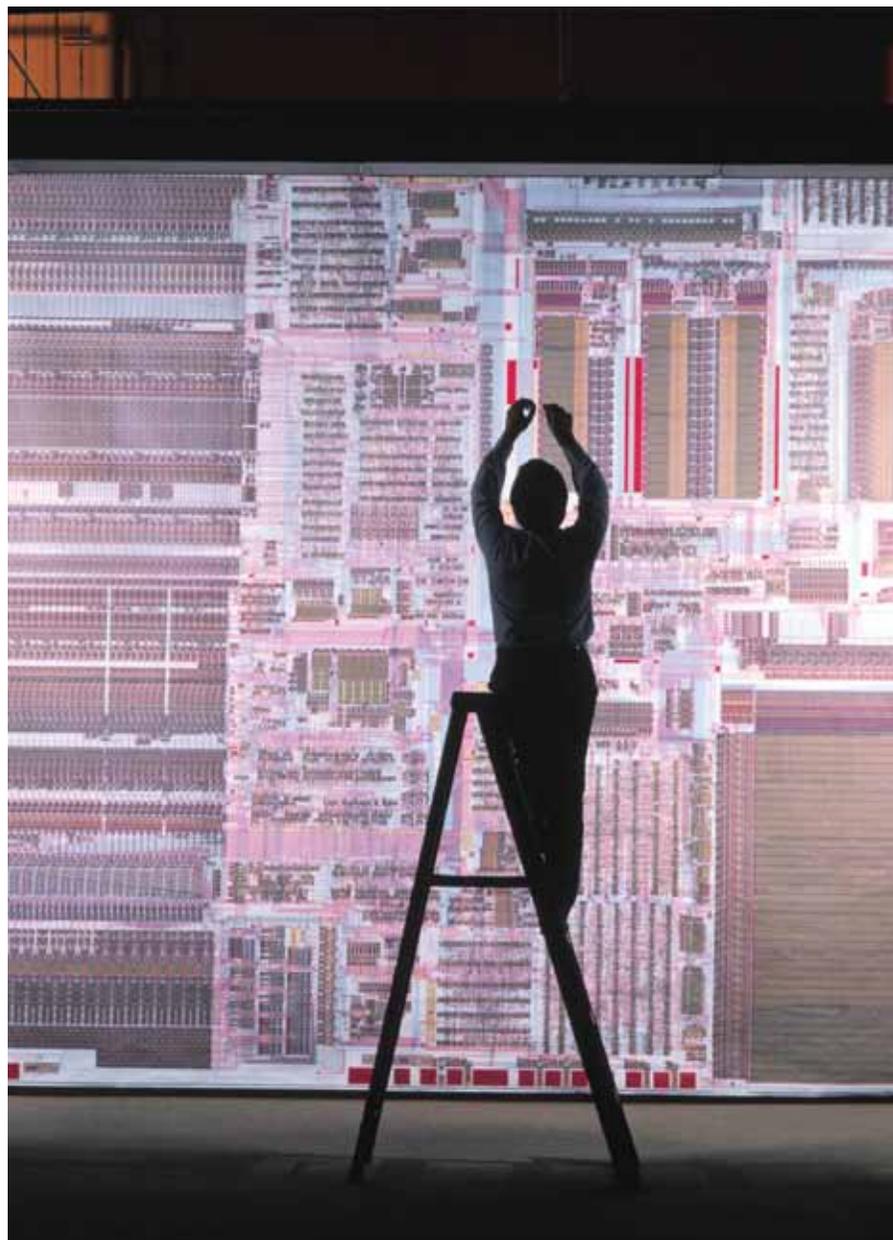
Uno y otro se complementan de maravillas en el papel del policía malo y el policía bueno: Wall Street predica la penuria y la austeridad; Silicon Valley exalta la abundancia y la innovación.

Primera conmoción: la crisis financiera mundial, que terminó en un salvataje del sistema bancario, transformó al Estado social en un campo de ruinas. El sector público, última muralla contra las avanzadas de la ideología neoliberal, quedó mutilado, o incluso completamente aniquilado. Los servicios públicos que sobrevivieron a los recortes presupuestarios tuvieron que aumentar sus tarifas o se vieron obligados a experimentar nuevas tácticas de supervivencia. Así, algunas instituciones culturales, a falta de una solución mejor, debieron apelar a la generosidad de los particulares recurriendo al financiamiento participativo: como las subvenciones públicas desaparecieron, no les quedó más elección que entre el populismo de mercado o la muerte.

La segunda conmoción, en cambio, es bastante bien vista. En este caso, en el que se trata de digitalizarlo todo y conectarlo todo a Internet –un fenómeno perfectamente normal, según los inversores capitalistas–, las instituciones deben escoger entre la innovación o la muerte. Silicon Valley asegura que la magia de la tecnología va a deslizarse muy naturalmente hasta el más mínimo rincón de nuestras vidas. Oponerse a la innovación equivaldría entonces a renunciar a los ideales de la Ilustración: dirigentes de Google y de Facebook, Larry Page y Mark Zuckerberg serían los Diderot y los Voltaire de nuestro tiempo, reencarnados en empresarios tecnófilos y asociales.

Pero se ha producido un fenómeno extraño: llegamos al punto de creer que la segunda conmoción no tenía nada que ver con la primera. Así se ha podido presentar el auge de los cursos en línea (los MOOC: *Massive Open Online Courses*) sin hacer referencia a las reducciones presupuestarias que, al mismo tiempo, golpeaban a las universidades. ¿No, la fiebre de los MOOC no era más que la consecuencia natural de la innovación promovida por Silicon Valley! Los hackers, convertidos en empresarios, decidieron “revolucionar” la universidad como antes habían trastornado los campos de la música y el periodismo.

De la misma manera, hacemos como si no existiera ningún vínculo entre, por un



Un trabajador revisa el diagrama de un chip (Charles O'Rear/Corbis/LatinStock)

lado, la multiplicación de las aplicaciones concebidas para seguir nuestro estado de salud y, por el otro, los problemas que una población que envejece, que ya padece de obesidad y otras enfermedades, plantea a un sistema de salud fragilizado: no, este último atraviesa nomás su “momento Napster” (1). Abundan los ejemplos de este tipo, que muestran que el relato apologético de la conmoción tecnológica ha eclipsado aquel, mucho más deprimente, de la conmoción política y económica.

Un perfil monetizable

Ahora bien, hay que subrayar que estos dos fenómenos están entrelazados, y que el telón de fondo del evangelio de la inno-

vación no es nada reluciente. Ejemplo en Barcelona: como muchas instituciones culturales españolas, un club de *stand-up* (unipersonal humorístico), el Teatreneu, sufría un descenso de público desde que el gobierno, buscando desesperadamente cubrir sus necesidades de financiamiento, había decidido aumentar el impuesto sobre las ventas de entradas del 8% al 21%. Los administradores del Teatreneu encontraron entonces una solución ingeniosa: asociándose con la agencia de publicidad Cyranos McCann, equiparon el respaldo de cada sillón con tabletas último modelo capaces de analizar las expresiones faciales. Con este nuevo formato, los espectadores pueden entrar gratuita-

mente pero deben pagar 30 centavos por cada risa reconocida por la tableta, fijando la tarifa máxima en 24 euros (o sea, 80 risas) por espectáculo. Consecuencia, el precio promedio de la entrada aumentó 6 euros. Una aplicación móvil facilita el pago. Además, se puede compartir con los amigos selfies de uno mismo riéndose a carcajadas. El camino de la diversión a lo viral nunca fue tan corto.

Desde el punto de vista de Silicon Valley, éste es un ejemplo perfecto de “conmoción” positiva: la proliferación de los sensores inteligentes conectados a Internet crea nuevos modelos de empresas y nuevas fuentes de ingresos. Además, genera numerosos usos entre los intermediarios, fabricantes de materiales o creadores de *softwares*. Nunca fue tan sencillo comprar servicios y productos: nuestros smartphones se encargan de hacerlo por nosotros. Pronto, nuestros documentos de identidad podrán hacer lo mismo: MasterCard ya firmó un acuerdo con el gobierno nigeriano para lanzar un documento de identidad que también funciona como tarjeta de crédito.

Para Silicon Valley, no se trata en este caso más que de una innovación tecnológica. Se trata de “revolucionar” el dinero líquido. Si bien esta explicación puede satisfacer, e incluso atraer, a empresarios e inversores de riesgo, ¿por qué todo el mundo debería aceptarla sin discusión? Hay que estar totalmente engeguceado por el amor a la innovación –la verdadera religión de nuestro tiempo– para no ver su verdadero precio: el hecho de que, por lo menos en Barcelona, el arte se ha vuelto más caro. Este cuadro tecnocéntrico, al disimular la existencia de la conmoción financiera, oculta la naturaleza y las razones de las transformaciones en curso. Regocijémonos de poder comprar más, y con mayor facilidad. Pero ¿acaso no debemos preocuparnos de que, gracias a esta misma infraestructura, también es infinitamente más fácil debitar de nuestra cuenta bancaria?

Sin lugar a dudas, se puede ganar bastante dinero “revolucionando” el efectivo. Pero, ¿es realmente deseable? El dinero líquido, que no deja huellas, representa una barrera significativa entre el cliente y el mercado. La mayoría de las transacciones efectuadas en papel moneda son singulares, en el sentido de que no están vinculadas unas a otras. Cuando uno paga con su teléfono móvil, o su selfie es registrada para la posteridad, o incluso compartida en una red social, se produce una huella que los publicitarios y otras empresas son capaces de explotar.

De hecho, no es fortuito que una compañía publicitaria esté en el origen de la experiencia barcelonesa: el registro de cada transacción es un buen medio para recuperar datos que servirán para personalizar la publicidad (2). Lo que significa que nuestras transacciones electrónicas nunca están realmente terminadas: los datos que generan permiten no sólo seguirnos de cerca, sino también establecer un lazo entre actividades que tal vez preferiríamos que permanecieran separadas. De repente, nuestra velada divertida en un club de *stand-up* se vincula con los libros que compramos, con los sitios que frecuentamos, con los viajes que efectuamos, con las calorías que quemamos. En suma, con las nuevas tecnologías todas nuestras andanzas se integran en un perfil único monetizable y optimizable.

Los datos, un recurso preciado

Si bien esta conmoción pasa por la tecnología, sus orígenes están en otra parte. Favorecida por las crisis políticas y económicas, tendrá una profunda incidencia en nuestro modo de vida y nuestras relaciones sociales. Parece difícil preservar valores como la

solidaridad en un medio ambiente tecnológico fundado en experiencias personalizadas, individuales y únicas. Silicon Valley no miente: nuestra vida cotidiana se encuentra sin duda alguna revolucionada; pero por fuerzas mucho más solapadas que la digitalización o la conectividad. El fetiche de la innovación no debe servir de pretexto para que soportemos el costo de las recientes turbulencias económicas y políticas.

Esto lo comprendieron los choferes de taxi enfrentados con el poderoso ascenso de Uber, una empresa que propone a particulares que buscan un ingreso adicional transformar su vehículo en taxi y conectarlos con clientes. Contra la pared, los profesionales protestaron. Como las autoridades de regulación, de India a Francia, se enfrentaban con Uber, esta empresa californiana se lanzó a una operación de seducción. Sus dueños, que fueron tan virulentos y sordos ante las críticas, ahora gritan alto y claro que hay que regular el sector. También parecen haber comprendido por qué su empresa es un blanco fácil: sus prácticas son simplemente demasiado infames. El pasado invierno boreal, bajo el fuego nutrido de las críticas, Uber debió renunciar a hacer pagar a los clientes tarifas exorbitantes cuando la demanda aumentaba en horas pico. Pero no es todo. En un genial golpe publicitario, también propuso a uno de sus adversarios más feroces, la ciudad de Boston, acceder al tesoro que constituyen los datos (anónimos) relativos a los itinerarios, para ayudarla a limitar los embotellamientos y mejorar el ordenamiento urbano. Por supuesto, es una mera coincidencia que el Estado de Massachusetts, donde se encuentra Boston, haya recientemente reconocido las plataformas de utilización compartida de los taxis como un medio de transporte legal, eliminando así uno de los principales obstáculos que enfrentaba Uber...

Uber se inscribe en la estela de *start-ups* más modestas que hacen sus datos accesibles a los urbanistas y a las municipalidades. Y estas últimas se muestran encantadas de afirmar que, con estas informaciones, el ordenamiento urbano se volverá más empírico, más participativo, más innovador. En 2014, la dirección de transportes públicos de Oregón firmó un acuerdo con Strava (una aplicación para smartphones muy popular que sigue los movimientos de los corredores y los ciclistas) y pagó una fuerte suma para acceder a los datos referentes a los itinerarios tomados por los ciclistas usuarios de la aplicación, con el objeto de mejorar las pistas para ciclistas y concebir trayectos alternativos.

El hecho de que Uber aparezca como un reservorio de datos indispensables para los urbanistas es plenamente acorde a la ideología solucionista de Silicon Valley, que consiste en resolver de urgencia por vía digital problemas que no se plantean, o no lo hacen en esos términos. Como las empresas tecnológicas acapararon uno de los más preciosos recursos actuales, los datos, ganaron influencia sobre municipalidades tan desprovistas de dinero como de imaginación, y pueden erigirse en salvadores benevolentes de los monótonos burócratas que pueblan las administraciones.

El problema es que las ciudades amigables con Uber corren el riesgo de desarrollar una dependencia excesiva de sus flujos de datos. ¿Por qué aceptar que la empresa se vuelva el único intermediario en la materia? En vez de dejarla aspirar la totalidad de las informaciones relativas a los desplazamientos, las ciudades deberían tratar de obtener esos datos por sus propios medios. Luego podrían autorizar a las empresas a utilizarlos para implantar sus servicios. Si Uber se muestra tan eficaz es porque con-

trola la fuente de producción de los datos: nuestros teléfonos le dicen todo cuanto necesita saber para planificar un itinerario. Pero si las ciudades tomaran el control de esos datos, la empresa, que no posee casi ningún activo, no alcanzaría los 40.000 millones de dólares de su valuación actual. Cabe dudar que sea tan costoso concebir un algoritmo capaz de relacionar la oferta y la demanda... Sin duda bajo la presión de las compañías de taxis, ciudades como Nueva York y Chicago parecen haber comprendido finalmente que había que reaccionar: una y otra intentan lanzar una aplicación centralizada, capaz de enviar taxis tradicionales con la eficacia de Uber. Además de contrarrestar el dominio de esta última, el programa impedirá que los datos referentes a los itinerarios se conviertan en una mercancía costosa, que las ciudades deban comprar.

Crítica del solucionismo

Pero el verdadero desafío consiste en saber cómo hacer funcionar esas aplicaciones con otros modos de transporte. La visión de Uber emerge ahora con claridad: usted lanza la aplicación en su teléfono y un auto viene a buscarlo. Decir que esto no revela una imaginación desbordante estaría mucho más allá de la realidad. Este enfoque funciona en Estados Unidos, donde casi no se camina y donde los transportes públicos son la mayoría de las veces inexistentes. Pero, ¿por qué este modelo debería replicarse en el resto del mundo? El hecho de que la caminata no le reporte nada a Uber no obliga a excluir ese modo de locomoción. La crítica del solucionismo se aplica aquí a la perfección: no sólo éste ofrece una definición demasiado estrecha de los problemas sociales, sino que por lo general lo hace en términos que benefician ante todo a los creadores de la “solución”.

Imagínese que la aplicación desarrollada por su municipalidad pueda informarle de todas las posibilidades de transporte de que dispone (con exclusión de Uber): usted podría tomar la bici que lo espera en la esquina, subir a un minibus cuyo itinerario estuviera adaptado a su destino y al de los otros pasajeros, luego caminar el resto del trayecto para saborear los encantos del mercado del barrio. Algunas ciudades ya lanzaron proyectos semejantes. Helsinki, en colaboración con la *start-up* Ajelo, creó Kutsuplus, fascinante cruza de Uber y un sistema de transportes públicos tradicional. Los pasajeros ordenan un transporte en su teléfono y la aplicación calcula el mejor medio de conducir a destino a todo el mundo, a partir de datos en tiempo real. También ofrece una estimación del tiempo de trayecto, con Kutsuplus como con otros modos de transporte.

El éxito de proyectos como éste depende de varios factores. En primer lugar, las municipalidades no deben considerar a Uber como el único medio de mejorar la eficacia de los transportes públicos, y mucho menos de reducir los embotellamientos (se puede estar seguro de que los datos que suministra jamás indicarán que hacen falta menos taxis y más pistas para ciclistas o vías peatonales). Luego, los combates relativos a los servicios públicos serán ganados por aquellos que posean los datos y los sensores que los producen. Si se deja todo eso a Uber –o, peor aun, a las empresas de tecnología gigantes que buscan acaparar una parte del jugoso mercado de las “ciudades inteligentes”–, nos estaríamos privando de experimentaciones que permitirían que las colectividades organicen sus transportes como lo desean.

La asociación entre Uber y la ciudad de Boston suscita además una cuestión política: ¿es posible autorizar a Uber a “poseer”

los datos de sus clientes, sea que los utilice como una ventaja a su favor en sus negociaciones con las municipalidades o que simplemente quiera venderlos al mejor postor? Uber, sin haberle realmente formulado la pregunta a nadie, respondió por la afirmativa. Como Google y Facebook lo habían hecho anteriormente.

No obstante, la realidad es más matizada, particularmente porque los sensores integrados en las infraestructuras públicas pueden reproducir esos datos con bastante facilidad. Imaginen lo que sería capaz de hacer una red que combine lectores automáticos de patentes, rutas y semáforos inteligentes: podría localizar y seguir a los vehículos Uber exactamente como lo hacen los smartphones de sus conductores y pasajeros. No se trata de predicar un refuerzo de la vigilancia, sino simplemente de subrayar que Uber pretende ser propietario de datos que no le pertenecen.

No porque Uber venga de California –región conocida por la pobre calidad de sus transportes públicos– uno debe creer que los vehículos individuales a motor son el futuro de los transportes. Desgraciadamente es lo que podría ocurrir a causa del descenso de las inversiones en las infraestructuras públicas. La solución sería restablecerlas y, para ello, combatir las políticas de recortes presupuestarios. ■

1. Nombre del sitio de distribución de archivos musicales cuyo éxito, a comienzos de los años 2000, había sembrado el pánico en la industria discográfica.

2. Véase Marie Bénilde, “La traque méthodique de l’internaute révolutionne la publicité”, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 2013.

*Autor del libro *La locura del solucionismo tecnológico*, que en marzo publicarán Katz - Capital intelectual, Buenos Aires. Traducción: Víctor Goldstein

DESIGUALDAD Y ORGANIZACIÓN DE LOS ASALARIADOS

Elogio de los sindicatos

por Serge Halimi*

Si todos dicen estar preocupados por el auge de las desigualdades, ¿cómo es que este análisis del Fondo Monetario Internacional (FMI) pasó tan desapercibido (1)? ¿Por sus conclusiones? En un estudio publicado en marzo de 2015, dos economistas que salieron de ese templo del neoliberalismo constataron “la existencia de una relación entre la baja de la tasa de sindicalización y el aumento de la parte de los ingresos más elevados en los países avanzados durante el período 1980-2010”. ¿Cómo explican esa relación? “Al reducir la influencia de los asalariados en las decisiones de las empresas”, el debilitamiento de los sindicatos permitió “aumentar la parte de los ingresos constituida por las remuneraciones de la alta dirección y de los accionistas”.

Según estas economistas del FMI, “alrededor de la mitad” de la profundización de las desigualdades que los liberales prefieren tradicionalmente atribuir a factores impersonales (globalización, tecnologías, etc.) provendría del deterioro de las organizaciones de asalariados. ¿Debemos sorprendernos? Cuando desaparece el sindicalismo, punto de apoyo histórico de la mayor parte de las avanzadas emancipadoras, todo se degrada, todo se desplaza. Su anemia no hace más que alimentar el apetito de los dueños del capital. Y su ausencia deja libre un lugar que ocupan enseguida la extrema derecha y el integrismo religioso, una y otro dedicados a dividir grupos sociales cuyo interés sería el de mostrarse solidarios.

Rendición

La supresión del sindicalismo no es a causa ni del azar ni de la fatalidad. En abril de 1947, momento en que Occidente se aprestaba a vivir treinta años de prosperidad un poco mejor distribuida, Friedrich Hayek, un pensador liberal que marcó su siglo, trazó la hoja de ru-

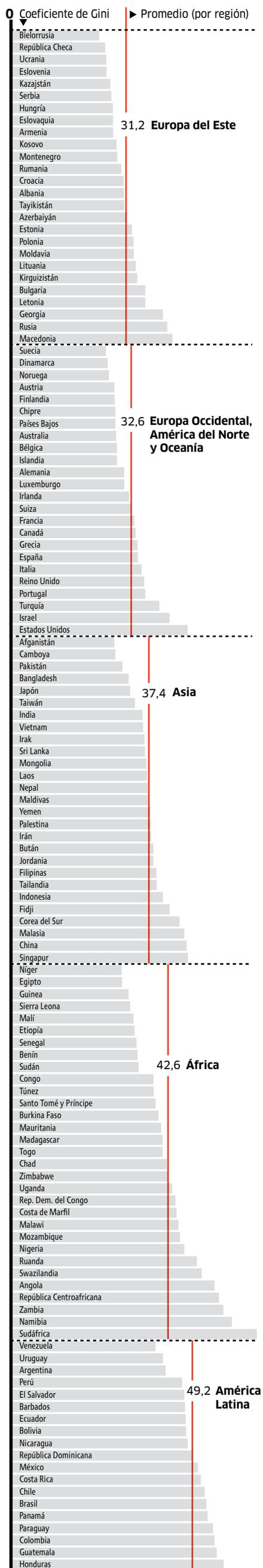
ta de sus amigos políticos: “Si queremos mantener la mínima esperanza de volver a una economía de libertad, la cuestión de la restricción del poder sindical es una de las más importantes”. En ese entonces, Hayek predicaba en el desierto, pero cincuenta años más tarde, gracias a la intervención directa –y brutal– de dos de sus admiradores, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, durante decisivos conflictos laborales (los controladores aéreos estadounidenses en 1981, los mineros británicos en 1984-1985), el “poder sindical” entregó el alma. Entre 1979 y 1999, en Estados Unidos, la cantidad de huelgas en las que participaron al menos mil asalariados pasaron de doscientas treinta y cinco a diecisiete; el número de días de trabajo “perdidos”, de veinte millones a dos millones (2). Y la participación del salario en la renta nacional retrocedió... En 2007, apenas elegido Presidente de la República en Francia, Nicolas Sarkozy hizo votar una ley que restringió el derecho de huelga en los servicios públicos. Al año siguiente, se regodeaba como un niño contento: “Ahora cuando hay una huelga en Francia nadie lo nota”.

En buena lógica, el estudio del FMI debería haber insistido en la urgencia social y política de reforzar los sindicatos. En cambio, estima que “aún falta determinar si el crecimiento de las desigualdades debido al debilitamiento de los sindicatos es bueno o malo para la sociedad”. Aquellos que ya tienen una idea de la respuesta sacarán sin esfuerzo la conclusión que se impone. ■

1. Florence Jaumotte y Carolina Osorio Buitron, “Le pouvoir et le peuple”, *Finances & développement*, Washington, marzo de 2015.

2. George Melloan, “Whatever happened to the labor movement?”, *The Wall Street Journal*, Nueva York, 4-9-01.

*Director de *Le Monde diplomatique*. Traducción: Aldo Giacometti

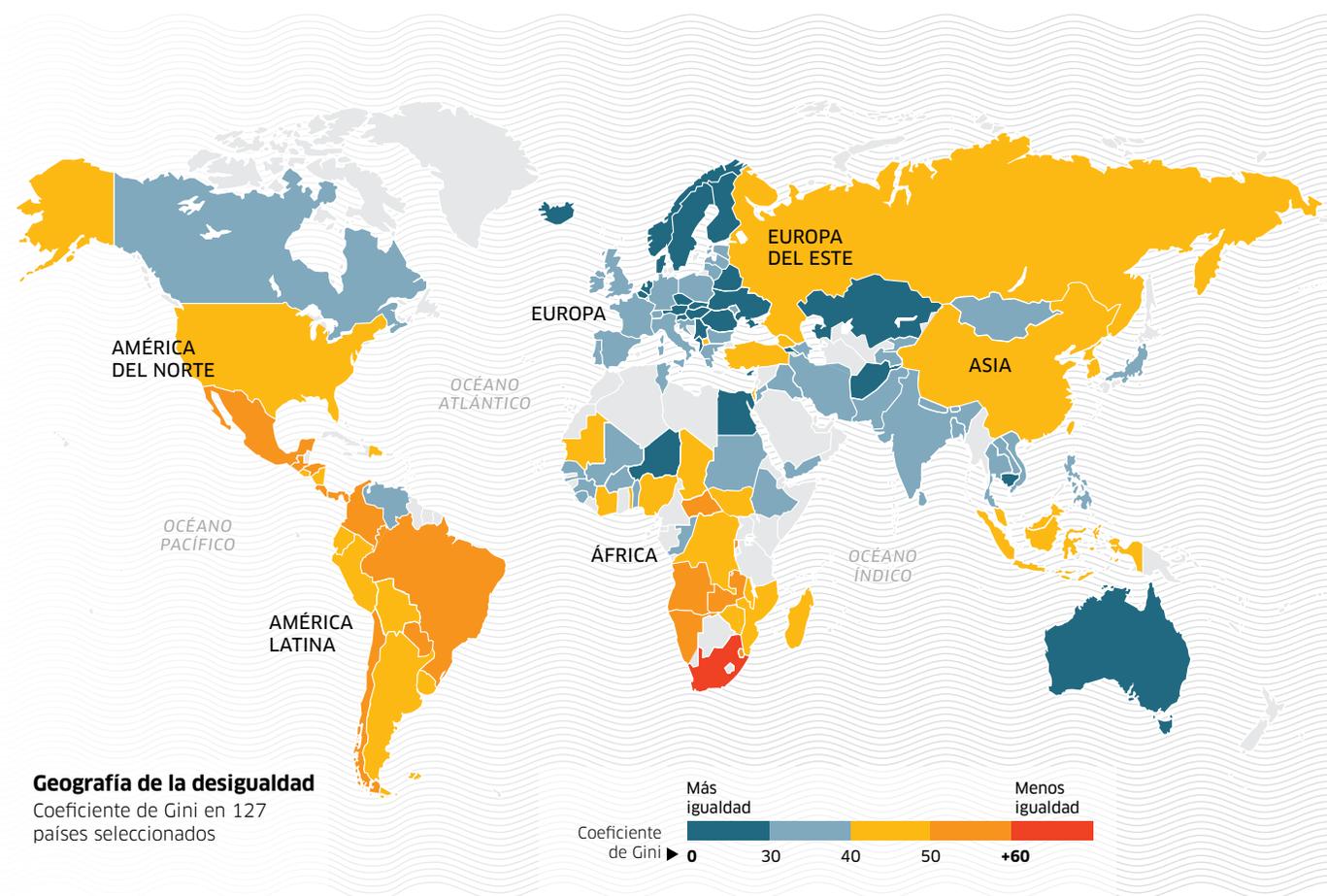


La preocupación por la desigualdad reapareció en la agenda pública y se filtra en las discusiones multilaterales. Sin duda, la crisis internacional de 2008 contribuyó a reverdecer este concepto, que interpela la hegemonía de las teorías sobre la libertad económica.

¿Una carrera perdida?

Obscena desigualdad

por Juan Martín Bustos*



Fuente: All the Ginis database (versión nov. de 2014) Banco Mundial; <http://econ.worldbank.org/projects/inequality>

A fines de los años 1970, en las economías de América del Norte y Europa Occidental, comenzó un retroceso –más o menos drástico según el país– de la participación de los asalariados en los ingresos y la riqueza nacional. Una de sus causas fue que los crecimientos en la productividad dejaron de traducirse en aumentos en los salarios reales para la gran mayoría de los trabajadores. En Estados Unidos, el empobrecimiento de los asalariados fue

“compensado” con el acceso a créditos casi ilimitados otorgados por mercados financieros desregulados: esta dinámica de endeudamiento fue lo que estalló en la crisis de las hipotecas *subprime*. En otros países, procesos semejantes de caída de salarios o aumento del desempleo se expresaron en el deterioro de los indicadores de desigualdad. El último informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) señala que entre 1990 y 2010 la desigualdad de ingresos aumentó un 9% en los países de altos ingresos y un 11% en los países en desarrollo.

La desigualdad monetaria entre las personas –de ingresos o de consumos– medida tradicionalmente a través del Coeficiente de Gini (en el que el 0% indica perfecta igualdad y el 100% perfecta desigualdad): el gráfico 1 muestra su valor actual para 127 países agrupados por regiones. Los países de Europa del Este, de la eurozona y otros países desarrollados tienen menores niveles de desigualdad que Asia, África y América Latina, aunque en todos los casos se observa una gran variabilidad dentro de las regiones. En América Latina estilizadamente podrían destacarse tres cuestiones. La primera, que se ha sostenido y se sostiene, que es la región

más desigual del planeta, aunque algunos investigadores (1) señalan que ese lugar corresponde más bien a África subsahariana: África presenta valores relativamente bajos en el norte y muy elevados en el sur y el valor más alto, de 66,5%, corresponde a Sudáfrica. La segunda es que, a pesar de esto, durante mucho tiempo el foco de atención estuvo puesto en la pobreza. No hay nada de malo en eso y debe ser prioritario en el caso de la pobreza extrema, pero pueden mencionarse dos riesgos. Como acostumbramos a señalar los sociólogos, la pobreza tiende a verse como una situación y la desigualdad como una relación: la respuesta en el primer caso puede aislar a la persona o a su hogar de su contexto. Así, un gobierno puede intentar resolver la situación mandando una caja de comida o una transferencia monetaria, pero sin atender otros aspectos vinculados con diferencias entre estratos sociales según sus ingresos, raza o género. Para hacerlo debería actuar además sobre algunas fuentes de desigualdad de oportunidades –como el acceso a servicios públicos o a puestos de trabajo– o de desigualdad de resultados –mediante políticas fiscales redistributivas, interviniendo para elevar o mantener los salarios reales o achican-

Gráfico 1
Coeficiente de Gini de 127 países, por regiones, año 2012

Nota: Coeficiente más reciente del período 2008-2012. Salvo Estados Unidos siempre corresponde a distribuciones de ingresos per cápita del hogar; en Asia, África y gran parte de Europa del Este y Central se mide el gasto en consumo; en el resto de las regiones, los ingresos; en Europa mayoritariamente se miden valores netos; en el resto de las regiones, valores brutos (antes de impuestos).

Fuente: All the Ginis database (versión nov. de 2014) Banco Mundial; <http://econ.worldbank.org/projects/inequality>

do la distancia entre la base y el vértice de la pirámide salarial—. La última cuestión respecto a América Latina es que durante los últimos 10 o 15 años quebró su tendencia histórica, que se había agudizado en los noventa, y la mayoría de los países de la región no sólo redujeron la pobreza sino que disminuyeron la desigualdad de ingresos.

En el período más reciente, la tendencia mundial ha sido el aumento de la desigualdad de ingresos en los países más igualitarios y la disminución en los más desiguales, lo que lleva a una menor desigualdad entre países. Pero, si en lugar de mirar los ingresos se mira la riqueza o el patrimonio la lectura es diferente. El banco Credit Suisse difundió una estimación (veáanse los gráficos adjuntos) según la cual de casi 4.800 millones de adultos que hay en el mundo el 71% tiene un patrimonio menor a 10.000 dólares y concentra sólo el 3% de la riqueza global. En el otro extremo, el 0,7% (34 millones de personas) tiene al menos un millón de dólares y entre todos juntan el 45,2% de la riqueza mundial. Otra forma de mirar estas diferencias es entre países y regiones: entre los años 2000 y 2015, América del Norte y Europa disminuyeron su participación en la población adulta mundial, del 21% al 18%, pero, aun con las crisis bursátiles e inmobiliarias, mantienen su riqueza, que sólo bajó del 67,6% al 67%. En el otro extremo, África y América Latina aumentaron su participación en la población mundial del 18,5% al 20,5%, mientras que su participación en la riqueza se mantuvo estancada, pasando del 3,9% al 4% (2).

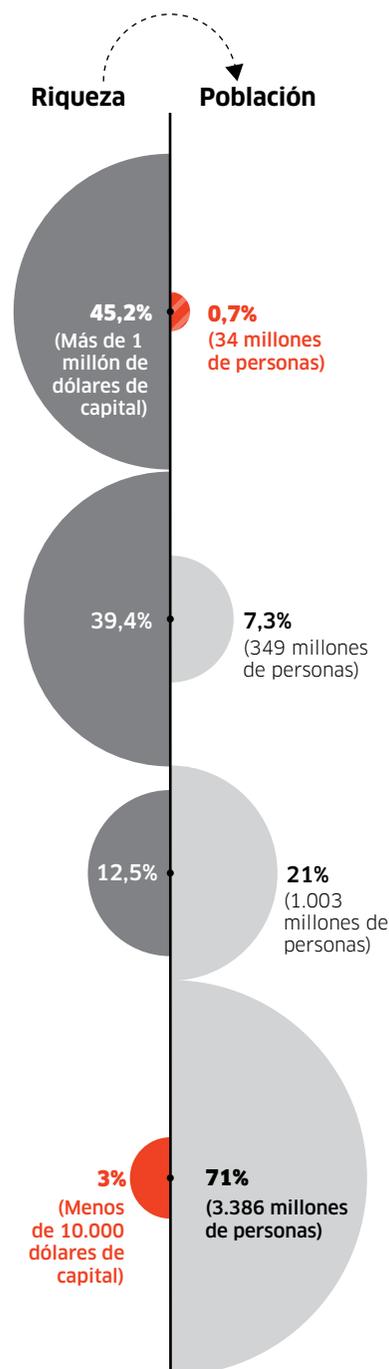
Muchas dimensiones, un objetivo

Naturalmente, existen otras desigualdades en la vida de las personas: de las ya mencionadas en el acceso y calidad de la educación y los puestos de trabajo, hasta la poética “desigualdad social ante la muerte”. En muchos casos estas dimensiones son difíciles de medir y de comparar entre países o en el tiempo. A grandes trazos puede decirse que en cada una hay niveles de desigualdad y evoluciones diferentes, con la mayoría mejorando en la igualdad. Pero en algunos casos la desigualdad toma la forma de una carrera que agrega metros tras cada curva: en educación, mientras más grupos sociales llegan al secundario o lo terminan, otros grupos más pequeños llegan a posgrados o están siempre adelante por el mayor prestigio de la institución en la que se graduaron. Un índice que el PNUD publica hace unos años nos acerca a esta multidimensionalidad: su índice tradicional de desarrollo humano (3) es ahora “penalizado por desigualdad”, es decir se realiza un descuento en el valor promedio del indicador cuando oculta grandes diferencias dentro de cada país. De 151 países, el que menos penalización recibe es Noruega, con 5,4%, y el que más, Comoras, con 46,7%; de los 23 países con mayor penalización 22 son de África subsahariana. En este índice, siguen como regiones más desiguales el Sur de Asia y los Estados árabes (África del Norte y Medio Oriente) y luego aparece América Latina.

¿Es cierto que hoy preocupa más reducir la desigualdad? No es en las fuerzas del mercado donde se va a encontrar esa preocupación ni en algunas corrientes ideológicas liberales; depende de los gobiernos de cada país, de la impronta que les dan a sus políticas internas y de las formas en que intentan gobernar la distribución internacional de la produc-

Distribución de la riqueza mundial

Sobre el total de la población mundial adulta (en porcentaje y valores absolutos) Datos de 2015

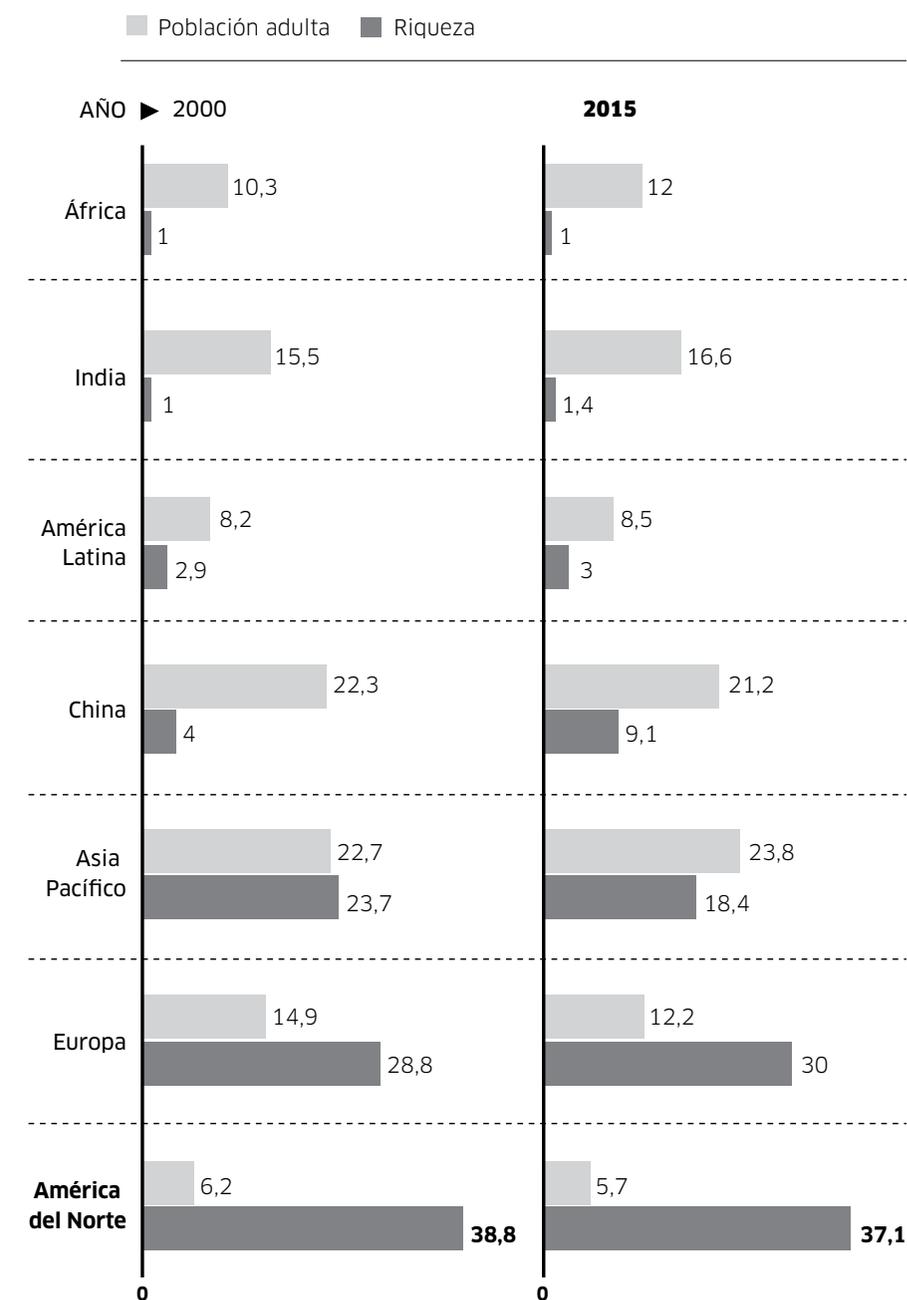


ción, el comercio y las finanzas. En las reuniones del G20 apareció con fuerza la palabra; también en los nuevos Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU que reemplazan a los Objetivos de Desarrollo del Milenio: ahora, además del objetivo que existía sobre la desigualdad de género, hay uno específico sobre la “reducción de las desigualdades” dentro y entre países. La desigualdad puede verse en varias dimensiones y es importante que las políticas la ataquen en varios frentes. No obstante, la multidimensionalidad no debe impedir jerarquizar: si la preocupación por aumentar la participación de los salarios en el producto y/o aumentar los salarios reales pierde relevancia, es muy probable que en casi todas las otras dimensiones se esté un poco más lejos de alcanzar una mayor igualdad. ■

1. Facundo Alvaredo y Leonardo Gasparini corrigen los coeficientes de América Latina para hacerlos comparables con los que se estiman en otros países –de ingresos a consumo– y observan mayor desigualdad en África subsahariana, aunque aclaran que si bien el promedio de la región es más alto que en América Latina, la mediana es más baja. Véase “Recent Trends in Inequality and Poverty in Developing Countries”, Doc. de Trabajo N° 151, CEDLAS-UNLP, La Plata,

Población adulta y riqueza por regiones

Distribución de adultos y de riqueza por regiones, años 2000 y 2015 (en porcentaje del total mundial)



Nota: La riqueza es definida como el valor comercial en dólares corrientes de los activos financieros más los activos no financieros (principalmente vivienda y tierra) menos deudas. Se mide para individuos de 20 años y más.

Fuente: Informe Global sobre Riqueza, Banco Crédit Suisse, 2015.

noviembre de 2013, http://cedlas.econo.unlp.edu.ar/archivos_upload/doc_cedlas151.pdf

2. La riqueza que se “mide” es casi la de sus potenciales clientes: se usan tipos de cambio oficiales para convertir a dólares, es decir, no hay conversión a paridad de poder adquisitivo ni nada semejante; la nota metodológica señala que esa es la conversión más pertinente porque en todos los países la riqueza se concentra en los percentiles más altos, quienes tienden a ser internacionalmente móviles y mover sus activos a través de fronteras frecuentemente.

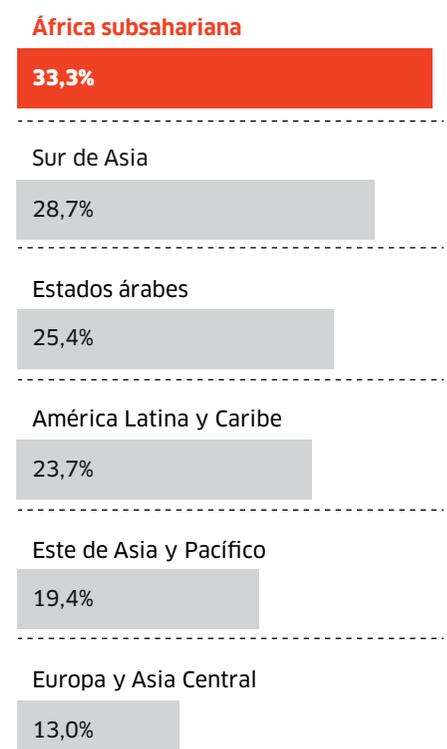
3. PNUD, *Human Development Report 2015* (<http://hdr.undp.org/es>). Los indicadores evalúan desigualdades en la esperanza de vida al nacer, años de escolaridad e ingresos.

*Sociólogo.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Desigualdad en el desarrollo humano

Pérdida porcentual del índice de Desarrollo Humano al penalizar por desigualdad (por regiones en 2014)



Nota: El IDH-D combina logros promedio de un país en materia de salud, educación e ingresos y evalúa cómo esos logros se distribuyen entre la población del país disminuyendo los valores de acuerdo a su nivel de desigualdad.

Fuente: PNUD, 2015

Los descubrimientos sobre el clima han permitido establecer el nexo entre la actividad humana y el calentamiento global. El tiempo apremia. Urge abandonar el uso de las energías fósiles y la búsqueda de un crecimiento económico desconectado del progreso humano.

De la ciencia a la política

Cómo evitar el caos climático

por Philippe Descamps*

Durante la noche polar, la temperatura difícilmente sube por encima de los -60°C en las alturas de la Antártida. En el interior de las frágiles barracas de la base de Vostok se entonan canciones de Georges Brassens o Vladimir Visotsky para mantener la moral. Las escasas noticias no son buenas. El presidente estadounidense Ronald Reagan acaba de lanzar su iniciativa de defensa estratégica para desafiar a una gerontocracia soviética impotente para salir del estancamiento económico y del atolladero afgano. Aprovechados por aviones estadounidenses, científicos franceses y soviéticos desafían los elementos con el objeto de penetrar juntos los secretos del clima. Objetivo: remontar el tiempo descendiendo cada vez más profundo en las entrañas del glaciar de 3.700 metros de espesor que yace bajo sus pies.

En febrero de 1985, el equipo termina de extraer muestras de hielo que conservaron informaciones cruciales sobre el aire y las temperaturas de los últimos 160.000 años. Después de dos años de desciframiento, por fin aportan la prueba buscada: el planeta fue en algunas ocasiones más caliente que hoy, a menudo más frío, pero esas variaciones siguieron fielmente las de la concentración en gas carbónico (CO_2). Ahora bien, se sabe que desde la Revolución Industrial, a mediados del siglo XIX, el tenor en CO_2 de la atmósfera no ha dejado de crecer y supera actualmente toda referencia histórica.

Estos descubrimientos, corroborados por las perforaciones de los sedimentos marinos y el estudio de otros gases de efecto invernadero (GEI) como el metano, llevaron a las Naciones Unidas a crear en 1988 el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, en inglés). A través del examen de la literatura científica, el IPCC tiene por misión presentar al mundo el estado actual de los conocimientos. Entre su primer informe, publicado en 1990, y el quinto, concluido en 2013 (1), exhibe sus conclusiones con un grado de probabilidad cada vez más elevado: “El calentamiento en el sistema climático es inequívoco –afirma el último informe– y muchos de los cambios observados no han tenido precedentes en los últimos decenios a milenios: la atmósfera y el océano se han calentado, los volúmenes de nieve y hielo han disminuido, el nivel del mar se ha elevado y las concentraciones de gases de efecto invernadero han aumentado”. Los expertos tienen cada vez más certezas sobre las causas de este fenómeno: “La influencia humana en el sistema climático es clara. [...] Para contener el cambio climático, será necesario reducir de forma sustancial y sostenida las emisiones de gases de efecto invernadero”.

Basado en modelizaciones, el IPCC presenta una comprobación de las evoluciones

recientes y, sobre todo, de las proyecciones para las décadas venideras en función de cuatro escenarios de emisiones de gases de efecto invernadero. La hipótesis más pesimista –sin un verdadero esfuerzo de reducción– predice de aquí a 2100 temperaturas superiores en alrededor de 4°C a escala global y de alrededor de 6°C sobre las tierras emergidas; es decir, el caos. Ni siquiera los escenarios intermedios pueden garantizar una estabilización a mediano término. Sólo la hipótesis optimista permitiría contener el alza de la temperatura global por debajo de 2°C , un umbral que no debería superarse y, de preferencia, nunca debería ser alcanzado. Más allá, no es posible descartar un desbocamiento, con una rápida desglaciación de Groenlandia, una modificación de la circulación oceánica profunda y un deshielo del permafrost (2) en las tierras boreales que acarrearían una liberación masiva de CO_2 .

Multiplicador de las desigualdades

Pero la hipótesis optimista supone detener sin demora las emisiones y reducirlas a cero en dos o tres generaciones. Oficialmente, todos los Estados comparten este imperativo desde la Cumbre de la Tierra de Río, en 1992, y la adopción de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. Sin embargo, desde esa oda mundial a la salvaguardia del planeta, la situación no ha dejado de agravarse. En 2013, el total de emisiones de CO_2 superaba los 35.300 millones de toneladas, contra 23.000 millones de toneladas en 1990 (3). Entre 1980 y 2011 el “forzamiento antropogénico” (la parte del calentamiento ligada a las actividades humanas) se duplicó con la emergencia de nuevos países industrializados y el aumento de la población.

El clima aparece como un multiplicador de los desequilibrios, de las desigualdades y de las amenazas que padecen los más pobres. Aridez, huracanes, desajuste de los monzones: el Sur ya padece los efectos de los cambios sin haber conocido los beneficios del desarrollo. En África, el desierto avanza en las zonas del Sahel, mientras que 620 millones de personas siguen sin tener acceso a la electricidad. Una responsabilidad colosal les corresponde a los países desarrollados, y en particular a Estados Unidos. Desde su creación, la empresa petrolera Chevron habría enviado ella sola a la atmósfera más de diez veces lo que el conjunto de los países del África subsahariana (excluida Sudáfrica) emitieron desde 1850; Gazprom, tanto como toda África; Saudi Aramco, más que toda América del Sur (4).

El origen principal del desajuste radica en el uso del carbón, el petróleo y el gas. Y sin embargo, en 2013, las subvenciones públicas asignadas a los combustibles fósiles representaban 480.000 millones de eu-

ros, es decir, cuatro veces más que la suma acordada a las energías renovables (5).

Frente a semejante desafío, la lógica de la relación de fuerzas entre naciones se vuelve inoperante; pero el camino de la cooperación sigue siendo escarpado. Tras el rechazo del Senado estadounidense a ra-

Aridez, huracanes, desajuste de los monzones: el Sur ya padece los efectos de los cambios sin haber conocido los beneficios del desarrollo.

tificar el Protocolo de Kioto, en 1997 (6), y el fiasco de Copenhague, en 2009, la Conferencia de París de 2015 fue minuciosamente preparada apostando a declaraciones voluntarias: las “contribuciones previstas y determinadas a nivel nacional”. Todos se muestran ambiciosos: China estima alcanzar su pico de emisiones en 2030; la Unión Europea promete un 40% menos de emisiones de GEI en 2030 respecto de 1990; Estados Unidos anuncia una reducción del 26% en 2025 respecto de 2005.

Pero la embajadora encargada de las negociaciones sobre el cambio climático, Laurence Tubiana, reconocía: “Aunque esta serie de contribuciones es muy positiva, no bastará para colocarnos, tras la Conferencia de París, en una trayectoria compatible con el límite de los 2°C ” (7).

Para obtener un acuerdo universal que pudiera entrar en vigor a partir de 2020, la estrategia de la presidencia francesa se redujo a evitar las cuestiones molestas. Sigue habiendo una gran vaguedad en lo que respecta al objetivo global de reducción, a la definición de un pico mundial de emisiones, a los mecanismos de control... La imposición de una tasa a los transportes marítimos o aéreos sigue siendo tabú. Y la reflexión sobre un modo de producción que empuja a la humanidad hacia el abismo deberá esperar.

Algunos países, como Estados Unidos, Alemania o los Emiratos del Golfo, nunca podrán borrar las huellas que dejaron en la atmósfera; su “deuda climática” es insostenible. Las naciones del Sur, por su parte, descontaban una compensación financiera con el objeto de poder acceder a un desarrollo sin carbono, saltando la etapa mortífera de las energías fósiles. Pero el objetivo de 100.000 millones de dó-

lares anuales consagrados a este fin no encuentra quien lo financie.

Tomar conciencia

La preparación de la 21ª Conferencia se caracterizó por el papel creciente que desempeñaron las multinacionales, con un credo: el derecho del comercio siempre debe primar sobre la ambición social y ambiental. Y los dirigentes que fueron a abogar por un acuerdo sobre el clima con una mano en el corazón negocian en las sombras la instauración de un gran mercado transatlántico (GMT) que apunta a “garantizar un entorno económico abierto, transparente y previsible en materia de energía y un acceso ilimitado y duradero a las materias primas” (8).

El caos climático sólo puede ser evitado dejando lo esencial de las reservas de energía fósil sin extraer. El desafío colectivo consiste en tornar ese esfuerzo aceptable para todos rompiendo con un incremento de las desigualdades que desalienta toda solidaridad. Cabe recordar la proclama de George H. Bush al llegar a la Cumbre de la Tierra de Río: “El modo de vida estadounidense no es negociable”. Un modo de vida imposible de generalizar, y cuya perpetuación hizo perder veinte años haciendo más difíciles aun las futuras decisiones.

El riesgo sería dejar pasar el tiempo apostando a soluciones quiméricas o marginales, como la geoingeniería, que apunta a fijar más carbono en el suelo o a limitar la radiación solar. Los países del Norte de Europa abrieron un nuevo camino al crear a comienzos de los años 90 la “tasa carbono”. Obtuvieron una reducción importante de los gases de efecto invernadero sin renunciar a su prosperidad desbloqueando los créditos necesarios para mejorar la eficacia energética de los transportes y los edificios y para desarrollar las energías renovables. Pero éstas no permitirán hacer frente a una demanda creciente, porque tropezarán con la escasez de los metales indispensables para las instalaciones eólicas o solares. La vía del “reducir, reutilizar, reciclar” lleva a repensar el consumo basando la calidad de vida en criterios distintos al de la acumulación.

Los optimistas esgrimirán las últimas cifras de la Agencia Internacional de la Energía: en 2014, la economía mundial creció un 3%, mientras que las emisiones de CO_2 se mantuvieron constantes (9). ¿Efecto de coyuntura o comienzo de la disociación? Se encontrarán razones más sólidas para tener esperanzas en la toma de conciencia de estos desafíos, con el despertar de una miríada de asociaciones, y en las posiciones adoptadas por ciertas autoridades morales, como el papa Francisco.

La Convención sobre la protección de la capa de ozono se convirtió en 2009 en el primer tratado de la historia que alcanzó una ratificación universal; la salvaguardia del clima requiere una movilización colectiva no menos ambiciosa. ■

1. Todos los informes son públicos: www.ipcc.ch

2. Capa de suelo permanentemente congelada.

3. “Trends in global CO_2 emissions: 2014 Report”, PBL Netherlands Environmental Assessment Agency, La Haya, 16-12-14.

4. Richard Heede, “Tracing anthropogenic carbon dioxide and methane emissions to fossil fuel and cement producers, 1854-2010”, *Climatic Change*, Vol. 122, Nº 1, Berlín, enero de 2014, y CAIT Climate Data Explorer 2015, <http://cait.wri.org>

5. “World Energy Outlook”, Agencia Internacional de la Energía, París, 2014.

6. Ratificado por 191 Estados, preveía compromisos de reducción de los GEI para 38 países industrializados.

7. www.cop21.gouv.fr

8. Punto Nº 37 de la directiva europea de negociación, 13-6-13, desclasificado el 9-10-14. Véase www.monde-diplomatique.fr/dossier/GMT

9. “Energy and Climate Change. World Energy Outlook Special Report”, AIE, 2015.

*Jefe de redacción de *Le Monde diplomatique*, París. Traducción: Víctor Goldstein

Mariano Molina, *Manipulados con oro de fondo (punch)*, 2010 (Gentileza del autor)

Dossier

El malestar democrático

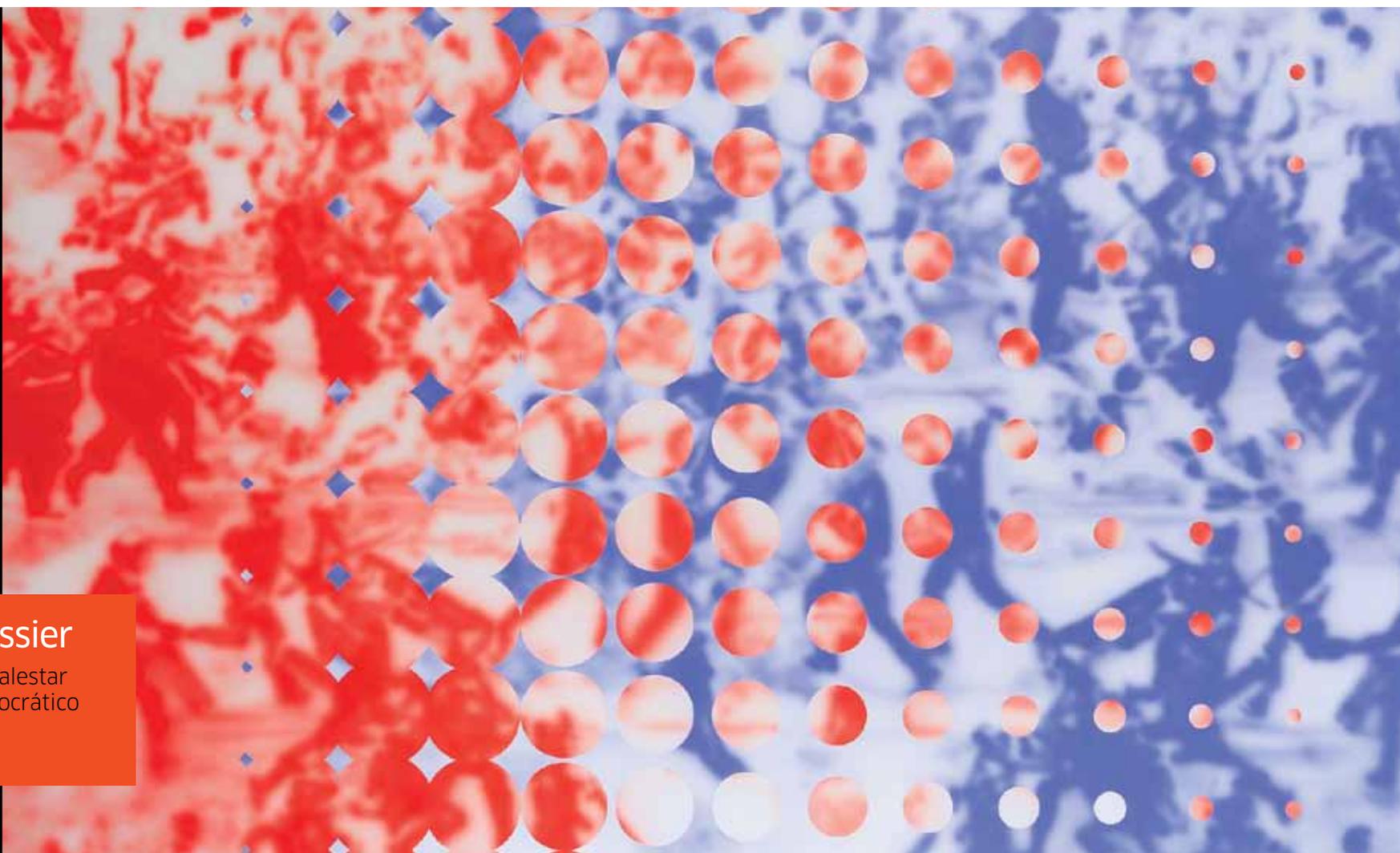
Los artículos que integran este *dossier*, en su mayoría elaborados por especialistas convocados por el Programa Lectura Mundi de la Universidad Nacional de San Martín, proponen una lectura crítica del mundo a partir de la siempre tensa relación entre libertad e igualdad.



Democratizar la democracia, por Ignacio Ramonet **22** | **El triunfo del mercado**, por Jacques Rancière **24** | **Tres notas sobre populismo**, por Pasquale Serra **26** | **Leer**, por Mario Greco **27** | **El pensamiento político de Laclau**, por Gerardo Aboy Carlés **28** | **La igualdad bajo amenaza**, por Nancy Fraser **29** | **La ciudadanía diferenciada**, por Partha Chatterjee **30** | **Las rutas alternativas de la modernidad**, por Marcelo José Cavarozzi **31**

Dossier

El malestar democrático



Mariano Molina, sin título, 2006 (Gentileza del autor)

Una paradoja dramática afecta a la democracia. Se ha convertido en el sistema de gobierno con mayor legitimidad en el mundo, pero nunca antes había generado tanto malestar. Los ciudadanos ya no se contentan con simplemente depositar su voto y exigen mayor participación en los asuntos públicos.

Crisis del modelo representativo

Democratizar la democracia

por Ignacio Ramonet*

En el marco de la globalización económica, el sistema democrático se enfrenta a una paradoja: los ciudadanos se desinteresan de la política, tal y como lo demuestra el incremento de la abstención en muchas elecciones; pero, por otra parte, esos mismos ciudadanos desean controlar mejor la acción pública y participar más en la elaboración de proyectos que les conciernen directamente. ¿Cómo conciliar estas dos tendencias?

Por primera vez hay en el planeta más sistemas democráticos y más alternancias democráticas de gobierno que nunca. Hace cuarenta años, durante la transición en España, había apenas unas 30 democracias. Actualmente, el número de países democráticos –en distintas fases de consolidación– es superior, según la Organización de las Naciones Unidas (ONU), a 85. O sea, la democracia se ha convertido en el sistema de gobierno con mayor legitimidad en el mundo global. Sin embargo, nunca hemos estado tan descontentos con la democracia. Los síntomas de este malestar son cada día más visibles. El número de posibles electores que decide no votar es cada vez mayor. Según una encuesta realizada por Gallup

Internacional en 60 países “democráticos”, sólo uno de cada diez encuestados pensaba que “el gobierno de su país obedecía a la voluntad del pueblo”.

En muchos Estados democráticos se observa también el (re)surgimiento de partidos de tradición anti-parlamentaria, en su mayoría de derecha populista o de extrema derecha. Países de indiscutible tradición democrática –Suiza, Dinamarca, Finlandia– están hoy gobernados por (o gracias al apoyo de) partidos de extrema derecha que cuestionan la legitimidad del funcionamiento democrático actual. Pero también muchos ciudadanos corrientes, brutalmente golpeados por la crisis (como en España, el Movimiento 15-M), cuestionan la sumisión del sistema democrático a los nuevos megapoderes financieros y mediáticos. Existe, pues, un rechazo respecto del funcionamiento actual de la democracia. La confianza en los representantes políticos y en los partidos se está erosionando. El sistema representativo parece incapaz de dar respuesta a las nuevas exigencias políticas. Y un sector importante de la población ya no se contenta con la emisión de su voto cada tantos años, sino que quiere participación.

En esta situación, resulta cada vez más difícil llevar a cabo reformas o tomar decisiones políticas de cierto

alcance. Los intereses de poderosos *lobbies* o grupos de presión, las campañas mediáticas, pero también la defensa de derechos legítimos adquiridos por parte de determinados grupos de ciudadanos, dificultan los cambios. La política ya no se atreve a tocar ciertos temas y, si lo hace, tiene a veces que enfrentarse a fuertes resistencias; en muchos casos debe dar marcha atrás.

Causas de la desafección

La mayoría de los ciudadanos están convencidos de que la democracia es la mejor forma de gobierno existente pero, por otro lado, en mayoría también, desconfían de sus representantes políticos y de los partidos. Recordemos lo que decía nuestro amigo José Saramago: “Es verdad que podemos votar. Es verdad que podemos, por delegación de la partícula de soberanía que se nos reconoce como ciudadanos con voto y normalmente a través de un partido, escoger a nuestros representantes en el Parlamento. Es cierto, en fin, que de la relevancia numérica de tales representaciones y de las combinaciones políticas que la necesidad de una mayoría impone, siempre resultará un Gobierno. Todo esto es cierto, pero es igualmente cierto que la posibilidad de acción democrática comienza y acaba

ahí. El elector podrá quitar del poder a un gobierno que no le agrada y poner otro en su lugar, pero su voto no ha tenido, no tiene y nunca tendrá un efecto visible sobre la única fuerza real que gobierna el mundo, y por lo tanto, su país y su persona: me refiero, obviamente, al poder económico, en particular a la parte del mismo, siempre en aumento, regida por las empresas multinacionales de acuerdo con estrategias de dominio que nada tienen que ver con aquel bien común al que, por definición, aspira la democracia”.

Es decir, estamos frente a una paradoja dramática: nunca hemos tenido tanta democracia, pero tampoco nunca ha habido tanta desafección y tanta desconfianza con respecto a la democracia representativa. Entre las causas de esa desafección podríamos citar las diez siguientes: 1) demasiadas desigualdades (ricos cada vez más ricos, pobres más pobres); 2) crisis del Estado y de lo público, atacados por las teorías neoliberales adictas al “Estado mínimo”; 3) carencia de una sólida cultura democrática; 4) nefasto efecto de los casos de corrupción de políticos; 5) dificultades en la relación entre los partidos y el resto de la sociedad civil; 6) subordinación de la actividad política a los poderes fácticos (mediáticos, económicos, financieros); 7) sumisión de los gobiernos a las decisiones de organizaciones supranacionales (y no democráticas) como el Banco Central Europeo (BCE), el G-20, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la Organización Mundial del Comercio (OMC), etc.; 8) incremento de los enfrentamientos entre la sociedad civil y los gobiernos; 9) discriminaciones o exclusiones hacia categorías sociales o de género (inmigrantes, homosexuales, sin papeles, mujeres, gitanos, musulmanes, etc.); 10) dominación ideológica de grupos mediáticos que asumen el papel de oposición, y defienden sus intereses y no los de los ciudadanos.

En muchos países, el crecimiento macroeconómico no se traduce en mejoras en el nivel de vida de la población humilde, lo que crea malestar social. Existe un dato alarmante: una investigación realizada en América Latina por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) reveló que el 45% de los latinoamericanos decía preferir someterse a una dictadura que les garantizase empleo y salario suficiente a vivir en una democracia que no los sacara de la miseria...

Esto significa que muchos de los desafíos para la democracia vienen de la pobreza y de la desigualdad. Tocamos ahí el núcleo fundacional del pensamiento democrático moderno. Jean Jacques Rousseau decía, en *El Contrato Social*, que “el Estado social será ventajoso para los seres humanos sólo cuando todos posean algo y ninguno tenga demasiado”.

Por otra parte, en el marco de la globalización neoliberal, el Estado pierde capacidad reguladora sobre un mercado que, a su vez, deja de ser nacional. Las empresas transnacionales y los mercados financieros dejan de necesitar al Estado como soporte. De esta manera, lo característico hoy es el debilitamiento de los Estados. La era de los Estados nacionales, y sobre todo, la era del Estado democrático, culminó con la aparición de realidades políticas como los

partidos de masas, la cultura de masas y el convencimiento colectivo de que los súbditos dejaban de ser súbditos (a los cuales se ordena) para convertirse en ciudadanos (a los cuales hay que convencer).

Hoy, el Estado nacional cede parte de sus poderes a instancias supranacionales (por ejemplo, la Unión Europea) y también a instancias subnacionales (en España, las autonomías), dado que globalización y descentralización se dan, universalmente, como dos procesos coetáneos. La globalización vuelve a la democracia menos relevante pues cada día son menos las decisiones importantes que se toman dentro del ámbito de los Estados nacionales. La “democracia realmente existente” vive, de ese modo, un conjunto de transformaciones que la sitúan muy lejos de sus tres modelos matrices: la reforma parlamentaria británica de 1689, la revolución estadounidense de 1776 y la Revolución Francesa de 1789. El elector deja de ser un ciudadano (a quien hay que convencer) para convertirse en un consumidor (al cual hay que seducir). En este panorama cultural, el ejercicio de la democracia representativa deja de ser una actividad llena de sentido para convertirse, a ojos de los ciudadanos, en un espectáculo interpretado por una “casta” ajena, en el que no participan realmente.

Triunfo u ocaso

Tenemos así una doble transformación. Por un lado, la globalización ha disminuido el peso del Estado nacional y la relevancia de la vida política democrática. Y, por otro lado, la transformación cultural, que lleva a la “tele-video-política”, ha erosionado la relación entre los ciudadanos y la cosa pública.

Podemos decir que estamos, pues, en una situación en la que los instrumentos de la democracia forjados durante dos siglos dejan de ser eficaces. Y aunque parece que asistimos al triunfo generalizado de la democracia, más bien asistimos al ocaso de sus éxitos. Porque prevalece una marcada exclusión de la mayoría de la población con respecto a la toma de decisiones sobre los asuntos públicos. De manera que el consenso se reduce a minorías (la “casta”) no representativas de la pluralidad de intereses de una sociedad.

Así han emergido las exigencias de una “democracia directa” y de la participación ciudadana en la gestión pública, que pueden verse como las dos caras de la democracia participativa. Después de América Latina, Europa vive hoy un debate entre democracia representativa y democracia participativa. La principal expresión de la democracia participativa es la “participación ciudadana”, un proceso mediante el cual el ciudadano se suma, de forma individual o colectiva, a la toma de decisiones, al control y a la ejecución de las decisiones en los asuntos públicos.

La sociedad civil y algunos movimientos sociales estiman que los partidos son los principales causantes de la desafección ciudadana frente a la democracia. Es un debate, en nuestra opinión, estéril: no hay democracia sin partidos y los males de los partidos son, en parte, los mismos que aquejan a otros sectores de la sociedad. Pero los partidos deben asumir que ellos solos ya no son suficientes para hacer democracia. Tienen que reconstruir su legitimidad a base de transparencia y de democracia interna. Y admitir que a la gen-

te ya no le basta con depositar un voto en las urnas cada cuatro o cinco años... Los ciudadanos ya no aceptan ver su papel en el debate público limitado a eso.

Las Constituciones de Venezuela (1999), de Ecuador (2008) y de Bolivia (2009), entre las más avanzadas del mundo en esta materia, hablan de “democracia participativa” y ya no de democracia representa-

tiva. Porque se proponen, en efecto, democratizar la democracia. Aunque, en general, hay consenso en torno a la necesidad de conservar la democracia representativa, aparece ahora de forma evidente la necesidad de fortalecer, dentro de ella, los mecanismos de participación para tratar de superar el divorcio entre política y ciudadanía.

Recordemos que la introducción de mecanismos

de democracia directa (la iniciativa legislativa popular y la consulta popular mediante plebiscito o referéndum) no debilita a la democracia representativa. Lo demuestra el hecho de que esos mecanismos existen, por ejemplo, en Suiza, en Italia, en Estados Unidos y, cada vez más, en la Unión Europea. Existe también el “mandato revocatorio”, que sólo se ha establecido, a escala nacional, en Venezuela (incluso para el Presidente de la República). Venezuela es el único país del mundo en el que se ha efectuado, en 2005, una consulta popular para revocar el mandato presidencial. Ganada, por cierto, por el presidente Hugo Chávez. Pero la revocatoria local sí existe para instancias subnacionales (regionales, municipales) en otros Estados latinoamericanos: Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú, etc.

Finalmente, lo que debe quedar claro es que nuestras democracias necesitan nuevos pactos sociales y constitucionales (urgencia, en España, de una nueva Constitución federal) para construir democracias de ciudadanos –y no sólo democracias electorales– en las que no puede haber exclusiones. Además, el modelo representativo no ha dado respuestas satisfactorias a temas tan actuales como los problemas del medio ambiente, las amenazas a la biodiversidad, el calentamiento global, el desempleo, el envejecimiento demográfico de las sociedades europeas, la cibervigilancia masiva, las migraciones, la marginación y la pobreza del mundo.

Si la democracia sigue siendo el modelo que mejor promueve el debate y el diálogo como mecanismos de resolución de los conflictos sociales, el sistema representativo impide una participación real y eficiente de la ciudadanía. Resulta evidente, por consiguiente, que la defensa del bien común a largo plazo sólo es posible con –y no contra– los movimientos sociales y los ciudadanos. De ahí la urgencia de democratizar la democracia. ■

*Director de *Le Monde diplomatique*, edición española.
© *Le Monde diplomatique*, edición española

El elector deja de ser un ciudadano (a quien hay que convencer) para convertirse en un consumidor (al cual hay que seducir).



El maestro ignorante presenta: Una aventura del pensamiento para grandes y chicos LO FINITO Y LO INFINITO de Alain Badiou

Próximos títulos de la colección:

DIFERENCIA DE SEXOS
Françoise Héritier

¿QUÉ SIGNIFICA PARTIR?
Jean-Luc Nancy

¿QUÉ EMOCIÓN! ¿QUÉ EMOCIÓN?
Georges Didi-Huberman

Dossier

El malestar democrático

Mariano Molina, *Entramados*, 2006 (Gentileza del autor)

La restricción impuesta por la libertad del mercado al poder colectivo del pueblo lleva a preguntarse si aún es posible hoy seguir hablando de “democracia” y si ésta corresponde a las aspiraciones igualitarias opuestas a la realidad presente.

Contra el bien común

El triunfo del mercado

por Jacques Rancière*

Una inquietud persiste en el mundo llamado “occidental” que, de modo autocomplaciente, se considera como el reino elegido de la democracia. Bajo su forma más burda, la cuestión podría enunciarse de la siguiente forma: ¿se puede seguir hablando hoy de democracia? Esta pregunta es doble. En un primer sentido, da testimonio de una sospecha: ¿el nombre de democracia es aún adecuado a los regímenes bajo los cuales vivimos?, ¿es adecuado al tipo de relaciones entre pueblo y gobernantes que caracteriza a estos regímenes? La pregunta así formulada supone un cierto diagnóstico: el de una distancia de la realidad respecto a lo que el nombre “democracia” promete. Entonces, si ello fuera así, ¿deberíamos creer aún en esa promesa? ¿El nombre “democracia” es adecuado a las formas de poder colectivo y al tipo de aspiración igualitaria que podemos oponer a la realidad presente?

En el cruce de estas dos interrogaciones se sitúa una misma pregunta: la de saber qué es lo que promete exactamente la democracia, aquello que, en el fondo, ella significa. La intención es mostrar aquí por qué la situación actual nos exige conservar el nombre de democracia y, al mismo tiempo, repensar integralmente la significación de esta palabra toda vez que queramos darle fuerza a la idea democrática.

Meta de la evolución histórica

Hace cuarenta años, el problema de la democracia se planteaba a partir de dos oposiciones. La primera se manifestaba en el par democracia/totalitarismo

propio de los países occidentales. Llamábamos democracia a un sistema de gobierno fundado sobre la representación parlamentaria, las elecciones libres, las libertades públicas de asociación y de expresión y la protección de los individuos contra la arbitrariedad estatal. Oponíamos a la democracia el totalitarismo, entendido como el dominio total de la máquina estatal sobre la esfera pública y sobre la vida privada mediante un partido único. La oposición planteada de esta manera hacía de la democracia no una mera forma de gobierno entre otras, sino un modo de vida general, caracterizado por el acuerdo entre el funcionamiento de las instituciones, un modo de vida social y un conjunto de valores compartidos. La imposición de esta visión tornó habitual el uso de la expresión “las democracias” para designar a aquellos países caracterizados por un cierto nivel de desarrollo económico y de evolución moral, como así también por un sistema constitucional. Es por ello que la tesis se acompañaba de un corolario: la distinción entre países maduros y países no maduros para la democracia. Entre los últimos se encontraban aquellos cuyo nivel de desarrollo de la riqueza o grado de evolución moral –o de ambos a la vez– no permitía, o no permitía aún, formas de la libertad política.

Era esta conjunción entre democracia y libertad económica e individual la que suscitaba la suspicacia de una de las mayores críticas que recibiría, por entonces, la idea de democracia: la crítica de inspiración marxista. Ella mostraba que el corazón de la supuesta armonía entre las libertades públicas y la libre elec-

ción de los individuos era el “libre mercado”, es decir, la dominación de clase capitalista. Ponía en juego, luego, una segunda oposición: denunciaba la “democracia formal” como la apariencia que encubría la realidad de la dominación y oponía a ella la idea de una democracia real, es decir, de un poder real de la colectividad sobre sus condiciones de existencia, y de una igualdad real de los individuos, ya no representada en la esfera estatal sino experimentada en la vida concreta.

Sin duda, pocas personas creían en ese entonces que la democracia real existiera en los países del bloque llamado socialista. Sin embargo, el estado de la cuestión determinado por el juego de estos dos pares de opuestos duró tanto como la división efectiva del mundo en dos bloques geopolíticos. Se extendió hasta el desmoronamiento de la Unión Soviética y de su imperio. Pero lo que merece ser atendido es el modo en que éste se dismanteló y cómo la cuestión a la que dio lugar asumió una nueva configuración. En un primer momento, el fin de la división del mundo en dos bloques fue celebrado como el triunfo puro y simple de la democracia a escala mundial. Vimos en ello el fin de toda oposición entre democracia formal y democracia real, la prueba de que la única “democracia real” era la de los Estados gobernados por el sistema representativo y la ley del mercado capitalista. La democracia aparecía entonces, en la opinión dominante, como una forma de sociedad percibida como meta de la evolución histórica a la cual todos los países estaban llamados a arribar tarde o temprano.

Una nueva oligarquía

Ahora bien, esta visión de la democracia como fin de la historia fue rápidamente desmentida. En primer lugar, por razones extrínsecas. En un comienzo, la descomposición del bloque soviético, lejos de dar lugar a una evolución uniforme hacia formas democráticas, vio emerger nuevas modalidades de dictadura abierta o solapada, así como también nuevas formas de guerra étnica o religiosa. En un segundo momento, el gobierno estadounidense, al enviar su ejército a Medio Oriente para imponer la democracia, devolvió credibilidad a la visión que hizo de ésta un mero conjunto de formas institucionales al servicio de intereses oligárquicos. Pero fue sobre todo la noción misma de democracia la que, de manera creciente, comenzó a ser cuestionada en el seno de los Estados que reclamaban para sí la democracia y se autoproclamaban democracias. Progresivamente, la convergencia ideal entre poder colectivo del pueblo, libertad de mercado y libre elección de los individuos se fue descomponiendo en función de dos grandes procesos: por un lado, la restricción impuesta por la libertad del mercado al poder colectivo del pueblo; por otro, el crecimiento exponencial, en el seno mismo de los Estados llamados democráticos, de discursos que denunciaban a la democracia como un estado de la sociedad peligroso para el buen gobierno.

El primer aspecto da cuenta del desarrollo, en el corazón de “las democracias”, de una cultura de gobierno que se quiere consensual. La palabra “consenso” parece designar, a primera vista, una práctica de apariencia democrática: el llamado a la discusión y a la concertación antes que al conflicto –siempre resuelto a favor del más fuerte–. Pero ella alude, en realidad, a algo muy diferente: la imposibilidad de estar en desacuerdo sobre lo que se está discutiendo. La cultura del consenso afirma cierto estado de cosas y, por lo tanto, cierto estado de relaciones de fuerzas como un dato objetivo que se impone a todos e impone las soluciones adecuadas. Ahora bien, el dato fundamental sobre el que se asienta el consenso hoy en día es el de la restricción económica global, es decir, el de la ley del mercado mundial. Y esa ley opera de dos formas: por un lado, como algo de orden fáctico que obliga a los gobiernos a adaptar a sus países a esta evolución. Por otro lado, como una restricción legal que los gobiernos se hacen dictar, como obligación estatutaria emanada de instituciones que se llaman supraestatales (por ejemplo, la Unión Europea), cuando son, en verdad, interestatales.

Este hecho implica, en nuestros países, el acuerdo global de partidos denominados “de gobierno” en torno a un programa común de adaptación a la libre competencia, que supone la destrucción de servicios públicos y de sistemas de protección social. Pero, sobre todo, supone la idea de que la política es un complejo arte de gestión en el cual un mínimo error de cálculo resulta fatal para toda la comunidad y que sólo puede

entonces ser ejercido por una élite experta. La consecuencia de estas afirmaciones es la consolidación de una oligarquía dirigente, de políticos intercambiables estrechamente ligados a la oligarquía financiera dirigente, a grupos de expertos que proporcionan la justificación científica de sus actos y de periodistas e intelectuales que los presentan a la opinión pública como ineluctables. De allí que la realidad del poder del pueblo se vea cada vez más reducida al momento electoral, es decir, a la elección cada cuatro o cinco años entre versiones de un mismo programa fundamental con diferente matiz. En consecuencia, toda forma de lucha y de expresión popular que se aparte de un sistema consensual es, de entrada, invalidada. Esto es lo que hemos visto en distintos lugares de Europa, en las luchas dirigidas contra el desmantelamiento de los servicios públicos y los sistemas de protección social, que han sido presentadas por los gobiernos y por los círculos de intelectuales como reacciones de retaguardia, movimientos de privilegiados que buscaban defender sus posiciones arcaicas en detrimento de situaciones objetivas y del interés común.

El imperio del individualismo

Un rasgo característico de esta campaña ideológica es el de haberse apropiado de una de las tesis centrales y polémicas del arsenal teórico marxista: la tesis de la necesidad histórica y la consiguiente condena a los estratos sociales atrasados que se oponían a ella. En el siglo XIX, Marx denunciaba a los artesanos, pequeño-burgueses e ideólogos que, en pos de ideales pasados, se enfrentaban a la revolución capitalista que preparaba la vía al socialismo por venir. En la actualidad, la tesis de la necesidad histórica que conduciría al triunfo global del socialismo ha sido reciclada bajo la forma de la necesidad histórica que conduciría al triunfo planetario del libre mercado. Al mismo tiempo, todo movimiento popular contra la extensión de la ley de mercado hacia otras esferas de la vida ha sido considerado expresión de los sectores populares más atrasados.

Otra cuestión tomada a préstamo del arsenal leninista y que ha sido reciclada es la crítica al populismo. Es preciso subrayar que esta noción tiene hoy en Europa un sentido bastante diferente de aquel propio de la tradición política de América Latina (Serra, página 26): sirve para confundir todas aquellas formas de protesta contra el poder oligárquico, e identificarlas con la propaganda de ciertos grupos nacionalistas y xenófobos. En Francia, por ejemplo, los movimientos en defensa del sistema de jubilaciones o del voto negativo al referéndum sobre la Constitución Europea, han sido tildados de “populismo” al igual que la propaganda del partido racista de extrema derecha. La palabra “populismo” sirve, entonces, para consagrar la confiscación oligárquica del poder de todos, identificando toda protesta en su contra con la reacción de un pueblo ignorante, retrógrado y resentido. La idea de democracia se halla, luego, escindida. Por un lado, el poder del pueblo remite al monopolio de una oligarquía gubernamental, cuya ciencia experta sólo debe validarse formalmente mediante el consentimiento popular; por otro lado, se asocia este poder popular a la fuerza peligrosa de una masa sometida a emociones irracionales.

De esta forma, se quiebra la supuesta armonía entre libre mercado y poder del pueblo. Lo mismo sucede con el idilio imaginado del matrimonio entre el poder colectivo y la libertad de elección de los individuos. Cuando el fantasma del “totalitarismo” fue borrado, vimos renacer en “las democracias” una crítica de la democracia, a la que se asociaba con el predominio de un individualismo de masa indiferente al bien público. Sobre este punto se han reconfigurado una serie de cuestiones vinculadas al arsenal marxista y contestatario. Entre ellas, la denuncia marxista de la democracia formal y de la ciudadanía ideal como apariencias que ocultaban el imperio de los intereses privados egoístas, la denuncia de las promesas ilusorias de la sociedad de consumo, la crítica situacionista de la sociedad del espectáculo. Hace cuarenta años, todos estos problemas formaban parte de un cuestiona-

miento al sistema capitalista y, específicamente, a la manera en que éste oculta el sometimiento a la ley de la explotación tras una satisfacción ilusoria.

Ahora bien, si hoy se apela a estos términos de modo general, el objeto de su crítica ha cambiado radicalmente su sentido. Ayer, formaba parte de una cultura contestataria que creía respaldar la lucha de los oprimidos develando los mecanismos de la opresión. Hoy, el objeto de la crítica forma parte de una cultura dominante que sólo ha transformado los vicios de un sistema en vicios de individuos sometidos a su dominación. En los discursos intelectuales hoy dominantes en Europa son los individuos consumidores los que, ahora, son considerados responsables de la dominación del mercado capitalista. Es este supuesto predominio de individuos consumidores el que se asocia con la democracia. Vacuada de todo contenido político, la democracia se plantea como un estado de la sociedad que destruye el bien común.

El discurso optimista del “fin” democrático de la historia se invierte, entonces, completamente. Encontramos, así, en muchos filósofos, sociólogos o escritores contemporáneos la visión de un fin de la historia que se expresa en una catástrofe final, un nuevo “totalitarismo” identificado con el imperio de individuos democráticos destructores de todo lazo social. Los individuos democráticos, nos dicen, quieren la igualdad, pero en el sentido de una igualdad entre el vendedor y el comprador de una mercancía. Lo que quieren es el triunfo del mercado en todas las relaciones humanas. Este deseo los lleva a romper todo obstáculo impuesto a su ansia igualitaria y consumista y, por lo tanto, a destruir todas las formas tradicionales de autoridad que antepusieron un límite al poder del mercado: escuela, religión o familia. ■

*Universidad de París 8. Fragmentos del texto “La démocratie aujourd’hui” (“La democracia hoy”) entregado por el autor para una conferencia dictada en la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, el 16 de octubre de 2012.

Traducción: Anais Roig y Micaela Cuesta
© UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Estamos para darte una mano.

Tarjetas Credicoop

- Promociones de ahorro y cuotas sin interés en miles de comercios en todo el país.
- Las tasas más bajas de todos los bancos privados para que puedas financiar tus compras.
- Programas de recompensas Puntos Credicoop y Aerolíneas Plus premian todos tus consumos.

Consultá estos y muchos otros beneficios en www.bancocredicoop.coop



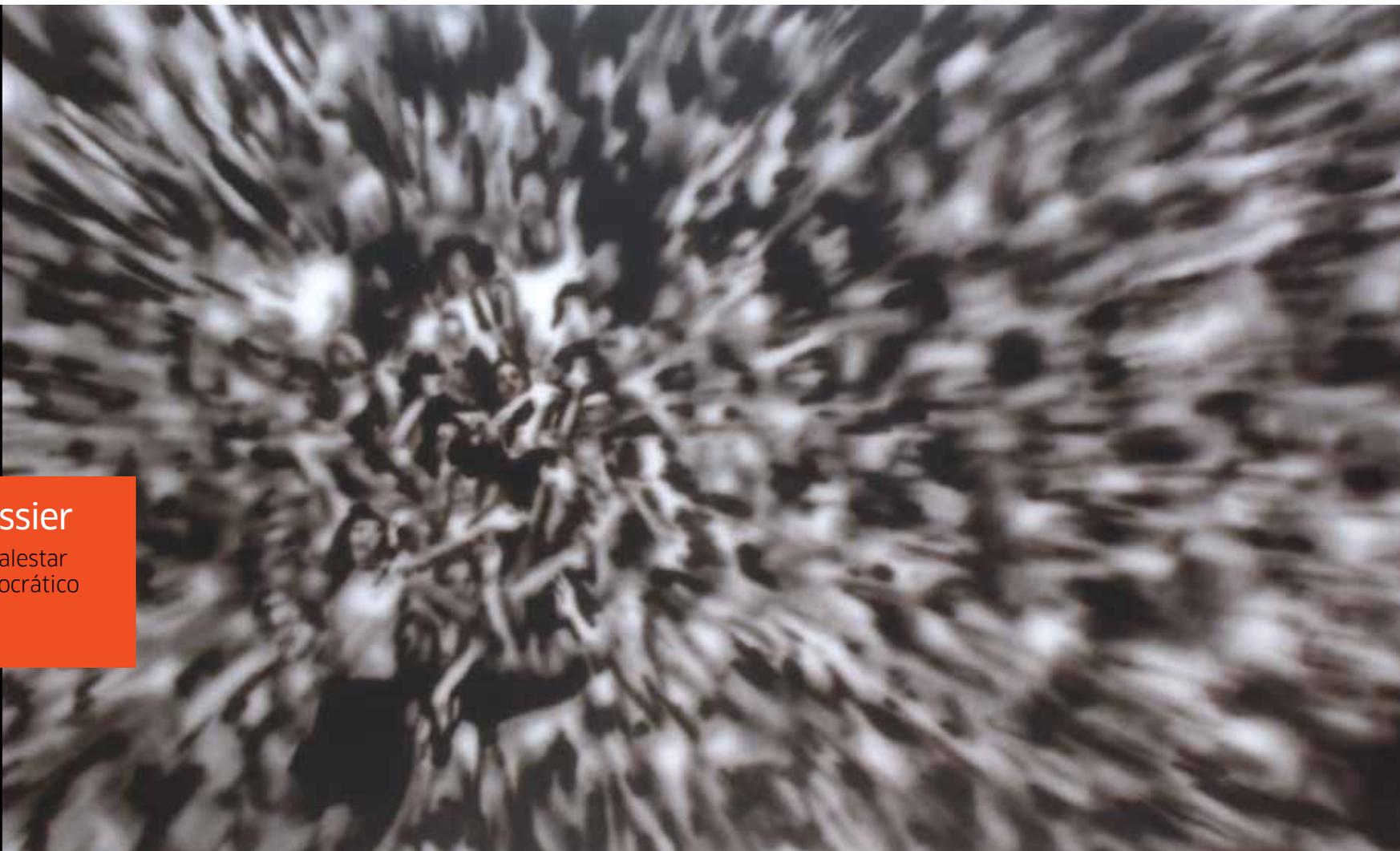
BANCO
CREDICOOP
COOPERATIVO LIMITADO

La Banca Solidaria

Banco Credicoop CL, Reconquista 484, CABA. CUIT: 30-57142135-2. Credicoop Responde: 0810-888-4500.

Dossier

El malestar democrático

Mariano Molina, *El centro de las miradas*, 2008 (Gentileza del autor)

La crisis europea generó un interés por comprender el populismo argentino. Pero la palabra “populismo”, de matriz europea, no logra definir de manera adecuada sus sentidos en América Latina y su forma de vivir la marginalidad.

Entre Europa y América Latina

Tres notas sobre populismo

por Pasquale Serra*

L “Populismo” – como escribía Alberto Methol Ferré – es una palabra “de matriz europea”, que proviene “del exterior”, y, por eso mismo, no permite comprender de forma adecuada el populismo argentino, o el *nacional populismo* como sería más correcto decir en el caso de Argentina y, más en general, de América Latina. En torno a esta diferencia gira sustancialmente toda la discusión argentina sobre este tema.

Un mérito de Gino Germani, auténtico punto de partida del debate académico y político argentino sobre los orígenes y el significado del peronismo, ha sido el de haber formalizado esta diferencia a nivel académico, al punto de configurar una suerte de contraposición entre fascismo europeo y populismo argentino, entre peronismo y fascismo. Germani introduce la categoría de “nacional-populismo” para definir al peronismo, porque es exactamente a través de ella que es posible analizar una serie de fenómenos autoritarios híbridos que representan, en los países de modernización tardía, una alternativa posible a las formas de democracia representativa propia de los países occidentales, en la que convergieron, en cambio, los países atravesados por intensos procesos de modernización precoz.

Esta distinción es decisiva para Germani, en la medida en que es exactamente en los países de modernización tardía donde, explica, la “intervención en la vida política nacional de los estratos tradicionales en curso de rápida movilización” es representada mediante “fórmulas híbridas o hasta paradójicas, desde la perspectiva de la dicotomía izquierda-derecha”, o,

en rigor, a través de movimientos nacional-populares, los cuales, como ya afirmamos, representan una alternativa posible a la forma democrática. La presencia de Gramsci en Argentina es un signo elocuente de esta diferencia. Los gramscianos argentinos, de Héctor P. Agosti, a Juan Carlos Portantiero y José María Aricó, para responder al peronismo leen a Gramsci “en clave nacional-popular”, ponen en relación las categorías gramscianas con el peronismo para traccionar –y, a veces, *forzar*– todo su pensamiento sobre el terreno de la crítica de esta nueva forma de autoritarismo moderno.

Si la naturaleza del peronismo es esta combinación inédita de nación y pueblo (Germani) – toda inclinada hacia el lado del pueblo, como bien subraya Samuel Amaral –, para combatir este fenómeno es necesario recombinar de otra manera nación y pueblo (Gramsci), porque es precisamente de la desconexión entre estos dos elementos de donde resultan las distintas formas modernas de autoritarismo, que comienzan, en efecto, con el peronismo. Entre Germani y Gramsci existe una diferencia de perspectiva: mientras Germani busca exclusivamente comprender la naturaleza y especificidad del peronismo, los seguidores argentinos de Gramsci se concentran, sobre todo, en cómo a partir de esa comprensión es posible elaborar su alternativa política (*nacional-popular* y, luego, *democrática*). Es necesario decir que, a través de esta estrategia, Gramsci adquiere una centralidad absoluta en el debate político y cultural argentino, aun cuando la hegemonía permanece en manos del peronismo, el cual, como ha subrayado muchas veces Ernesto Laclau, no sólo representa, aún hoy, el rasgo prominen-

te de la experiencia política y cultural argentina, sino también un modelo de democracia que puede proporcionar indicaciones útiles para la superación de la crisis de la democracia europea.

Es de las entrañas de la crisis europea que nace un interés por comprender el populismo argentino. Pero sobre este tema, Europa no puede hacer ninguna distinción, porque bastaría un análisis, aunque más no sea preliminar del populismo argentino, para comprender rápidamente que aquello que entre nosotros llamamos populismo es algo que nada tiene que ver con aquél. Se relaciona, antes bien, con otra cosa, en el sentido de que la crítica feroz a la democracia en Europa y en Italia se asemeja más a la derecha radical que al nacional-populismo argentino *strictu sensu*. En estudios ya clásicos, Germani había desarrollado una distinción importante entre populismo y fascismo; la diferenciación consistía “en la clase de la cual fueron movilizadas las masas y en el tipo de movilización”: proceso de movilización primaria y clases inferiores en el primer caso, movilización secundaria y clase media en el segundo.

Lo que cambia es la forma de percibir y de vivir la *marginalidad*, porque en los dos tipos de movilizaciones la marginalidad asume aspectos demasiado distintos, si no opuestos. Mientras en la movilización primaria los grupos movilizados son grupos que todavía no participan y su marginalidad *precede* a su inserción en la estructura de la sociedad, la movilización secundaria, en cambio, actúa sobre grupos ya integrados (participantes) en muchos aspectos, pero todavía separados o que permanecen

al margen de una serie de factores, y donde la marginalidad es lo que *sigue* a su entrada en la estructura de la sociedad. Si olvidamos esta distinción, corremos el riesgo no sólo de confundir, bajo una misma categoría, sistemas económicos muy diferentes, sino también el de llamar populismo (que supone siempre un juicio positivo sobre el pueblo y tiene como referente principal a las clases populares) a otra cosa: al hoy llamado neopopulismo.

Este último no es populismo pues reivindica, como ha señalado Alfio Mastropaolo, “políticas no de inclusión sino, antes bien, de exclusión y de confusión de las seguridades –aunque modestas– adquiridas en el pasado ante el riesgo de perderlas”. En Italia, Silvio Berlusconi ha defendido, y realizado, una regresión de la “sociedad política” a la “sociedad natural”, de las leyes al primado de los instintos animales. La cuestión del populismo no refiere sólo a Italia, sino a toda Europa donde incluso ha habido poco populismo, a excepción de Syriza y Podemos que, no por casualidad, desarrollaron fuertes vínculos con el pensamiento de Laclau. También, aunque sin duda de manera mucho más problemática, se sitúa allí el Frente Nacional de Marine Le Pen en Francia, que está transitando un pasaje cada vez más concreto desde la derecha radical hacia el nacional populismo. Este argumento, en particular, resulta relevante, sobre todo a los fines de construir una alternativa política a estos fenómenos de *derecha radical*, pues si éstos –como creo– forman parte de la derecha radical más que del nacional populismo es probable que podamos aprender algo esencial del nacional populismo argentino a los fines de elaborar la crítica y construir una alternativa nacional y popular.

2 El problema es *si y cómo* esta sociedad radicalmente heterogénea es capaz de ser sujeto de acción política y, por lo tanto, de transformarse en una unidad política. Porque no puede existir ninguna dimensión horizontal de autonomía sin unidad política, sin incluir en el análisis la cuestión de *lo político*. Sobre estos aspectos tan problemáticos de una autonomía sin unidad política, tesis elaborada y sostenida en especial por Antonio Negri, han escrito cosas muy interesantes Pierre Macherey, Laclau y Chantal Mouffe. El problema ha sido expuesto con mayor claridad por Laclau: “La dimensión horizontal de la autonomía sería incapaz, si es librada a sí misma, de lograr un cambio histórico de largo plazo, a menos que sea complementada por la dimensión vertical de la ‘hegemonía’, es decir, por una radical transformación del Estado [...] Avanzar paralelamente –concluye Laclau– en las direcciones de la autonomía y de la hegemonía es el verdadero desafío para aquellos que luchan por un futuro democrático que dé un real significado al –con frecuencia abogado– ‘socialismo del siglo XXI’” (1). Es de esta teoría que podemos extraer una contribución, alternativa a aquella elaborada y propuesta por la *derecha radical*, para la definición y la superación de la crisis de representación democrática en Europa, pues tales teorías, de Germani a Laclau, han reconocido la unidad populista no sólo como un problema de la democracia (Germani), sino que también la han considerado como un componente esencial de la misma (Laclau). Cuando nos referimos a voluntades no configuradas plenamente, sino en vías de configuración, cuando hablamos de masas heterogéneas, la representación debe introyectar en su seno la lógica del representar (debe considerar, luego, la representación como una función del representar), la cual deviene, así, en instrumento de homogeneización de una *masa heterogénea*. La unidad populista, en esta perspectiva, no sólo no se opone a la democracia, sino que, en cierto sentido, es considerada su premisa

fundamental. El problema es qué tipo de relación se quiere instituir entre democracia y liberalismo.

3 La relación entre Germani y Laclau es esencial, pues no se entiende nada de Laclau fuera del contexto del pensamiento de Germani, y de la relación profunda y ambigua (además de crítica) que Laclau ha instituido con su problemática. La cuestión es que, mientras para Germani el populismo es un *problema de la democracia*, para Laclau, en cambio, el populismo es la democracia misma o, en rigor, una forma *radical* de democracia. Se trata de una reflexión que toma de Gramsci, quien ha realizado con la teoría de la hegemonía una gran contribución a la teoría de la democracia, aun cuando se haya quedado a mitad de camino al conservar dentro de aquella una ontología de la clase o del partido, cuando era necesario, por el contrario, radicalizar la teoría de la hegemonía para arribar, luego, a una teoría de la hegemonía sin ontología y fundar, así, una democracia radical a la altura de poder entrar en relación con todo el pueblo.

Se trata de un significativo cambio de perspectiva, que corre en paralelo con la transformación de las formas de heterogeneidad social, en el sentido de que hoy la *masa en disponibilidad* no son los *nuevos obreros* de Germani sino aquellos que cubren y ocupan el espacio interior de la sociedad. Es aquí que entra en escena la lógica de la representación. Según Laclau, es preciso volver a profundizar la relación entre representar y representación, y considerar la representación como una función del representar. El problema principal es, entonces, también para Laclau, la democracia representativa liberal, porque esta forma de democracia, por la manera en que es concebida, no consigue entrar en relación con todo el pueblo. Ésta es la

cuestión central y es también el aporte más relevante de Laclau a esta discusión: la democracia tiene que entrar en una relación fuerte y constitutiva con el pueblo y, para hacerlo, ha de pasar de una relación hegemónica de tipo ontológico a una hegemonía sin ontología, esto es, dispuesta a hablar y a escuchar, a educar y a ser educada, a transformar y a transformarse.

Es más, junto a esta radicalización de la teoría de la hegemonía, democracia y populismo se entrecruzan al punto de devenir dos conceptos o términos casi intercambiables. Aquí se sitúa la importancia de Laclau. Él, a diferencia de todos los reformadores del marxismo, conecta estos dos aspectos –el de la radicalización de la teoría de la hegemonía y el de la reforma de la filosofía– que, de permanecer desligados, volverían imposible el desarrollo mismo de la teoría de la hegemonía, así como también cualquier relación entre hegemonía y democracia, y entre democracia y populismo. La diferencia entre Germani y Laclau, radica en que Laclau instala con mucha fuerza el problema de la unidad política, pero instala, al mismo tiempo, el problema de la necesidad de dejar siempre abierta esa unidad. ■

I. Ernesto Laclau, “Prefacio a la edición inglesa”, en *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2014.

*Doctor en Filosofía Política, Universidad de Salerno, Italia. Fragmentos del texto “El problema del populismo nel pensiero politico argentino da Germani a Laclau (nei suoi rapporti con la crisi della democrazia europea)”, producto de la reelaboración y sistematización de dos seminarios dictados respectivamente en el Istituto Svizzero di Cultura, Roma, 7 de mayo de 2015, y en la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 4 de septiembre de 2015.

Traducción de Micaela Cuesta y Mario Greco
© UNSAM / *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

CRÍTICA DEL PRESENTE

Leer

por Mario Greco*

Lectura Mundi, un programa de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), es un experimento que promueve y acoge un conjunto de acciones culturales, políticas y de investigación que, desde la comunidad universitaria, ensaya formas de lectura y transformación del mundo. Como insiste el rector de la UNSAM, Carlos Ruta, se trata de un intento de fortalecer el desarrollo de la vida universitaria a la manera de una *vita nuova*, en la que el científico, el intelectual, el artista, el profesional y el ciudadano se abren, por interés propio, a una experiencia constante de implicaciones mutuas: “universidad en la sociedad, sociedad en la universidad”. Para esta comunidad entonces “leer el mundo” es “hacer el mundo”.

En el espíritu de incitar la lectura, atentos a la polifonía y complejidad del presente, nuestro programa albergó, entre otros, a autores como Richard Sennett, Jacques Rancière, Julia Kristeva, Alain Badiou, Gayatri Spivak, Nancy Fraser, Etienne Balibar, Roger Chartier, a escritores como Javier Cercas, Paul Auster, J. M. Coetzee, Jorge Volpi, Alberto Manguel, Manuel Rivas, Paco Ignacio Taibo II, Leonardo Padura, Bruno Arpaia. También celebró y celebra la palabra poética en su ciclo Verso Libre e impulsa proyectos como la

revista *Anfibia*, el Centro de Estudios Psicoanalíticos, el programa de investigación Sociedad, Economía y Política. Teoría social aplicada, el ciclo Leer América Latina y las Brigadas para leer en libertad.

Leer. Homero con Dostoievsky, el pasaje del latín a las lenguas románicas con la relación memoria e historia, la cartografía de la república ciruja junto a la historia de la ópera, la lectura colectiva del *Martín Fierro* con el ciclo “¿Qué hacer con Marx?”, el curso de Josefina Ludmer y la historia de la traducción de Vigotsky, desde el discurso neurocientífico al pragmatismo norteamericano. Leer Dante, Gadamer, Foucault, Aristóteles, Baricco, Benjamin, Newton, Alberdi.

Conjugar una biblioteca viva con una neurosis de destino cuya fatalidad es volver una y otra vez al carácter inconcluso que signa todo proyecto. Suspender cualquier conclusión es nuestro lema apodíctico. En esta incompletud originaria habita la pulsión hacia la obra colectiva. Hace un año comenzamos una empresa intelectual productiva con la editorial de *el Dipló*, Capital intelectual, a partir de nuestro “suplemento Lectura Mundi” en la *Review. Revista de libros*, una forma de cristalizar esa vida que ocurre entre conferencias, cursos, intervenciones, lecturas, investigaciones. De todo ello este número especial da testimonio, ofreciendo, aun en su parcialidad, nuestros intereses, nuestros temas, nuestros autores y, fundamentalmente, nuestra perspectiva... la crítica, que como la quería Baudelaire, ha de ser parcial, subjetiva, apasionada y, simultáneamente, abrir una multiplicidad de horizontes. ■

*Director Lectura Mundi, UNSAM.
© UNSAM / *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur



Maestría en Relaciones Internacionales

Abierta la inscripción 2016

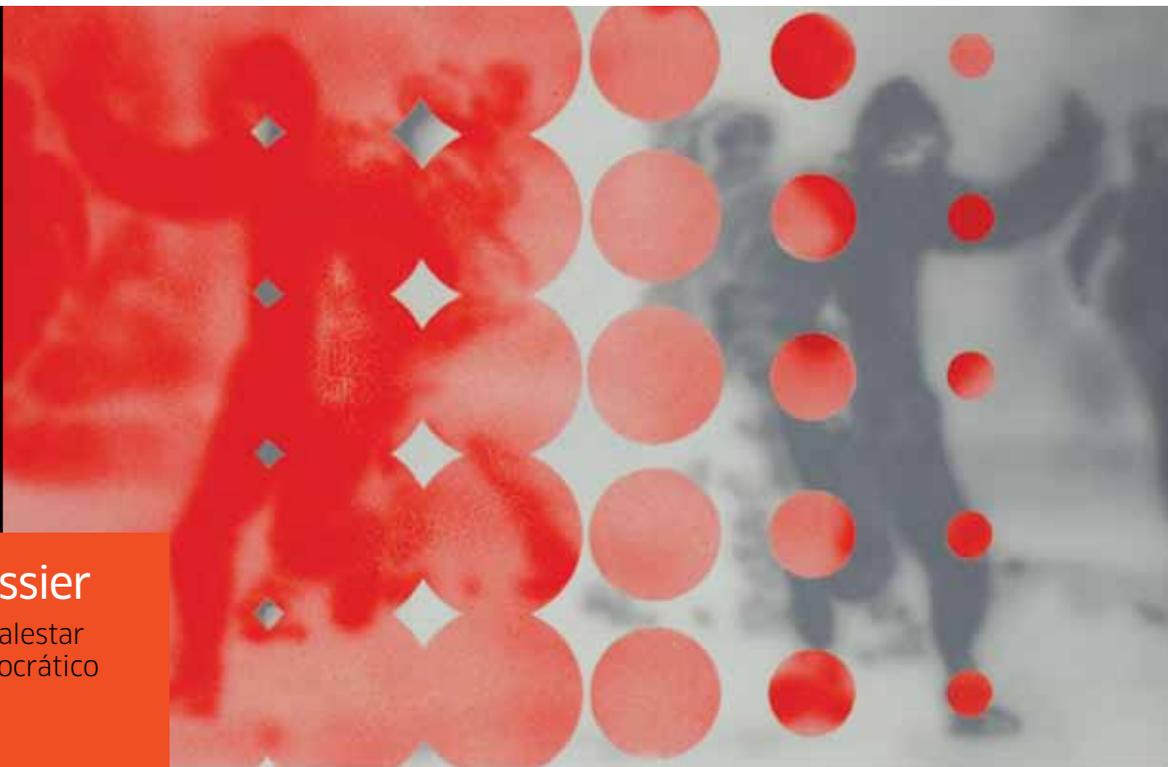
Reunión informativa: 15 de febrero

Diana Tussie
Directora

Área de Relaciones
Internacionales
FLACSO Argentina
mri@flacso.org.ar
Tel +541152389377

Dossier

El malestar democrático

Mariano Molina, *Mimesis 2*, 2006 (Gentileza del autor)

Al producirse su fallecimiento en Sevilla en abril de 2014, el nombre de Ernesto Laclau aparecía íntimamente asociado a sus trabajos sobre el populismo. Sus contribuciones sobre este fenómeno, sin embargo, distan mucho de condensar una obra que trasciende largamente dicho tópico de interés.

El pensamiento político de Ernesto Laclau

Del populismo al jacobinismo

por Gerardo Aboy Carlés*

Los principales aportes de Ernesto Laclau a los estudios sobre el populismo se concentran en dos períodos de su prolífica producción, separados entre sí por casi tres décadas, y, si se presta la adecuada atención, se aprecia que los objetivos e intereses varían sustancialmente entre los trabajos de una y otra época.

La primera aproximación de Laclau a la polémica sobre el populismo, “Hacia una teoría del populismo”, data del año 1977 (1). Este trabajo es hijo directo de la crítica que el autor argentino realizó en su artículo “Fascismo e ideología” al libro de Nicos Poulantzas *Fascismo y dictadura*, hito fundamental en el desplazamiento del interés de Laclau desde la historia económica hacia la teoría política. A diferencia del sociólogo greco-francés, que concebía al fascismo como la expresión ideológica típica de los sectores más conservadores y reaccionarios de las clases dominantes, Laclau interpretaba a este fenómeno como la consecuencia de un aislamiento clasista del movimiento obrero que permitió que sus adversarios pudieran articular a sectores subalternos en un discurso de matriz jacobina de rechazo al viejo bloque de poder.

En “Hacia una teoría del populismo”, el interés de Laclau es encontrar el lazo común que une a una serie de experiencias históricas caracterizadas como populistas: para ello parte de una aguda crítica a las interpretaciones en boga del fenómeno y en especial a la realizada por Gino Germani desde la teoría de la modernización. El autor argentino define en 1977 al populismo como “la presentación de las articulaciones popular-democráticas como conjunto sintético antagónico respecto a la ideología dominante”. En definitiva: no quedan en el Laclau de 1977 rastros

de aquella distinción de Germani entre movilización primaria y movilización secundaria que había permitido al sociólogo italiano contraponer las experiencias nacional populares con el fascismo. Es por esta razón que para el autor argentino fenómenos tan dispares como el nazismo o el maoísmo pasaron a constituir ejemplos de populismo.

La política *tout court*

En los años siguientes, el foco de interés de Laclau se concentraría en los procesos de radicalización democrática. De la colaboración con su esposa, Chantal Mouffe, surgiría el libro *Hegemonía y estrategia socialista* (1985), verdadero manifiesto del pensamiento político posfundacional posmarxista que catapultaría a la fama a sus autores. Allí, Laclau y Mouffe deconstruyen y formalizan el concepto gramsciano de hegemonía profundizando el constructivismo radical del teórico marxista sardo al tensionarlo entre dos perspectivas excluyentes: el formalismo taxonomizador del estructuralismo althusseriano, que concibe el carácter diacrítico de toda identidad, y el agonismo existencial de matriz schmittiana, una herencia nunca reconocida por el propio Laclau, que los llevaría en una primera etapa a afirmar el papel constitutivo del antagonismo en la vertebración de toda identidad. Laclau y Mouffe tomaban allí expresa distancia con dos postulados de Gramsci: la referencia a una clase (fundamental) en la producción de una hegemonía y el imaginario jacobino que postulaba un escenario único de constitución de lo político (por ejemplo, el espacio nacional).

Si *Hegemonía y estrategia populista* fue el momento de un radicalismo pluralista en la obra de Laclau, consistente en una apuesta a la politización de diversos

espacios a través de un conjunto de luchas democráticas cuya convergencia equivalencial no mellaba una concepción horizontal de las identidades emergentes, las polémicas con el autonomismo y el multiculturalismo irían dando forma a un importante y duradero cambio en la concepción de la política del teórico argentino. Progresivamente, la convergencia de demandas en su oposición al poder fue tomando la forma de un desnivel consistente en que uno de los componentes de esa cadena de equivalencias se convertía en un significativo vacío capaz de vaciarse de su particularidad y representar a ese espacio opositor más amplio. El camino hacia una reformulación más vertical de la política y la hegemonía estaba iniciado. El retorno de Laclau a la temática del populismo estará profundamente vinculado a esta transformación.

La segunda época de las intervenciones de Laclau sobre el populismo se abre en el año 2005 (2). La indagación aquí ya no sería sobre los rasgos comunes a una serie de experiencias consideradas como populistas sino una teorización acerca de una forma de la política que para Laclau constituye la política *tout court*. *La razón populista* constituye un verdadero tratado de política jacobina que, si de una parte identifica los términos de hegemonía, política y populismo con la construcción de un pueblo como identidad inacabada de una amplia oposición al bloque de poder (Laclau nos recuerda que el pueblo nunca es el opuesto puro del poder), de otra supone un claro retorno a un imaginario (el jacobino) que había sido declarado perimido por el autor veinte años antes.

En *La razón populista* Laclau conserva algunos de los supuestos de su intervención de los años 70 sobre el populismo como la partición binaria de la sociedad entre pueblo y bloque de poder, la indeterminación ideológica de esta construcción que puede ubicarse tanto en la izquierda como en la derecha del espectro político, el papel de los hasta entonces excluidos en la misma, su no asociación con una fase determinada del desarrollo, etc. El teórico argentino introduce no obstante algunos cambios de importancia: la idea de que la identidad popular emergente se identificará con la totalidad de la comunidad, y el papel del liderazgo personalista que, aunque no recogido en su definición de populismo, tiene un desarrollo central a lo largo del libro. El significativo vacío es progresivamente asociado a través de una serie de traslaciones no siempre legítimas con el nombre, el nombre con el nombre propio y éste, finalmente, con el nombre del líder (recipiente de un investimento afectivo que permite amalgamar la identidad popular); llevando a Laclau a sostener el postulado axiomático de la identidad –no del isomorfismo– entre la hegemonía y el *objet petit a* lacaniano.

Los desarrollos de Laclau sobre el populismo nunca tuvieron una inspiración circunscripta a las experiencias nacional-populares latinoamericanas ni argentinas en particular. Ni cuando intentaron dar cuenta de “populismos realmente existentes” ni cuando intentaron articular una teoría de la política en cuanto tal. De haberse detenido en las experiencias latinoamericanas, el autor argentino habría advertido que la tensión entre la irrupción del elemento popular y la producción de un orden estable se procesa en estos casos a través de mecanismos bastante más complejos. Falta en Laclau, y esto es comprensible porque su proyecto es el de una ontología política general, una clara delimitación entre la política, el populismo y lo popular. Su contraposición entre populismo e institucionalismo, tan clara en su libro de 2005 y que el autor intentaría moderar hasta sus últimos días a través de diversas intervenciones, invierte sin más los postulados del institucionalismo más estrecho que considera al populismo como la negación de las instituciones. Laclau se limita en este aspecto a repartir bendiciones donde antes existían excomuniones, obturando un campo tan imprescindible de estudio como el de las instituciones populistas. ■

1. Véase el ensayo “Hacia una teoría del populismo”, cuya versión en lengua española apareció en el libro de Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1978.

2. Precisamente en ese año aparece el trabajo “Populismo ¿qué nos dice el nombre?”, publicado en Francisco Panizza, *El populismo como espejo de la democracia*, Fondo de Cultura Económica (Buenos Aires, 2009), y el libro de Laclau, *La razón populista*, publicado por la misma editorial.

*Sociólogo, profesor titular IDAES/UNSAM e investigador independiente del CONICET.

© UNSAM / *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

Mariano Molina, *Manipulados*, 2009 (Gentileza del autor)

La actual crisis multidimensional que aqueja al mundo constituye la oportunidad para profundizar, transformar y ampliar la igualdad, avanzando en el camino hacia una plena paridad de participación en la vida social.

¿Resistencia o transformación?

La igualdad bajo amenaza

por Nancy Fraser*

El desarrollo, en las últimas décadas, de una nueva forma de capitalismo globalizado, financiarizado y neoliberal ha conducido al planeta a una encrucijada. El espectro amenazante del colapso financiero y el cambio climático irreversible son sólo las expresiones más dramáticas de esta crisis. Menos visible en los medios de comunicación masivos, pero igualmente agudo, es el sufrimiento de miles de millones de personas alrededor del mundo que se ven obligadas a pagar el costo de los pecados de los especuladores financieros y están sometidas a regímenes de austeridad que causan estragos en la subsistencia de sus familias y comunidades.

De hecho, la situación actual es multidimensional, al punto de que merece ser considerada como una “crisis general” en la que convergen múltiples y diversas líneas de crisis. Crisis ecológica, crisis financiera, crisis real-económica, crisis social de reproducción, crisis política: todas se encuentran inextricablemente imbricadas; todas “sobredeterminan” a las demás y son sobredeterminadas por ellas. Tomadas en su conjunto, todas auguran graves sufrimientos y dificultades.

El destino de la igualdad pende de un hilo. El actual régimen neoliberal hegemónico busca hacer retroceder el reloj en esa materia. Pasando por alto las versiones más sustanciales y ambiciosas desarrolladas en épocas previas, este régimen las sustituiría por un modelo económico que reduce la igualdad a una visión idealizada del intercambio mercantil, donde contratistas en iguales condiciones intercambian libremente mercancías equivalentes; una visión idealizada que se parece poco a la coacción y la desigualdad que caracterizan las transacciones mercantiles en el mundo real. Pero la visión neoliberal celebra la elección individual, el intercambio igualitario y el logro meritocrático, mientras hace la vista gorda ante las desigualdades estructurales que fueron trabajosamente descubiertas y cuestionadas en décadas anteriores por grupos subalternos.

Paridad de participación

Los que pugnamos por visiones de igualdad más sólidas y ambiciosas, ¿lograremos resistir el asalto neoli-

beral? ¿Debemos adoptar una postura fundamentalmente defensiva, tendiente a consolidar las conquistas pasadas? ¿O acaso la crisis actual podría revelarse como un momento de transformación histórica en la que la igualdad misma resulte transformada, profundizada y ampliada, se vuelva más sustancial e inclusiva y avance más lejos en el camino hacia una plena paridad de participación en la vida social? Nadie puede aspirar a responder estas preguntas ahora. Pero quizás podamos comenzar a clarificar los desafíos con los que nos enfrentamos reflexionando sobre sus diversos aspectos.

La paridad de participación es una interpretación específica del ideal de igualdad. En tanto alternativa a las visiones liberales conocidas, sostiene que las nociones formales de igualdad fallan en lo que concierne al respeto de la autonomía y el valor moral de los seres humanos. Para solucionar esos defectos, la sociedad debe organizarse de manera tal que a todos se les confiera el estatus de socios plenos en la vida social, capaces de interactuar entre sí como pares. La visión de la igualdad como paridad de participación requiere entonces que todos tengan acceso a los prerequisites institucionales de membresía plena, esto es, acceso a los recursos económicos, a la posición social y a la voz política necesarios para participar plenamente en la vida social a la par de los otros. La igualdad plena exige, en definitiva, redistribución, reconocimiento y representación, en formas que ofrezcan a todos la posibilidad de participar en términos de paridad. Así, todo lo que no sea paridad participativa constituye una violación a la igualdad. Y la negación del acceso a los prerequisites sociales e institucionales de la paridad constituye una burla del declamado compromiso con la igualdad.

Entendida de este modo, la paridad participativa constituye una interpretación radical-democrática de la igualdad. Mucho más exigente que las interpretaciones liberales, el criterio de paridad es sustancial. En primer lugar, exige la remoción de los obstáculos económicos a la participación social plena. Para alcanzar la paridad es necesaria una profunda reestructuración de la economía política que apunte a eliminar la estratificación social. Adicionalmente, el principio

de la paridad exige el desmantelamiento de los obstáculos culturales institucionalizados a la participación igualitaria. En las condiciones actuales, lo que se necesita es una gran transformación de las relaciones institucionalizadas de reconocimiento que apunte a eliminar los estatus jerárquicos. Finalmente, el principio de la paridad exige la remoción de los obstáculos políticos a la participación igualitaria; en el mundo actual de dominación global, esto requiere una profunda reorganización del espacio político (nacional, regional, global), que apunte a eliminar las arraigadas asimetrías en lo que concierne a la voz política.

Lógica de expansión progresiva

Queda pendiente, sin embargo, la pregunta sobre qué es lo que justifica la visión radical-democrática de la igualdad como paridad participativa. Desde mi punto de vista, esta idea halla sustento en dos argumentos complementarios. El primero es conceptual: la idea básica es que la igualdad, cabalmente entendida, comporta la libertad real de participar al mismo nivel que los otros en la vida social. Cualquier cosa por debajo de eso implica una falla en la comprensión del sentido pleno de igualdad. El segundo argumento para la paridad participativa es histórico: la idea aquí es que, cuando se reconstruye la desordenada historia de la igualdad, con todos sus altibajos, es posible discernir una lógica subyacente que apunta a la paridad de participación como *telos* o punto final de esa historia.

En el período temprano de la modernidad europea el alcance de la igualdad se restringía a la religión y a la ley. Más tarde, sin embargo, gracias a las luchas de grupos subalternos, su alcance se extendió a otras zonas de interacción social. Por ejemplo, las luchas por la forma republicana de gobierno y por el voto universal expandieron el alcance de la igualdad al ámbito de lo político. Del mismo modo, las luchas por la formación de sindicatos y partidos socialistas difundieron la idea de que la igualdad debería aplicarse también a la esfera económica. Más tarde, los movimientos feministas y de LGBT sostuvieron que la igualdad es aplicable, asimismo, a la familia y a la vida personal. Finalmente, los movimientos de pueblos indígenas y minorías lingüísticas y religiosas extendieron el alcance de la igualdad a la sociedad civil en su lucha por los derechos de los indígenas, el reconocimiento multicultural y la representación plurinacional. En su conjunto, estas luchas expresan una tendencia histórica general: una lógica de expansión progresiva de los tipos de relaciones sociales a los que resulta aplicable la igualdad. Esta lógica ha progresado al punto de que la igualdad es hoy la posición estándar y se la considera aplicable a todo.

Tales ejemplos sugieren que la norma de la igualdad ha encontrado su sustento en el curso de la historia. Al no estar ya restringida a los derechos formales, y encontrar las condiciones sociales para su ejercicio, la igualdad ha llegado en efecto a significar paridad participativa. Paridad participativa, entonces, es la “verdad” histórica emergente del ideal liberal de la autonomía y el valor igualitarios de los seres humanos. ■

*Profesora de Ciencias Políticas y Sociales en The New School, Nueva York. Fragmentos de la conferencia “The Fate of Equality in a Financializing World” (“El destino de la igualdad en un mundo financiarizado”) ofrecida por la autora en ocasión de recibir el título Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 29 de septiembre de 2014. Traducción: Guadalupe Marando.

Dossier

El malestar democrático

Mariano Molina, *Mimesis*, 2006 (Gentileza del autor)

La teoría poscolonial sugiere que la secuencia en que ocurren los procesos de la modernidad en Occidente no tiene por qué repetirse en otras partes. Por lo contrario, su desviación deviene en una crítica de las democracias capitalistas.

Hacia una normativa poscolonial

La ciudadanía diferenciada

por Partha Chatterjee*

Hasta el siglo XIX, los imperios europeos habían conquistado y gobernado vastos territorios en América sin nunca plantearse seriamente el problema de incorporar dentro de sus órdenes políticos las formas de ley, propiedad y gobierno de los pueblos indígenas. No se consideraba que esos pueblos tuvieran una sociedad política consistente que necesitara su inclusión en la nueva forma imperial; eran, por el contrario, frecuentemente usados como ejemplo de la condición natural prepolítica de la raza humana que tenía que ser superada en pos de la emergencia de las sociedades políticas y comerciales de la gente civilizada.

Pero las conquistas europeas en Asia, iniciadas en la segunda mitad del siglo XVIII, planteaban problemas muy diferentes. Las instituciones políticas de los reinos orientales vencidos no podían ser dejadas de lado completamente: tenían que tener un lugar dentro del orden imperial. Así comenzó un nuevo movimiento de teoría política normativa occidental.

Un momento clave en la historia de la emergencia del Imperio Británico fue el debate parlamentario, entre 1781 y 1792, sobre la conducta de Warren Hastings como gobernador general de India. Acusado de corrupción y altos crímenes, Hastings argumentó en su defensa que India no podía ser gobernada por principios británicos: si su conducta se había desviado de éstos se debió a que las condiciones indias así lo demandaban.

Al respecto, Jeremy Bentham declaró en 1789 que los métodos y estándares de la legislación debían ser igualmente aplicables a todas las naciones. Bentham propuso como método tomar a Inglaterra como modelo y, refiriendo todo a este estándar, preguntarse: ¿cuáles son las desviaciones que tendrían que ser necesarias para que este estándar se aplique a cualquier país sin perjuicio de las leyes inglesas? Bentham pensaba que estas variaciones eran corregibles hasta llegar a una comparación más o menos precisa y detallada, cualitativa y cuantitativamente. Sugería que el legislador debía tener dos conjuntos de tablas referidas al país en el que estaba legislando: de un lado, el código civil, el código constitucional; del otro, los prejuicios morales y religiosos de la gente, los mapas, los datos sobre la producción y la población. Los gobiernos en todos lados trabajarían así con el mismo marco conceptual. Todas las desviaciones entre los Estados serían comparables de acuerdo a la misma medida. Los Estados podrían ser divididos en rangos y en grados. Esta elaboración estadística de la idea de normalidad en el siglo XIX estableció dos sentidos de la norma: por un lado, lo normal como lo correcto y lo bueno, lo normativo en el sentido de la filosofía política; y por el otro, lo normal como lo promedio empíricamente existente capaz de mejorar.

En el siglo XIX estos dos sentidos de norma codificaban la estrategia política básica para relacionar lo normativo con lo empírico. La estructu-

ra “norma-desviación” establecía la locación empírica de cualquier formación social particular, en cualquier tiempo dado, en relación con el promedio empíricamente prevaleciente o normal. El marco normativo correspondiente podía entonces proveer, por medio de una justificación estructurada de acuerdo al equilibrio entre norma y excepción, los medios para la aplicación de una política capaz de llevar lo dado empíricamente más cerca de la norma deseada.

Crítica de la realidad paradójica

La teoría poscolonial discute tales concepciones a partir de un entendimiento secuencial del desarrollo. Sugiere que la secuencia particular en que los diferentes procesos de la modernidad ocurren en la historia occidental no tiene por qué ser repetida en todos los otros lugares. En tal caso, las formas resultantes de lo moderno en esos otros lugares podrían verse bastante diferentes. Así, para tomar un ejemplo, si la secuencia particular que va de la sociedad comercial a la asociación civil, luego a la burocracia racional, a la industrialización, al sufragio universal y al Estado de Bienestar –secuencia que puede ser tomada como una representación esquemática de la trayectoria del Estado democrático moderno en Occidente– se reemplaza por una secuencia en la que la burocracia racional y el sufragio universal preceden a los otros momentos, es probable que la forma del Estado que resulte no pueda ser una réplica del Estado en Occidente. La teoría política poscolonial nació de esa consideración de secuencias alternativas de la modernidad, antes que de la idea de una modernidad múltiple o una pos-modernidad. Esto dio origen a problemas teóricos enteramente nuevos respecto de la relación entre los dos sentidos de la norma.

Consideremos el ejemplo de los asentamientos ilegales de pobres en numerosas ciudades del mundo poscolonial (se podría considerar también el ejemplo de las economías informales). Estas poblaciones ocupan tierras que no les pertenecen y a menudo usan servicios públicos sin pagar por ellos. Pero las autoridades gubernamentales no intentan necesariamente castigarlos o poner un freno a tales ilegalidades, en virtud del reconocimiento político de que estas poblaciones cumplen ciertas funciones necesarias en la economía urbana y que sacarlos por la fuerza implicaría costos políticos enormes. Por otro lado, tampoco pueden ser tratados como miembros legítimos de la sociedad civil que se atienen a la ley. Como resultado, las autoridades municipales o la policía tratan con esta gente, no como ciudadanos portadores de derechos, sino como poblaciones urbanas que tienen características específicas, necesidades específicas y que tienen que ser gobernados de modo apropiado. Si a pesar de su ocupación ilegal de la tierra se les da acceso a servicios municipales, no es porque tengan derecho a eso sino porque las autoridades hacen un cálculo político de costo-beneficio y acuerdan darles esos beneficios. Sin embargo, esto sólo puede ser hecho de un modo que no ponga en peligro el orden legal de la propiedad y los derechos de los ciudadanos propiamente dichos. El método usual es construir un caso tal que la ilegalidad particular se asocie con un grupo de población específico y que pueda ser tratada como una excepción que no perturba la regla fundamental de la ley. Las decisiones gubernamentales dirigidas a regular las vastas poblaciones urbanas empobrecidas normalmente operan agregando gran cantidad de excepciones a la aplicación normal de la ley.

Si bien los principios normativos de la teoría política occidental continúan teniendo una enorme influencia en todo el mundo como modelos que son válidos de emular, las prácticas reales de la vida política moderna, sin llegar al abandono de esas normas, sí han operado mediante la acumulación de excepciones en el curso de la administración de la ley, excepciones mediadas por los procesos de la sociedad política. La relación entre las normas y las prácticas ha resultado en una serie de improvisaciones. La teorización de estas improvisaciones se ha transformado en la tarea de la teoría política poscolonial. De hecho, podría decirse incluso que las actividades de la sociedad política en los países poscoloniales representan una crítica continua de la realidad paradójica de todas las democracias capitalistas de la ciudadanía iguali-

taria y el gobierno de las mayorías, por un lado, y el dominio de la propiedad y el privilegio, por el otro.

Un doble desafío

Ahora bien, pensando en la muy extendida crítica de la idea normativa moderna de la aplicación no arbitraria e igualitaria de la ley dentro de un marco secuencial más simétrico, uno podría ser dirigido hacia direcciones inesperadas. Se podría concluir, como muchos oficiales coloniales conservadores de la India británica, que los procedimientos impersonales de la ley racional y de la burocracia eran inapropiados para las sociedades atrasadas, acostumbradas a lo consuetudinario más que a las obligaciones contractuales, y que el ejercicio de la autoridad personal pero imparcial era más adecuado. Esto sería la declaración familiar de una excepción colonial. Pero si tomamos la lógica secuencial más seriamente, podríamos querer sugerir no la irrelevancia de la norma, de lo impersonal y la aplicación no arbitraria de la ley, sino su reevaluación crítica a la luz de prácticas emergentes en muchos países poscoloniales, que buscan complementarla apelando a circunstancias más propias de sus contextos.

El desafío teórico que por lo tanto se propone es doble. El primero, consiste en romper la homogeneidad abstracta del mítico tiempo-espacio de la teoría normativa occidental mediante el énfasis en la verdadera historia de su formación a través del conflicto violento y la imposición del poder hegemónico. El segundo, es el desafío aun mayor de redefinir los estándares normativos de las políticas modernas a la luz de la acumulación considerable de nuevas prácticas que pueden hoy en día ser descriptas sólo con el lenguaje de la excepción, pero que de hecho contienen en el núcleo un conjunto de normas más ricas, más diversas y más inclusivas. ¿Podría la acumulación de excepciones justificar una redefinición de la norma?

La pregunta merece nuestra total atención al ver que la ciudadanía diferenciada ha devenido en un fenómeno normal –en el sentido empírico– incluso en los países occidentales, aun si se la describe como excepcional en relación con la norma legal. ¿Ha habido una redefinición de la ciudadanía en la práctica real que esté esperando a un teórico político que la escriba en lenguaje normativo? Los regímenes poscoloniales han adoptado los mismos paradigmas “norma-desviación” y “norma-excepción” al gobernar a sus propios pueblos. No sólo eso, la política de los gobernados opera dentro de los mismos paradigmas e invita a las autoridades gubernamentales a declarar excepciones y suspender la norma a su favor. La pregunta que impregna la política poscolonial hoy es: ¿quién debería declarar la excepción? Esa es la cuestión que se debate todos los días y no siempre por medios pacíficos. La pregunta que parece haberse perdido de vista es una que solía hacerse en el siglo XX: ¿es posible pensar la política moderna fuera de los paradigmas “norma-desviación” y “norma-excepción”? ■

*Politólogo e historiador, Universidad de Columbia, Nueva York. Fragmentos de la conferencia “Esbozo de una teoría de la democracia poscolonial” dictada en la UNSAM, Buenos Aires, 4 de noviembre de 2014. Traducción: Gabriela Leighton

© UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

DIVERGENCIAS Y CONVERGENCIAS

Las rutas alternativas de la modernidad

Con el agotamiento del Estado de Bienestar y el ocaso de los desarrollismos, los clivajes que separan los diferentes estratos ciudadanos se están transformando en tabiques infranqueables.

por Marcelo José Cavarozzi*

Como suele ocurrir en sus textos, Partha Chatterjee desarrolla ideas provocativas que expanden los temas que discute. En este caso, comienza con una afirmación a todas luces errónea cuando señala que los imperios europeos “no se plantearon seriamente el problema de incorporar dentro de sus órdenes políticos las formas de ley, propiedad y gobierno de los pueblos indígenas en América”. Claro está que el espacio central, casi único, en este sentido fue el de los territorios conquistados por los españoles, pues los otros colonizadores europeos toparon con comunidades indígenas cuyas formas de organización productiva y política eran relativamente simples y las políticas de hecho que se siguieron fueron el exterminio o la expulsión. La evidencia sobre la experiencia de los españoles en los Andes y en Mesoamérica es que desde la misma llegada de los primeros gobernantes, Hernán Cortés y el virrey Mendoza en México y el virrey Toledo en Perú, hubo una preocupación central en integrar, vía subordinación, los modos de organización y vida, tanto de los mexicas y los quechuas como de las otras etnias sojuzgadas por ellos, dentro del nuevo orden social. Las evidencias de los análisis sobre el tema –desde Nathan Wachtel y Christian Duverger, hasta Silvio Zavala y León Portilla, para citar sólo algunos– son abrumadoras. Se trató de una simbiosis de instituciones originarias e importadas que algún autor bautizó como el “primer mestizaje”. A este proceso, como es sabido, también contribuyeron de modo decisivo, sobre todo antes de las reformas borbónicas, las prácticas de los jesuitas y de otras órdenes católicas.

Despejado el error, Chatterjee se interna en dos cuestiones sobre las cuales hace sugerencias de gran riqueza: la relación entre norma(lidad) y excepción dentro de las sociedades coloniales y, posteriormente, periféricas y semiperiféricas; y la presunción de que la “práctica continua” dentro de estas sociedades tiene la potencialidad de resaltar la relación dilemática que existe en las democracias del capitalismo central entre los principios de “la ciudadanía igualitaria y el gobierno de las mayorías, por un lado, y el

dominio de la propiedad y el privilegio, por el otro”. Esas sugerencias están abonando, a mi juicio, una de las posturas defendidas por el autor: la de la modernidad múltiple, o de las “rutas alternativas a la modernidad”, al decir de otro gran sociólogo político, el sueco Göran Therborn.

Inspirándose en Chatterjee, se podría agregar, incluso, que las rutas del capitalismo central y del semiperiférico son en parte divergentes y en parte convergentes. Esto es así porque las modalidades predominantes de la organización del trabajo –y de la vida social en general– en los países centrales se están orientando en la dirección de la “normalidad de la anormalidad”, si se me permite el oxímoron. La manera en que se administra la ley a los negros y los centroamericanos en Estados Unidos, o a los sirios y a los africanos en Europa, configura formas de “Estado de excepción permanente” similares a las que se presentan en América Latina –desde el norte de México (estudiantes normalistas, trabajadoras y periodistas) hasta Chile (mapuches) y Argentina (qoms)–.

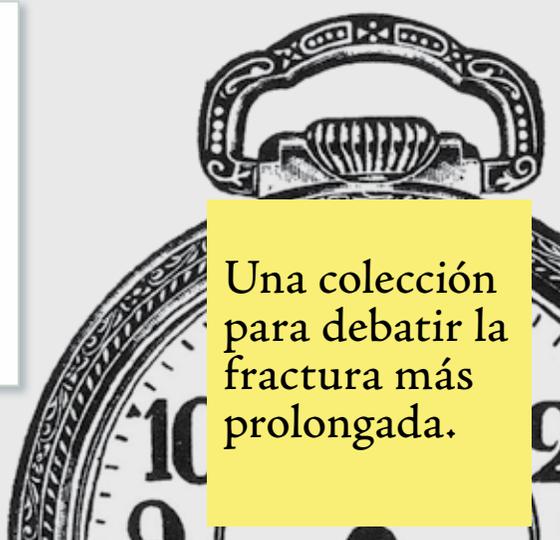
La “ciudadanía diferenciada”, por cierto, es un rasgo que ha atravesado la historia de todos los capitalismos históricos, pero resulta evidente que con el agotamiento de los variados universos del “Estado de Bienestar” en casi todo el espacio del capitalismo central, así como con el ocaso de los desarrollismos asociados a los “Estados de Compromiso” en América Latina, se ha ingresado a partir del último cuarto del siglo XX en una etapa en la que los clivajes que separan los diferentes estratos ciudadanos se están transformando en tabiques cada vez más infranqueables. Porque si bien la “política del cálculo” a la que se refiere Chatterjee ha servido para proteger, en última instancia, al orden legal de la propiedad, también es cierto que ha sido la acción política la que ha permitido ocasionalmente tender hacia la universalización más efectiva de los derechos ciudadanos, tanto en el centro como en la periferia. ■

*Docente e investigador de la Escuela de Política y Gobierno, UNSAM. © UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



nuestras malvinas

NUESTRAS MALVINAS



Una colección para debatir la fractura más prolongada.



















Ante el auge del capital financiero y de una cultura de la violación y el soborno, la autora, integrante del Consejo sobre Valores del Foro Económico Mundial, propone la implementación de un nuevo Pacto Social que establezca valores éticos básicos y universales.

Convertir el capital en justicia social

Una ética incondicional

por Gayatri Spivak*

Nuestra concepción general sobre el marxismo alude a un cambio en la forma de gobierno que depende de un cambio de régimen, de la voluntad y la sabiduría de un líder apoyado por un gobierno responsable. Hemos visto en los últimos cien años que el éxito del sistema depende en gran medida del poder del pueblo junto con la capacidad de la jefatura de Estado para proteger la economía nacional de las incursiones de la economía global en pos de la redistribución. En la actualidad, el modelo de un líder carismático y una población resistente o motivada se ve amenazado por el absolutismo selectivo, antihumanista e impersonal del capitalismo global. Los pueblos del sector socialista o socialdemócrata europeo que se suponen bien educados están modificando los recursos del Estado de Bienestar como una manera de reaccionar contra las elegantemente llamadas “minorías visibles” engendradas por las desigualdades atroces y la violencia/corrupción asociada al avance abstracto del capital impulsado por la codicia desregulada.

Aun si no conocía nuestra modernidad actual, Marx conocía la naturaleza del capital. Decía que el capital, si pudiera, querría moverse a la velocidad del pensamiento. Gracias al chip de silicio, el capital puede moverse a una velocidad mayor que la del pensamiento, dado que los especialistas en neuroética, hasta ahora, sólo pueden describir el comportamiento del cerebro en términos de lo que está bien y lo que está mal. No han logrado actualizar la computadora mental, aunque los tecnólogos afirman que los últimos modelos de robots pueden programarse para sentir empatía. Lo que se les escapa del programa es lo contingente como tal. La búsqueda de lo contingente es la vanguardia de la voluntad tecnológica de adquirir poder mediante el conocimiento. Sin embargo, la capacidad de sorprendernos por lo contingente es cada vez menor debido a la falta de incentivo general para el entrenamiento de la imaginación.

Antonio Gramsci, en su comentario sobre el “Prólogo” de *Contribución a la crítica de la economía política*, escribe: “La proposición de Marx debe ser considerada como una afirmación de valor gnoseológico”. “Gnoseológico”, en el sentido de *gnosis*, conocer, entendido tal como aparece en distintas palabras hoy en uso –*diagnóstico, pronóstico*– relacionadas con curar o con la imposibilidad de curar: el *doble vínculo* de la curación. Aparece no sólo en relación a anomalías individuales, sino también sociales. Para quienes no conozcan el concepto de “doble vínculo”, digamos que se trata de vivir con instrucciones contradictorias igualmente insistentes. Gramsci reconoce que Marx quiere introducir al trabajador en el doble vínculo de la conta-



Bombay, 27-7-12 (Subhash Sharma/ZUMA Press/Corbis/Latinstock)

minación del trabajo manual por el trabajo intelectual, no sólo en el conocimiento de la tecnología del capital, sino también en su gnoseología; de modo que cualquier trabajador pueda convertirse en un “dirigente”. Esa es la tarea del nuevo intelectual tanto en la sociedad partidaria como en la civil: capacitar para el liderazgo.

Una cultura del soborno

En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx sugería que el verdadero resultado a largo plazo de la Revolución Francesa fue, paradójicamente, fortalecer el poder del Ejecutivo. Algunos sentimos que el resultado a largo plazo de la Gran Revolución en China y Rusia fue crear el *Ahora*. Siguiendo la misma modalidad narrativa, se puede decir que, así como la Revolución Industrial hizo necesario al colonialismo capitalista, la revolución tecnológica volvió necesario el gobierno global. Y así como el colonialismo de los capitalistas monopólicos no representa al de los capitalistas mercantiles, tampoco el desorganizado gobierno global se parece a un Estado mundial magnificado, al estilo del gobierno de un Estadonación. El estatuto del mundo está escrito

por el capital financiero. El comercio internacional está regido por las finanzas. El antropoceno florece a través de la codicia. El clima ha cambiado drásticamente. Quienes son víctimas de la desigualdad sufren los desastres naturales más drásticamente que los demás. El *apartheid* de clases en el sistema educativo y la suspensión del entrenamiento de la imaginación producen una cultura de la violación y del soborno. La democracia se exporta a punta de lanza y con chantaje comercial. A pesar de las abstracciones de las finanzas, el mercado alcista sigue siendo impulsado por la confianza o el estado afectivo de los inversores. Y la crisis *subprime* (crisis financiera mundial que se inicia en septiembre de 2008, en Estados Unidos, en virtud de los problemas de pago de créditos hipotecarios entregados a personas de alto riesgo) es impulsada por los valores de la familia.

En este contexto, en el Foro Económico Mundial, se creó el nuevo Consejo de la Agenda Global: el Consejo sobre Valores. Soy miembro del núcleo del grupo, única representante activa de las humanidades. El nombre del Consejo suena conservador si tenemos en cuenta la definición de la for-

ma-valor de Marx como una conmensurabilidad general que sirve al intercambio de mercancías. Sin embargo, en tanto uno debe conocer el lenguaje para permitirle a un grupo reorganizar sus deseos, creo que este nombre es valioso para introducir una ética incondicional en el funcionamiento de los negocios internacionales, la gnoseología de la hegemonía actual instrumentalizada como lo epistemológico, celebrando la llegada de la ética como contingencia.

El Consejo sobre Valores ha redactado un Pacto Social que me recuerda a la Carta del Pueblo británica de 1837 que Marx analizó seriamente. En ella se exigía: sufragio universal masculino a partir de los 21 años de edad; voto secreto; supresión de los requisitos de propiedad para ser miembro del Parlamento; sueldo para los miembros del Parlamento (para que puedan participar los pobres); distritos electorales de iguales dimensiones, y elecciones anuales para el Parlamento. El Pacto Social de 2013 reclama: acuerdo de valores éticos básicos y universales; acuerdo de la necesidad de que estos valores se reflejen tanto en la legislación adoptada y las regulaciones promulgadas por países particulares como en los acuerdos económicos internacionales que definen las obligaciones de los países entre sí; sistemas educativos abiertos a todos que promuevan la igualdad de oportunidades; creación de “buenos” puestos de trabajo; remuneraciones justas para el trabajo arduo y la contribución a la sociedad; seguridad adecuada para los ahorros y los bienes; compromiso de reducir la desigualdad y mantener los ingresos y las remuneraciones dentro de franjas “justas” en la parte superior y la parte inferior de la escala; cuidado del medio ambiente y compromiso de preservar el capital natural en beneficio de las generaciones futuras; sectores financieros estables, útiles para la sociedad y responsables; fortalecer la realidad de las oportunidades y la movilidad social; promoción del bienestar humano, la felicidad, el crecimiento y la igualdad de libertad de vivir una vida valorada, como metas sociales; adoptar nuevos sistemas de medición del progreso tanto en el nivel nacional como en el de las empresas; pasar de un modelo de accionistas de empresas y un modelo de clientes de otras instituciones de fundamental importancia (como las escuelas y universidades) a un modelo de partes interesadas.

“El debate no es suficiente”, dice el texto. Y continúa: “Debemos tomar decisiones distintas. Y esto depende del liderazgo transformacional basado en valores, en cada área de los emprendimientos humanos. Tenemos que cultivar, alentar y honrar los modelos en el Foro Económico Mundial y más allá de éste. Debemos convocar a las personas que puedan responder a los desafíos globales de manera efectiva, productiva y reparadora: personas que construirán y dejarán tras de sí un mundo más justo, generoso y sostenible”.

Un agente educador

El deseo del Consejo debe ubicarse, entonces, en su intento de ocupar el lugar de un agente educador –desde una teología de la liberación–: más trabajo para el futuro, ubicar a la teología dentro de la intuición de lo trascendental. Hay un gran interés aquí en la desigualdad y en los “esclavos” implicados en las mercancías que disfrutamos. Aquí radica la percepción de Marx del fetichismo de la mercancía. Sin embargo, la cuestión ahora es ver al subalterno como sujeto, no simplemente al proletario como sujeto universal.

Es una invitación a dejar de aceptar la falta de poder como normal, a abandonar la oposición nosotros-ellos, a reconocer la complicidad y actuar en la coyuntura.

El sol sale a distintas horas alrededor del planeta. Prestarles atención a Inglaterra y Francia no va a “ubicar a la modernidad india en el contexto global”. Cuando cierra la Bolsa en Londres, debe esperar a Tokio y Bombay, y entre medio se abre el turbulento y altamente inestable matrimonio especulativo del socialismo y el capitalismo, donde las reglas son muy distintas a cualquier equiparación capital/capitalismo, y sin embargo la uniformización/universalización se va acumulando para luego abrirse paso de Shanghai a Shenzhen.

Dentro del Consejo sobre Valores, el encubrimiento de lo heteronormativo, de que lo contingente, más allá de la programación, surge en la diferencia entre la necesidad y la capacidad de hacer, es ahora llevado a cabo por la gestión del conocimiento. El deseo de soluciones rápidas debe reorganizarse con el entrenamiento de la imaginación para comprender que, para pasar de la gnoseología a la epistemología, debemos comprender que los conjuntos de herramientas bloquean lo contingente. Se debe enseñar a hacer conjuntos de herramientas como puntos intermedios que se desarmen por lo contingente antes que ofrecer conjuntos de herramientas para solucionar el problema de la acción. Algunos de nosotros hemos criticado a la Organización de las Naciones Unidas, por ejemplo, por el uso de plataformas de acción para difundir y tratar la violencia contra las mujeres. Algunos hemos criticado la estadificación de cosas como el desarrollo y el progreso. Todo esto debe integrarse en una crítica persistente a la gestión del conocimiento, para que las reuniones que se realizan con el fin de lograr soluciones no funcionen como si fueran para niños,

con líderes que dividen a las colectividades en grupos, con instrucciones para que produzcan listas de ítems que se reúnen mientras los grupos se vuelven a juntar. No es ésta la manera de entrenar la imaginación para la performance epistemológica, de modo que se pueda introducir una ética incondicional para convertir el capital en justicia social. Este es el trabajo que debemos continuar con persistencia para lograr que el “marxismo” sea global.

Resumen telegráfico: la esencia del marxismo –deseo de justicia social, cambiar del capital a lo social– debe ir de la gnoseología (aplicación) a la epistemología (justicia social como la determinación de despojarse del interés propio). Más global que los derechos o la sociedad civil.

He hablado de la vanguardia contemporánea, el Consejo sobre Valores del Foro Económico Mundial. Pero el trabajo debe complementarse con la producción del intelectual subalterno. Un trabajo intenso, local y concentrado, con la intención de lograr que los sectores más amplios del electorado global comprendan la importancia del derecho al trabajo intelectual: un trabajo que es casi imposible enseñar en vistas del daño cognitivo milenar, en vistas del imperativo de la obediencia. Los subalternos son personas que no han sido bienvenidas. ■

*Teórica marxista y feminista, profesora de la Universidad de Columbia, Nueva York. Fragmentos de la conferencia “¿Marx global?” aportada por la autora en ocasión de la entrega del título Doctor Honoris Causa por la UNSAM, Buenos Aires, 27 de noviembre de 2013, organizada por el Programa Lectura Mundi y el Programa Sur Global. Traducción: Jimena Portas Robaina
© UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

UNA LECTURA DE LA ALTERIDAD

Subjetividades ninguneadas

por Juan Obarrio*

Recientemente, en un documental sobre pueblos originarios en América Central, una líder comunitaria utilizó una expresión, un giro, que jamás había oído antes: “sujetas de derecho”. Ese trastrocamiento de la lengua y del lugar subalterno de lo femenino en relación a los derechos jurídicos y roles políticos estaba en clara sintonía con la obra de Gayatri Spivak. Alguna vez, Jacques Derrida definió la deconstrucción como “más de una lengua”, lo cual implica que una única lengua no basta. En ese terreno indecible se despliega una gran parte del trabajo de Spivak: intervenciones a la vez epistemológicas y prácticas, acciones, actuaciones o performances que son al mismo tiempo académicas, éticas y políticas. Se trata de leer los archivos a contrapelo, de desentrañar el texto social e histórico a partir de la experiencia de otros archivos, escrituras y voces que han dejado una huella casi imperceptible y a la vez profunda. Leer la escritura y la diferencia dentro de las texturas de los textos y relatos que produce el poder.

Esta lectura de la alteridad percibe huellas que revelan presencias ausentes, sean memorias, trazos, o restos de subjetividad que han sido negados, o bien, traducido a nuestro idioma coloquial, *ninguneados*. El subalterno –dice Spivak– es ninguneado por la historiografía nacionalista y los archivos nacionales; la mujer es una figura ninguneada dentro de la economía capitalista e incluso dentro de la crítica al capitalismo, del mismo modo que el crucial rol del trabajo humano se desvanece en los contenidos abstractos de la forma valor, la tierra y lo rural son espectralizados por las dinámicas del capitalismo tardío y el capital financiero, así como las concomitantes figuras del derecho internacional y la nueva gobernabilidad global invisibilizan el estatus de los migrantes, los refugiados y los pueblos sin Estado.

El interés que hoy produce la obra de Spivak se halla sin duda en el dispositivo que ella construye y reconstruye constantemente, de modo contingente, para analizar el despliegue de la subjetividad dentro de las formaciones sociales y económicas de la globalización actual. En su deconstrucción del texto de los estudios subalternos intentó salvar a la subjetividad de lo que veía en aquel momento como predicado idealista, entendido como conciencia. El subalterno, propone Spivak, es la huella o trazo material, una presencia ausente, que está realizando un trabajo de zapa, desde dentro de la historia del Estado-nación, desde dentro de estructuras de género, raza, casta y clase. Spivak se centra en la cuestión del estatus fantasmal del trabajo humano y pone el énfasis en la manera en que éste es

evacuado en las lecturas reduccionistas del valor en tanto puro valor de uso o puro valor de cambio.

Spivak rastrea, en el capitalismo tardío global y en sus infraestructuras jurídicas y económicas transnacionales, la huella del capitalismo industrial, y actualiza los análisis de Marx en *El Capital*. Y lejos de lo que ve como el idealismo digital de la glorificación instantánea y espontánea de la multitud, Spivak llama a suplementar al marxismo con el análisis de múltiples subjetividades emergentes por fuera de determinaciones de clase o casta, en las prácticas de las minorías, las mujeres, los movimientos sociales de distinto signo, dentro de una miríada de formaciones de trabajo vivo en el Tercer Mundo o Sur Global. Spivak estudia la subjetividad no como abstracción en sí misma, sino en el contexto de las economías, de las luchas políticas por la hegemonía o por la producción de identidad. Subjetividad o vida singular en tanto resto, materialidad de una presencia ausente que se despliega dentro de los parámetros de economías restringidas, sistemas de equivalencias guiados por imaginarios y aspiraciones a una economía general futura, a una ética de respuesta y responsabilidad para con la alteridad, o simplemente, a la justicia.

Spivak asimila la enseñanza derrideana de que no se puede tener una sin la otra, economía restringida y general, y que su diferencia es indecible, como lo es la que hay entre ley y justicia cuando tenemos en cuenta la fuerza de ley, la violencia de la acumulación primitiva en tanto economía y ley, la violencia política que sostiene el derecho. Dentro de la violencia del doble vínculo entre ley y fuerza, entre enunciados epistémicos e interpelaciones políticas que se contradicen, su apuesta es establecer posibilidades de justicia social dentro de la economía del capital globalizado actual. Una aspiración a la justicia social que ha venido redefiniendo la oposición indecible entre capital y trabajo, en contextos poscoloniales y posindustriales, y que hoy la sitúa en contextos de capitalismo global avanzado, y de crisis del lazo entre Estado y nación. Una justicia social que se imagina como responsabilidad incondicional hacia el otro y enarbolada la cuestión de la producción paralela del valor y de subjetividad, anclándose en la crítica radical de la reificación del valor, basada en la oposición absoluta entre trabajo y mercancía. ■

*Director del Programa Sur Global, UNSAM. Fragmentos de la Laudatio en ocasión de la entrega del título Doctor Honoris Causa a Gayatri Spivak por parte de la UNSAM.
© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur



PLANIFIQUE EL FUTURO DE SUS EMPLEADOS

GRACIAS A NUESTRA EXPERIENCIA, OBTENDRÁ EL MÁXIMO BENEFICIO JUBILATORIO



- GESTIONES Y TRATO PERSONALIZADO
- AHORROS DE COSTOS LABORALES
- TALLERES DE CONTENCIÓN Y PREPARACIÓN PARA DISFRUTAR DEL RETIRO JUBILATORIO

STAFF PREVISIONAL

ASESORAMOS A PERSONAS Y EMPRESAS DESDE HACE 58 AÑOS. TODAS LAS INDUSTRIAS Y SECTORES.

Especialistas en convenios internacionales jubilatorios



LLÁMENOS PARA UN ASESORAMIENTO SIN CARGO

0800 222 3727

www.staffprevisional.com.ar
info@staffprevisional.com.ar

En la última década, América Latina logró avanzar en la consolidación del régimen democrático, crecer de manera sostenida y mejorar sus indicadores de pobreza. Sin embargo, los límites del desarrollo informacional son evidentes y generalizados.

América Latina en la era de la información

Los límites del desarrollo

por Fernando Calderón*

En la región, las dinámicas actuales del desarrollo son consecuencia tanto de los cambios globales en la era de la información como de conflictos sociales y de orientaciones políticas determinadas. La democracia de ciudadanía sería una condición necesaria del desarrollo y de la misma reinvención política de la sociedad y sus actores. Se entiende el desarrollo humano como la conflictiva construcción no de una sociedad perfecta, sino de una sociedad mejor, donde el bienestar conviva con la dignidad de las personas y las colectividades. Y se postula un desarrollo humano innovador en los distintos componentes del desarrollo: competitividad, sostenibilidad, equidad, institucionalidad e interculturalidad, centrados en la capacidad de creación y agencia de la misma sociedad, donde la cultura y sus actores constituyen la mejor energía para avanzar en una sociedad de bienestar digna.

Coexisten en la última década orientaciones políticas diversas y cambiantes, que van desde opciones de modernización conservadora (Colombia, México y Panamá), donde el desarrollo y el cambio informacional son sobre todo el resultado de la fuerza del mercado y de valores tradicionales de conservación de un patrimonio nacional de las élites en el poder, hasta orientaciones de neodesarrollismo comunitario o indígena (Bolivia) donde se busca conjugar un nuevo poder estatal como eje del desarrollo y la innovación con lógicas comunitarias de pueblos originarios de los Andes y la Amazonia. Entre ambos extremos se desarrollan una serie de combinaciones particulares de opciones de reformismo práctico de carácter neodesarrollista con fuertes rasgos nacional-populares (Argentina hasta diciembre de 2015, Venezuela, Nicaragua y, de manera más atenuada, Brasil). También encontramos otras combinaciones de reformismo práctico de tipo socialdemócrata, que gestionan modelos liberales (Chile, Costa Rica y, en cierta medida, Uruguay). Por otro lado, es posible reconocer una tendencia de recesión económica –con fuerte impacto político y social, sobre todo asociada con los precios de las materias primas de exportación– pero también de incremento de problemas institucionales y de carácter ético en el conjunto de las orientaciones políticas del desarrollo estudiadas. Tendencias que debilitan o dificultan los intereses de las orientaciones mencionadas, además de otros factores clave para superar barreras, lograr un desarrollo humano informacional incluyente y, sobre todo, enfrentar una multicrisis global producida por un capitalismo financiero global que desestructura sociedades y regímenes democráticos en todas partes del mundo.

Los niveles de desarrollo económico en la región son desiguales como también los



Grissinopoli, Buenos Aires, 15-9-11 (Martín Acosta/Reuters/Latinstock)

indicadores del desarrollo humano. Asimismo, los límites de un desarrollo informacional son evidentes y generalizados. Sin embargo, la región logró avanzar en la consolidación de un régimen democrático, crecer de manera sostenida en la última década y mejorar los indicadores de pobreza e incluso disminuir un poco la desigualdad. No fueron pocos los logros de integración social, sobre todo bajo las orientaciones neodesarrollistas, y el Estado recuperó, limitadamente, un papel activo en la gestión del desarrollo y la política. Los avances, en varios casos, de una democracia participativa y de una mejor convivencia intercultural son evidentes, sin negar empero las dificultades en las distintas sociedades para expandir un pluralismo democrático. En el período analizado sobresalen nuevos problemas vinculados a la vida cotidiana referidos a la inseguridad, la economía perversa, el malestar, la frustración social, la legitimidad institucional, la contaminación ambiental y, en buena medida en algunos países, a la violación de los derechos huma-

nos. Todos constituyen condiciones duras para cualquier apuesta política democrática que sea renovadora del desarrollo.

Existirían avances en la economía tecnoinformacional, sobre todo en lo que se denominó preliminarmente “extractivismo informacional” (economía extractiva sustentada en inversiones novedosas –y, a veces, muy creativas tecnológicamente– para explotar los recursos naturales de exportación), pero también, en menor medida, en industrias de bienes secundarios vinculadas al mercado interno, regional o internacional. A partir de esta economía, el Estado ha jugado un rol central construyendo, en varios casos, una amplia coordinación económica y social, logrando estabilidad en las cuentas fiscales, inversiones estatales amplias y diversificadas (sobre todo en infraestructura), heterodoxas formas de asociación con nuevos capitales transnacionales para fortalecer el “extractivismo” y complejas ecuaciones políticas de un nuevo regionalismo

latinoamericanista, aunque más político que económico o sociocultural.

La incorporación social al mercado de las TICs es diferenciada a lo largo de la región, pero constante y creciente, como también lo es la expansión de industrias y mercados culturales de comunicación altamente monopolísticos y de extraordinario poder cultural, político y económico. El consumo creciente de Internet y otros medios masivos de comunicación tiende a ser generalizado, y es mayor a medida que los indicadores de desarrollo humano son más altos. En este ámbito, el Estado ha jugado un papel fundamental al crear plataformas de uso, consumo y educación en sistemas informacionales de acceso creciente y a veces priorizando a los sectores más excluidos, como el caso del Plan CEIBAL (Uruguay) y los programas de entrega gratuita de computadoras en varios países de la región. El Estado mismo se ha modernizado informacionalmente en varios de sus aparatos de gestión burocrática, aunque el carácter patrimonial, corporativo y parainstitucional de las relaciones entre Estado y sociedad sigue siendo central a lo largo y a lo ancho de América Latina.

Las inversiones en ciencia y tecnología son, en general, muy bajas. Los países con menor crecimiento registran aun menor inversión en investigación, más importaciones de alta tecnología y un incremento considerable del consumo de Internet y derivados. El desarrollo informacional innovador se canaliza predominantemente hacia la incorporación de alta tecnología en productos de exportación de origen primario. Sin embargo, si bien se ha avanzado en la incorporación de valor tecnológico local a los productos de exportación, gran parte de este tipo de contenido continúa siendo importado. Los avances en minería, petróleo, gas y agricultura han sido extraordinarios, pero también hubo una acelerada destrucción del medio ambiente que viene deteriorando la sustentabilidad ecológica, muy a menudo afectando territorios y lógicas comunitarias de pueblos originarios en regiones como la Amazonia.

El sistema de innovación es congruente con un patrón de crecimiento predominantemente “extrovertido”. El resultado final, sobre todo comparado con el Sudeste Asiático, es una baja tasa de inversión en investigación y desarrollo. El ingreso per cápita en períodos largos no crece y la igualdad en la distribución del ingreso crece poco. Sin embargo, la disminución de la pobreza, sobre todo la absoluta, ha sido impresionantemente prácticamente en toda la región. La cuestión es el tipo, la cualidad y la sostenibilidad de la inserción de los excluidos. Posiblemente aquí radique uno de los desafíos futuros fundamentales.

Retomando el concepto de “asincronía” de Gino Germani (1) para explicar los heterogéneos procesos de cambio, esta vez a nivel multicultural, es posible concluir que los sentidos, la dirección, la intensidad del cambio cultural se han complejizado y muestran potencialidades de cambio inéditas en la región. Así, resaltan las experiencias de reconocimiento y construcción institucional a nivel de las relaciones inter-étnicas y culturales, con experimentos extraordinarios, como es el caso de Bolivia, en la que una nueva Constitución transformó el Estado, el sistema político y las lógicas culturales, reconociendo el rol central de los pueblos originarios en la conformación del Estado y de la democracia, y que, además, impulsa polí-

ticas antidiscriminatorias (aunque sin resolver, empero, la construcción plena y práctica de una interculturalidad plural plena, sobre todo en los ámbitos urbanos y de la Amazonia). En el otro extremo están el “modelo de modernización conservadora” de Colombia y la crisis multicultural mexicana, que aparentan un reconocimiento multicultural para finalmente resignificar un modelo monocultural históricamente dominante. En medio de estos casos, las experiencias relatadas de este dinamismo son muy sugerentes por los avances, aunque no suficientes en la mayoría de los casos estudiados. En el plano de los derechos humanos se destacan avances institucionales, sobre todo en Argentina y especialmente en relación a la memoria y la justicia. También en el plano de políticas referidas al reconocimiento institucional pleno de derechos de los migrantes. Por otro lado, es particularmente notable la búsqueda de construcción de un proceso de paz en Colombia que posiblemente condicione una apertura democrática y de cambio en los patrones de desarrollo.

•••

En el plano de la industria y el mercado cultural los cambios han sido extraordinarios en toda la región. Un relativamente nuevo poder cultural, económico y político de los medios de comunicación tiende a estar altamente concentrado en todos los países y constituye además una extraordinaria fuerza de la tecnoeconomía de la información. Sus impactos en el consumo y la vida cotidiana de las personas son extraordinarios. Los sistemas y regímenes políticos predominantes en la región no alcanzan a procesar tales poderes. Ellos redefinen en gran medida las agendas políticas con sentidos

ambivalentes. O Globo en Brasil y el Grupo Clarín en Argentina son referentes regionales y globales. En gran parte esto está asociado con la emergencia de una política y un nuevo poder de lo público, fenómeno no ajeno sino complementario con el desarrollo de una nueva tecno-sociabilidad que, entre otros factores, supone no sólo el acceso creciente a los medios de comunicación masivos vinculados a Internet y a la telefonía celular, sino muy particularmente a nuevas formas de acción colectiva e individual.

•••

Un tema que merece especial interés y que necesita ser estudiado mejor, es el papel de las relaciones de género en el desarrollo y, especialmente, respecto de las mujeres, pues a pesar de importantes avances en el reconocimiento, la distribución y la participación de las mujeres en el desarrollo en la última década, las situaciones estructurales de desigualdad persisten y son generales al conjunto de los procesos de desarrollo analizados. El sistema patriarcal, tan arraigado en las sociedades y culturas latinoamericanas, constituye un límite estructural del desarrollo humano informacional. Empero, el movimiento feminista está buscando redefinir el espacio público renovando una democracia más deliberativa, donde la relación entre lo público, lo privado, la política y el desarrollo sea consociativa. Este tema es, sin lugar a dudas, la cuestión central de un cambio ético, político y cultural en la sociedad red emergente.

•••

Posiblemente, de no mediar cambios drásticos y positivos de políticas de desarrollo humano informacional incluyentes, esta-

remos frente a una creciente y nueva “frustración de expectativas”. El valor agregado del sector TIC observa, en casi todos los casos, una tasa de crecimiento promedio anual mayor que los puestos de trabajo y las remuneraciones. Si a esto se le agrega el incremento acelerado de los consumos de TICs, la mejoría relativa de los niveles de educación y, junto con ello, mayores aspiraciones y expectativas de la sociedad, es muy posible que los Estados y las mismas dinámicas económicas no tengan, sobre todo por las condiciones internacionales de recesión, posibilidades de satisfacerlas. Así estaremos frente a un creciente malestar social que puede terminar minando y deslegitimizando los logros y los procesos de desarrollo alcanzados, alimentando nuevos conflictos y opciones políticas inéditas. Los nuevos conflictos y las demandas de una nueva política que registran los casos de Chile, México y Brasil, entre otros países, alimentarían esta tendencia.

•••

El cambio, en el escenario geopolítico global asociado con la multicrisis en curso, ya ha colocado a la región en medio de complicadas ecuaciones económicas, culturales y políticas. Aquí vale resaltar dos aspectos. Por un lado, el reforzamiento de las relaciones financiero-comerciales, de inversión en infraestructura y productivas, especialmente de China, es transversal prácticamente a todos los países de la región. Además se inician o renuevan dinámicas con India, Rusia, África y Asia, sin dejar de lado el peso estructural de las economías desarrolladas de Occidente, particularmente de Estados Unidos. Hoy el mundo es multipolar y de nuevo tipo y los

latinoamericanos ya estamos navegando en él. No se sabe si se navegará como barcos a la deriva o con estrategias y cartas de navegación hacia un desarrollo que reduzca el riesgo y empuje al bienestar. Por otro lado, la crisis y la reestructuración económica global y la emergencia de diversos problemas socioinstitucionales en la mayoría de los países, colocan a las diversas apuestas de desarrollo, particularmente a las políticamente progresistas, ante la disyuntiva de cómo enfrentar la crisis: o reinventando ecuaciones políticas y económicas que amplíen y desarrollen una lógica informacional asociada con innovaciones productivas, políticas y culturales, o rediseñando ajustes socioeconómicos y sociales que supongan costos sociales y de gobernabilidad política. Nuevamente, los temas de la gobernabilidad de la economía, de los umbrales mínimos de funcionamiento de las instituciones y de los niveles o límites de la integración social y cultural están en las opciones y escenarios políticos latinoamericanos.

En el fondo la cuestión consiste en cómo se puede mutar de las diferentes situaciones y procesos de dependencia que predominaron en el pasado hacia una mayor interdependencia y autonomía. Es decir, en detectar si hay condiciones, voluntad y posibilidad política para promover a escala regional y nacional un desarrollo humano informacional genuino y sostenible. ■

I. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires, 1966.

*Sociólogo, UNSAM. Extractos del libro *América Latina en la era de la información. Dilemas: desarrollo, multiculturalismo e innovación*, de próxima aparición (UNSAMEdita). © UNSAM / Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

PERIODISMO POR PERIODISTAS

MAÑANA SYLVESTRE LUN A VIE 6hs

SIEMPRE ES HOY LUN A VIE 9hs

LA VUELTA DE ZOTO LUN A VIE 16hs

DEL PLATA AM 1030

Available on the App Store

amdelplata.com

Facebook, Twitter, Google play

Un lugar en qué mundo

por José Natanson*

Afectada por la caída de los precios de los *commodities*, la dificultad para superar las viejas lógicas extractivas y los errores de gestión, América Latina ha dejado definitivamente atrás el crecimiento a tasas chinas de la última década (aunque habría que revisar la comparación: China ya no crece a tasas chinas). Este año, según la CEPAL, la región crecerá apenas el 0,7%. El problema es general: entre los desbordes populistas de Venezuela y la obcecada ortodoxia brasilera hay una amplia distancia ideológica y sin embargo los mismos resultados: recesión, amesetamiento de las conquistas sociales y debilidad política de los gobiernos de izquierda, desafiados por una derecha que ya derrotó al chavismo y al kirchnerismo y que amenaza con poner en jaque la hegemonía del PT.

Porque estamos en otro mundo. Una década atrás asistíamos al ascenso de las potencias emergentes, la constitución de clubes multinacionales tan informales como prometedores (BRICS) y, en general, una multipolarización que, sin entrar en competencia directa ni mucho menos caer en desafíos armados, ponía en cuestión el dominio estadounidense por primera vez desde el fin de la Guerra Fría. Ese mundo, que era en esencia un mundo más equilibrado, no ha desaparecido del todo, pero se estrema con conflictos y tensiones: la crisis económica gravísima (Rusia), grave (Brasil) o incipiente (China) que atraviesan algunos de sus protagonistas, la dificultad para encarar de manera coordinada desastres humanitarios como la guerra en Siria o el avance del Estado Islámico y una sensación de “vacío geopolítico” en zonas cada vez más amplias del planeta redondean un panorama definitivamente poco alentador.

Este es el contexto en el que se inscribe la política exterior de Mauricio Macri, quizás el área que, junto con la economía, sufrió un cambio más inmediato y explícito desde la asunción del nuevo gobierno. Si el menemismo leyó la globalización como una oportunidad para entrar –aunque sea por la ventana– a un mundo norteamericano y moderno, y si el kirchnerismo se concibió a sí mismo como una versión tumultuosa y peronista del giro a la izquierda regional en el marco del ascenso de países como China y Rusia, con los que intentó construir relaciones estratégicas, no está claro a partir de qué lectura la nueva gestión decide alterar la estrategia de inserción internacional del país.

Hasta el momento, los cambios más notables incluyen la nueva posición respecto de Venezuela, el acercamiento a Estados Unidos y Europa y el retorno del diálogo con los organismos internacionales de crédito como parte del plan de reinserción en los mercados financieros. Otros vínculos –Brasil, China– se mantienen, por ahora, en términos no muy diferentes a los del pasado. Por supuesto, un presidente democráticamente elegido tiene el derecho, y hasta la obligación, de imprimirle a su gobierno la dirección que le indican sus ideas, porque para eso fue votado. Pero la sociedad también tiene el derecho a conocer el diagnóstico del mundo a partir del cual diseña su política exterior, que de otra forma se limitará a una orientación brumosa decidida en base a intuiciones, prejuicios y –por usar la palabra maldita– pura ideología. ■

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Sumario

Staff	3
Editorial: Bombas de tiempo <i>por Pablo Stancanelli</i>	2
Esa llama temblorosa <i>por Carlos Ruta</i>	3
<hr/>	
Dossier	
Geografías en tensión	
“Fin de ciclo” en América Latina <i>por Pablo Stefanoni</i>	4
Una Europa desgarrada <i>por Wolfgang Streeck</i>	6
A cinco años de la “primavera árabe” <i>por Hicham Alaoui</i>	8
<hr/>	
Los negocios de la crisis migratoria <i>por Claire Rodier</i>	12
Individuos seriales <i>por Richard Sennett</i>	14
Una política del sentido <i>por Alexandre Roig</i>	15
La uberización del mundo <i>por Evgeny Morozov</i>	16
Elogio de los sindicatos <i>por Serge Halimi</i>	17
Obscena desigualdad <i>por Juan Martín Bustos</i>	18
Cómo evitar el caos climático <i>por Philippe Descamps</i>	20
<hr/>	
Dossier	
El malestar democrático	
Democratizar la democracia <i>por Ignacio Ramonet</i>	22
El triunfo del mercado <i>por Jacques Rancière</i>	24
Tres notas sobre populismo <i>por Pasquale Serra</i>	26
Leer <i>por Mario Greco</i>	27
El pensamiento político de Laclau <i>por Gerardo Aboy Carlés</i>	28
La igualdad bajo amenaza <i>por Nancy Fraser</i>	29
La ciudadanía diferenciada <i>por Partha Chatterjee</i>	30
Las rutas alternativas de la modernidad <i>por Marcelo José Cavarozzi</i>	31
<hr/>	
Una ética incondicional <i>por Gayatri Spivak</i>	32
Subjetividades ninguneadas <i>por Juan Obarrio</i>	33
Los límites del desarrollo <i>por Fernando Calderón</i>	34
<hr/>	
Editorial: Un lugar en qué mundo <i>por José Natanson</i>	36

¡IMPRESCINDIBLE!
El Atlas de la globalización
Todas las claves de la globalización, el proceso que está cambiando el mundo.
www.eidiplo.org
LE MONDE diplomatique
Capital intelectual
EN VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS
FUNDACIÓN MONDIPLO